

SEXUACIÓN Y VÍNCULO SOCIAL

LA DIFERENCIA SEGÚN FREUD



ADOLFO RODRÍGUEZ HERRERA

SEXUACIÓN Y VÍNCULO SOCIAL LA DIFERENCIA SEGÚN FREUD

*A*DOLFO RODRÍGUEZ HERRERA
2007

“Si pudiéramos considerar con ojos nuevos las cosas de esta tierra, renunciando a nuestra corporeidad, como unos seres dotados sólo de pensamiento que provinieran de otros planetas, acaso nada llamaría más nuestra atención que la existencia de dos sexos entre los hombres, que, tan *semejantes* como son en todo lo demás, marcan sin embargo su diferencia con los más notorios indicios.”

Sobre las teorías sexuales infantiles [1908, IX, 189]

“El hecho de la dualidad de los sexos se levanta ante nosotros a modo de un gran enigma, una ultimidad para nuestro conocimiento, que desafía ser reconducida a algo otro. El psicoanálisis no ha aportado nada para aclarar este problema.”

Esquema de psicoanálisis [1940, XXIII, 189]

Índice

INTRODUCCIÓN	1
1. PRIMERA VERSIÓN (HETEROSEXUAL) DEL COMPLEJO DE EDIPO	5
El trauma sexual (la seducción) en la etiología de la neurosis	5
La fantasía del trauma	8
El complejo nuclear de la neurosis	10
El prejuicio de la heterosexualidad originaria	14
2 LA SEPARACIÓN ENTRE LA PULSIÓN Y SU OBJETO	17
La tarea que plantea la elección de objeto	17
El encuentro con un objeto que no es	19
El problema de la elección de objeto y el carácter sexual	23
3 LA CASTRACIÓN	27
La amnesia histórica y el periodo de latencia	27
La relevancia del onanismo y de su represión	31
El revelamiento de los genitales: la falta de pene en la niña	34
Imagen y palabra en la inscripción de la diferencia anatómica	41
El envío al fundamento del complejo de Edipo	44
4 HACIA LA REFORMULACIÓN DEL COMPLEJO DE EDIPO	51
El cambio de sexo de la niña, en Pegan a un niño	51
El complejo de edipo “completo”, en El yo y el ello	57
La inclinación originaria hacia la madre, en la joven homosexual	60
5 DEVENIR MUJER DESDE UN PEQUEÑO PERVERSO POLIMORFO	65
El complejo de Edipo reformulado	65
Una decisión terminológica poco confortable	69
El extrañamiento de la madre	72
La bifurcación de los caminos tras el complejo de castración	76
La renuncia de la niña a la sexualidad masculina	80

6	LA (BI)SEXUALIDAD: DE LA ANATOMÍA COMO ORIGEN A LA ANATOMÍA COMO DESTINO	87
	¿La bisexualidad en el origen?	88
	No existe un hermafroditismo psíquico	92
	La subsunción de masculinidad y feminidad en actividad y pasividad	95
	Abandono de la polaridad actividad/pasividad	98
	Crítica de Fliess: la división (bi)sexual no es el origen	106
	La “roca de base”: la (bi)sexualidad en todo caso como destino	109
7	EL RECORRIDO DEL SUJETO: DE LACAN A FREUD	113
	La sexuación	113
	La diferencia anatómica	117
	Las modalidades de satisfacción: el goce fálico	121
	La mascarada	124
	La división del sujeto: “no hay relación sexual”	130
	Las fórmulas de la sexuación	133
	La mujer no existe y el goce otro	138
	CONCLUSIONES	145
	REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS	149

Introducción

Hombre o mujer es lo primero que se percibe de una persona, y es determinante para pensar en ella, escribir su biografía, o simplemente dirigirle la palabra.¹ En torno a esa característica se organizan otros rasgos de su personalidad: sus preferencias sexuales, su manera de relacionarse con los otros y su gestualidad.

Freud hizo frente a esta dualidad de los sexos desde muy temprano. En su tratamiento de síntomas histéricos muy pronto descubrió que la sexualidad era la causa específica en la etiología de las neurosis, y la represión de la sexualidad infantil su detonante y al mismo tiempo condición de existencia de las sociedades humanas. Su investigación en torno a la sexualidad humana y a las condiciones de su socialización, muy pronto lo lleva a preguntarse sobre la diferencia entre los sexos y las circunstancias que hacen de un pequeño perverso polimorfo un hombre o una mujer, y que coadyuvan o dificultan la solución heterosexual. En el curso de su investigación abandona los prejuicios con que partió –entre ellos que los seres humanos se dividen de forma unívoca entre hombres y mujeres y que lo natural en ellos es que se sientan atraídos hacia las personas del sexo opuesto.

Este trabajo se propone realizar una sinopsis del recorrido de la investigación freudiana sobre la sexualidad, en el curso de la cual el tema de la sexualidad femenina va ganando espacio al mismo tiempo que la línea divisoria entre los sexos se va tornando más y más difuminada. Aunque no es el propósito de este trabajo abordar de manera sistemática la lectura hecha por Lacan de esta problemática freudiana, es innegable que subyace en nuestra propia lectura e ilumina diferentes aspectos del pensamiento de Freud cuya profundidad de otra forma difícilmente podría ser percibida.

El primer capítulo expone el descubrimiento del complejo de Edipo, durante el verano de 1897, en medio de la debacle que significó para Freud el abandono de su teoría de la seducción. Esta primera versión del complejo, que Freud abandonará formalmente en 1925, supone que el primer objeto del niño es el progenitor del sexo opuesto, como

¹ Conferencia 33: *La feminidad* [1933, XXII, 105]: “Masculino y femenino es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano, y están habituados a establecerla con resuelta certidumbre.”

si desde el nacimiento el cachorro humano estuviera predispuesto para una solución heterosexual.

El segundo capítulo se detiene a narrar un importante descubrimiento que Freud expone en 1905: la independencia entre el carácter sexual del individuo –que sea hombre o mujer– y su elección de objeto sexual. Este descubrimiento se apoya en otro, que igualmente tendrá importantes consecuencias sobre su teoría de la sexualidad humana: que la libido de hombres y mujeres tiene el mismo carácter –masculina, dice él.

El tercer capítulo narra el descubrimiento de la castración, hecho traumático en la vida de todo niño y cuyo principal resultado es “el envío al fundamento” de las inclinaciones libidinales vinculadas al complejo de Edipo, con lo cual se constituye el inconciente, y con el complejo de masculinidad se sientan las condiciones para la bifurcación de los caminos de varoncitos y niñas. El papel de la palabra en la institución de la diferencia anatómica y en la constitución del falo como aquello que Lacan denominará el significante del deseo resulta esencial para comprender los avatares del ser sexuado.

El cuarto capítulo analiza los descubrimientos que entre 1915 y 1923 llevarán a Freud a reformular su concepción del complejo de Edipo y a desmenuzar las consecuencias de la asimetría entre varones y niñas, subrayada por Freud desde su primera formulación del complejo de castración.

El quinto capítulo expone la nueva formulación del complejo de Edipo y describe el diferente camino que siguen tras la castración niños y niñas. Para Freud la feminidad en la niña termina de asentarse en el marco de la castración como de la segunda oleada represiva que se produce en su pubertad.

El sexto capítulo retoma la evolución del concepto de bisexualidad, que está presente a lo largo de toda la obra de Freud y frente al cual siempre mostró una actitud ambivalente. En particular se sigue el curso de su concepción de la feminidad y de la masculinidad, reducidas durante mucho tiempo respectivamente a pasividad y actividad, dualidad que abandona en el curso de los años. El concepto de bisexualidad termina siendo abandonado por Freud en los años 20, cuando la importancia creciente de la castración termina por hacer que deje de ser una predisposición originaria del ser humano y en todo caso se transforme en el destino azaroso que la castración le impone al sujeto.

El séptimo capítulo, finalmente, propone una síntesis del recorrido del sujeto en su definición sexual: la palabra articula la diferencia anatómica, las modalidades de satisfacción (de goce, que dirá Lacan) y la mascarada, conjunto de estrategias que permiten al sujeto hacer frente a la escisión que le produce la palabra: escisión entre él y el otro, tanto el otro de su cuerpo como el cuerpo del otro. El capítulo termina con una propuesta de interpretación de las fórmulas de la sexuación que facilita comprender la articulación entre la evolución del pensamiento freudiano y tres conceptos fundamentales de Lacan: que la relación sexual no existe, que La mujer no existe, y que hay un goce suplementario que es no todo fálico.

Al cabo del trabajo surge la palabra como principal deslinde, siempre precario y discordante, entre hombres y mujeres.

1. Primera versión (heterosexual) del complejo de Edipo

Al final de su recorrido, cuando Freud intenta plasmar en un puñado de páginas la síntesis de los aportes que ha realizado, afirma sin ninguna duda que el complejo de Edipo constituye el descubrimiento más importante del psicoanálisis:

“Me atrevo a decir que si el psicoanálisis no pudiera gloriarse de otro logro que haber descubierto el complejo de Edipo reprimido, esto solo sería mérito suficiente para que se lo clasificara entre las nuevas adquisiciones valiosas de la humanidad.”²

El más importante y posiblemente uno de sus descubrimientos más difíciles. La primera intuición de su existencia sobreviene en medio del desmoronamiento de la teoría de la seducción. La formulación de entonces muy pronto entrará en conflicto con los principales descubrimientos de Freud en torno a la sexualidad humana, y en particular con que no existe una predisposición natural hacia la feminidad o la masculinidad, ni en relación con el sujeto ni en relación con el objeto. Habrán de pasar casi 30 años antes de que Freud pudiera formularlo de forma consistente con el conjunto de sus descubrimientos.

Este capítulo 1 narra el origen de este concepto, que en esa primera versión acompañó a Freud desde las cartas Fliess del verano de 1897 hasta 1923, cuando en *El yo y el ello* realiza la última exposición –y la más completa– del complejo de Edipo antes de reformularlo radicalmente dos años más tarde. Más adelante, el capítulo 4 discute los descubrimientos teóricos que a partir de 1919 llevan a Freud a cuestionarse la consistencia de su formulación original, y el capítulo 5 presenta la segunda y definitiva versión del complejo de Edipo, más consistente con sus descubrimientos sobre el proceso de sexuación y de elección de objeto.

El trauma sexual (la seducción) en la etiología de la neurosis

En el prólogo a la segunda edición de *Estudios sobre la histeria* [1895], Freud dice que “un lector atento podrá hallar ya en el presente

² *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 192].

libro los gérmenes de todos los posteriores agregados a la doctrina de la catarsis”, nombre que daba entonces a la teoría psicoanalítica.³ En *Estudios sobre la histeria* Freud y Breuer comunican por primera vez los resultados de sus investigaciones sobre el síntoma histérico a través del método catártico, y ese trabajo constituye sin lugar a dudas una piedra fundacional del psicoanálisis, por varias razones de las que Freud es conciente.⁴ Gracias a las observaciones de múltiples pacientes histéricos han podido descubrir que la histeria es la huella de una experiencia traumática vivida en la niñez que por diversas circunstancias ha permanecido cargada de afecto:

“Tales observaciones parecen demostrarnos *la analogía patógena entre la histeria corriente y la neurosis traumática*, y justificar una *extensión del concepto de ‘histeria traumática’*. En el caso de la neurosis traumática, la causa eficiente de la enfermedad no es la ínfima lesión corporal; lo es, en cambio, el afecto de horror, el *trauma psíquico*. Análogamente, nuestras pesquisas averiguaron para muchos síntomas histéricos, si no para los más, unas ocasiones que es preciso designar ‘traumas psíquicos.’”⁵

La huella de dichos traumas no es retenida por el paciente en el plano conciente. Al examinar en Anna O. la amnesia característica del paciente histérico, descubren que el contenido psíquico manifiesto de la paciente no agotaba la totalidad de su realidad psíquica, sino que detrás había un contenido psíquico inconciente que se expresaba mediante un torrente de asociaciones que Freud escuchaba con atención. En la paciente coexistían dos estados muy distintos: el estado conciente, en el que la joven se comportaba intachablemente, y un estado de asociación libre que Freud compara con la situación que prevalece en la mente durante el sueño:

“uno junto al otro los dos estados de conciencia: el primario, en el cual la paciente era por entero normal psíquicamente, y el estado segundo, que bien podemos comparar con el sueño por su riqueza en fantasmas {*Phantasme*} y alucinaciones, por las grandes lagunas

³ *Prólogo a la segunda edición de Estudios sobre la histeria* [1908, II, 25].

⁴ *Prólogo a la segunda edición de Estudios sobre la histeria* [1908, II, 25]: “por ejemplo, el papel de los factores psicosexuales y del infantilismo, la significación de los sueños y del simbolismo de lo inconciente.”

⁵ *Estudios sobre la histeria* [1895, II, 31]. En bastardilla en el original.

que presentaba su recuerdo, y por el hecho de que sus ocurrencias carecían de inhibición y de control.”⁶

Especialmente relevante en este trabajo, desde el punto de vista de la teoría sexual de Freud, es el apartado titulado “Psicoterapia de la histeria”, donde señala, alejándose de la opinión de Breuer, que el mecanismo psíquico descubierto para la histeria está presente en otras formas de neurosis, y que la etiología siempre estaba referida a factores sexuales. Lo afirma de una manera aún más categórica un año después, en un artículo publicado en francés en polémica con la escuela de Charcot, *La herencia y la etiología de las neurosis*:

“[...] cada una de las grandes neurosis enumeradas tiene por causa inmediata una perturbación particular de la economía nerviosa, y estas modificaciones patológicas funcionales *reconocen como fuente común la vida sexual del individuo, sea un desorden de la vida sexual actual, sea unos acontecimientos importantes de la vida pasada.*”⁷

El aporte específico de Freud, como él mismo señala, no es considerar los factores sexuales como una causa de las neurosis, sino señalarlos como su causa específica:

“Siempre se admitieron los desórdenes sexuales entre las causas de la nerviosidad, pero se los subordinaba a la herencia, se los coordinaba con otros agentes provocadores; su influjo etiológico fue restringido a un número limitado de los casos observados. Los médicos hasta habían adoptado el hábito de no investigarlos si el propio enfermo no los inculpaba. Los caracteres distintivos de mi manera de ver son que yo elevo esas influencias sexuales al rango de causas específicas, reconozco su acción en todos los casos de neurosis y, por último, descubro un paralelismo regular, prueba de una relación etiológica particular, entre la naturaleza del influjo sexual y la especie mórbida de la neurosis.”⁸

⁶ *Estudios sobre la histeria* [1895, II, 68].

⁷ *La herencia y la etiología de las neurosis* [1896, III, 149].

⁸ *La herencia y la etiología de las neurosis* [1896, III, 149]. Aún más claro es dos años después. Ver *La sexualidad en la etiología de las neurosis* [1898, III, 261]: “[...] la etiología de las psiconeurosis se sitúa siempre en lo sexual.” Y por si quedan dudas, la formulación es contundente en los *Tres ensayos de*

Freud sostiene que la sexualidad no sólo tiene influencia en la etiología de las neurosis, sino que dicho factor es indispensable para que la enfermedad se presente: el trauma es el recuerdo de un hecho de contenido sexual frente al cual el sujeto no había podido reaccionar y que por lo tanto mantiene su carga de afecto y resulta inaceptable para la conciencia.

No obstante, a Freud le llama la atención la desproporción existente entre los recuerdos traumáticos y sus consecuencias patológicas; asimismo, percibe en el trabajo asociativo una misteriosa conexión de los síntomas con sucesos provenientes de la primera infancia. Freud se ve confrontado así a una paradoja. Si en los síntomas se descubren trazos de hechos traumáticos ocurridos durante la infancia, y si la etiología de las neurosis es sexual, cabría sospechar la existencia de alguna forma de actividad sexual durante la infancia. Pero en la infancia, según pensaba él en ese momento, lo normal es que no existiera ninguna actividad sexual. ¿Cómo resolver esta paradoja? Lo hace mediante la teoría de la seducción, según la cual el recuerdo de carácter sexual es una experiencia sexual precoz, provocada por un abuso sexual cuyo recuerdo se reactiva en la pubertad del individuo. Esta teoría, que llega a conocerse como “teoría de la seducción”, le permite continuar creyendo, como la mayoría de sus contemporáneos, que en la infancia no existe normalmente ninguna actividad sexual, pero al mismo tiempo elevar el factor sexual a la categoría de causa específica. Además, con ella introduce un nuevo concepto de temporalidad que más tarde profundizará en su análisis de la sexuación y la elección de objeto.

La fantasía del trauma

La teoría de Freud sobre la seducción adolece aún de un vacío central: la existencia de actividad sexual en la infancia sólo es reconocida en el caso de los futuros neuróticos y únicamente como inducida por un tercero, de manera que no forma parte de la evolución “normal” del niño. Por ello, aunque en *Estudios sobre la histeria* se encuentran en germen la mayor parte de los elementos que permitirán a Freud construir su teoría de la sexualidad humana, lo cierto es que a esas alturas todavía le hace falta uno que él mismo llegará a considerar “el

teoría sexual [1905, VII, 157]: “Que yo sepa, ningún autor ha reconocido con claridad que la existencia de una pulsión sexual en la infancia posee el carácter de una ley.”

complejo nuclear de las neurosis, la pieza central del contenido de estas”:⁹ el complejo de Edipo.

El primer antecedente del complejo de Edipo se encuentra en el Manuscrito N, que aparece como anexo de la carta 64 dirigida a Fliess y fechada en Viena el 31 de mayo de 1897. Allí explica que ha descubierto la existencia en el niño de una gran hostilidad hacia el progenitor del mismo sexo, que llega incluso al deseo de muerte:

“Los impulsos hostiles hacia los padres (deseo de que mueran) son, de igual modo, un elemento integrante de la neurosis [...] Parece como si en los hijos varones este deseo de muerte se volviera contra el padre, y en las hijas contra la madre.”¹⁰

En los meses que siguen, en el marco de su propio análisis y del trabajo con sus pacientes, Freud empieza a cuestionarse seriamente su teoría de la seducción. El 14 de agosto confiesa que en relación con su teoría de las neurosis (su “neurótica”) se encuentra “martirizado por graves dudas” e incapaz de “vencer la agitación en la cabeza y en los sentimientos.”¹¹ Para el 21 de septiembre de ese año, debe confesar a Fliess con angustia “el gran secreto que poco a poco se me fue trasluciendo en las últimas semanas. Ya no creo en mi ‘neurótica’.”¹² En esa carta Freud enumera las razones que lo llevan a cuestionar seriamente la teoría de la etiología traumática de las neurosis, que había defendido en los últimos cinco años. En primer lugar, las dificultades para llevar el análisis a su culminación; estas dificultades subsistirán aún después de abandonar la teoría de la seducción, y serán explicadas muchos años más tarde con el concepto de la repetición y la pulsión de muerte. En segundo lugar, “la sorpresa de que en todos los casos el padre hubiera de ser inculpadado como perverso, sin excluir a mi propio padre [...] cuando es poco probable que la perversión contra los niños esté difundida hasta ese punto.” En tercer lugar, “la intelección cierta de que en lo inconciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto.”

Freud siente desmoronarse todas las conquistas teóricas alcanzadas hasta entonces. Duda incluso que la etiología de las neurosis pueda

⁹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 206]. Nota añadida en 1920.

¹⁰ *Manuscrito N* [1897, I, 296].

¹¹ *Carta 67*, fechada en Viena el 14 de agosto [1897, I, 300].

¹² *Carta 69*, fechada en Viena el 21 de septiembre [1897, I, 301].

encontrarse en la infancia y que tenga sentido pensar que con la maduración sexual se de una actualización de fantasías originadas en la infancia. “No sé dónde estoy”, afirma con desconuelo. En medio de su debacle se considera derrotado por Charcot, cuyas teorías creía haber demolido con sus dos trabajos anteriores: “el factor de una predisposición hereditaria recobra una jurisdicción de la que yo me había propuesto desalojarlo en interés del total esclarecimiento de la neurosis.”¹³

Sin embargo, al enumerar las razones que lo llevan a abandonar la teoría de la seducción, Freud vislumbra, quizá sin percatarse totalmente de ello, la solución del problema: “en lo inconciente no existe un signo de realidad, de suerte que no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto. (Según esto, quedaría una solución: la fantasía sexual se adueña casi siempre del tema de los padres.)”¹⁴ Que la fantasía sexual se adueñe “casi siempre del tema de los padres” es el hilo que lo conduce, pocos días después, a la formulación de lo que será conocido como el complejo de Edipo.

El complejo nuclear de la neurosis

Menos de 3 semanas después de confesar en la *Carta 69* que ha dejado de creer en “su neurótica”, Freud expone a Fliess el hallazgo que de allí en adelante dará a sus investigaciones el rumbo fundamental:

“También en mí he hallado el enamoramiento de la madre y los celos hacia el padre, y ahora lo considero un suceso universal de la niñez temprana, si bien no siempre ocurre a edad tan temprana como en los niños hechos histéricos.”¹⁵

Dos años más tarde, estaba en prensa el trabajo donde Freud exponía por primera vez al público este descubrimiento:

“Llegamos a saber que los deseos sexuales del niño –si es que en ese estado germinal merecen tal nombre– despertaron muy temprano, y que la primera inclinación de la niña atendió al padre y los primeros apetitos infantiles del varón apuntaron a la madre. Así, para el varón el padre y para la niña la madre devinieron

¹³ *Carta 69*, fechada en Viena el 21 de septiembre [1897, I, 302].

¹⁴ *Carta 69*, fechada en Viena el 21 de septiembre [1897, I, 302].

¹⁵ *Carta 71*, fechada en Viena el 15 de octubre [1897, I, 307].

competidores estorbosos, y ya respecto de los hermanos puntualizamos cuán poco se necesita para que este sentimiento lleve al deseo de muerte. Es regla que la preferencia sexual se imponga ya en los propios padres; un impulso natural vela por que el hombre halague a su pequeña y la madre favorezca al varón, al paso que ambos, donde el ensalmo del sexo no enturbia el juicio, se empeñan con rigor en la educación de sus hijos. El niño advierte muy bien la preferencia y se revuelve contra el miembro de la pareja parental que se le opone. Para él, hallar amor en el adulto no es sólo la satisfacción de una necesidad particular; también significa que su voluntad será obedecida en todo lo demás. Así, cuando elige a uno de sus progenitores en el mismo sentido en que ellos lo hacen, cede a su propia pulsión sexual, renovando al mismo tiempo la incitación que partió de ellos.”¹⁶

Aunque no lo llama “complejo de Edipo”, en *La interpretación de los sueños* hace alusión a la saga de Edipo:

“Si *Edipo rey* sabe conmover a los hombres modernos con no menor intensidad que a los griegos contemporáneos de Sófocles, la única explicación es que el efecto de la tragedia griega no reside en la oposición entre el destino y la voluntad de los hombres, sino en la particularidad del material en que esa oposición es mostrada. Tiene que haber en nuestra interioridad una voz predispuesta a reconocer el imperio fatal del destino de Edipo [...]. Y, en efecto, un factor así está contenido en la historia de Edipo. Su destino nos conmueve únicamente porque podría haber sido el nuestro, porque antes de que naciéramos el oráculo fulminó sobre nosotros esa misma maldición. Quizás a todos nos estuvo deparado dirigir la primera moción sexual hacia la madre y el primer odio y deseo violento hacia el padre; nuestros sueños nos convencen de ello. El rey Edipo, que dio muerte a su padre Layo y desposó a su madre Yocasta, no es sino el cumplimiento de deseo de nuestra infancia. Pero más afortunados que él, y siempre que no nos hayamos vuelto psiconeuróticos, hemos logrado después

¹⁶ *La interpretación de los sueños* [1900, IV, 266-267]

desasir de nuestra madre nuestras pulsiones sexuales y olvidar los celos que sentimos por nuestro padre. Retrocedemos espantados frente a la persona en quien ese deseo primordial de la infancia se cumplió, y lo hacemos con todo el monto de represión que esos deseos sufrieron desde entonces en nuestra interioridad. Al paso que el poeta en aquella investigación va trayendo a la luz la culpa de Edipo, nos va forzando a conocer nuestra propia interioridad, donde aquellos impulsos, aunque sofocados, siguen existiendo.”¹⁷

La importancia de este descubrimiento –que tiene “el mérito suficiente para que se lo clasificara entre las nuevas adquisiciones valiosas de la humanidad”–¹⁸ es cardinal para el rumbo de la investigación de Freud, y más tarde será considerado por él como el eje de la psique humana:

“Se ha dicho con acierto que el complejo de Edipo es el complejo nuclear de las neurosis, la pieza esencial del contenido de estas. En él culmina la sexualidad infantil, que, por sus consecuencias, influye decisivamente sobre la sexualidad del adulto. A todo ser humano que nace se le plantea la tarea de dominar el complejo de Edipo; el que no puede resolverla, cae en la neurosis. El progreso del trabajo psicoanalítico ha destacado con trazos cada vez más nítidos esta importancia del complejo de Edipo; su reconocimiento ha pasado a ser el *shibbólet* que separa a los partidarios del análisis de sus oponentes.”¹⁹

El descubrimiento del complejo de Edipo le permite reafirmar el papel de la sexualidad en la etiología de las neurosis y su concepción de la

¹⁷ *La interpretación de los sueños* [1900, IV, 271]. En la *Carta 71* [1897, I, 307] aparece una alusión al drama griego en los mismos términos: “Si esto es así, uno comprende el cautivador poder de *Edipo rey* [...] la saga griega captura una compulsión que cada quien reconoce porque ha registrado en su interior la existencia de ella. Cada uno de los oyentes fue una vez en germen y en la fantasía un Edipo así, y ante el cumplimiento de sueño traído aquí a la realidad objetiva retrocede espantado, con todo el monto de represión {esfuerzo de desalojo y suplantación} que divorcia a su estado infantil de su estado actual.”

¹⁸ *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 192]. Menos eufóricamente lo dirá en *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 181]: “El complejo de Edipo revela cada vez más su significación como fenómeno central del periodo sexual de la primera infancia.”

¹⁹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 206], nota añadida en 1920.

temporalidad presente en la manifestación de la neurosis. Pero además gracias a él consigue renunciar a la existencia de factores traumáticos externos para explicar la neurosis, que a partir de entonces tendrá su origen en factores internos a la constitución del sujeto.²⁰ Esto le da la llave que le abrirá la comprensión del inconciente. En efecto, hasta entonces había considerado que lo normal era que la sexualidad se presentara hasta la pubertad, y que durante la infancia ésta sólo irrumpía si se daba la intervención prematura de un tercero (la seducción).²¹ Con el complejo de Edipo Freud entiende que la infancia de todos los seres humanos tiene una intensa actividad sexual, originada en una relación libidinal con la persona que cuida al niño:

“El trato del niño con la persona que lo cuida es para él una fuente continua de excitación y de satisfacción sexuales a partir de las zonas erógenas, y tanto más por el hecho de que esa persona –por regla general, la madre– dirige sobre el niño sentimiento que brotan de su vida sexual, lo acaricia, lo besa y lo mece, y claramente lo toma como sustituto de un objeto sexual de pleno derecho.”²²

²⁰ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 173]: “[En *La etiología de la histeria*] otorgué mayor valor a la seducción que a los factores dados en la constitución y el desarrollo sexuales. Resulta evidente que no se requiere de la seducción para despertar la vida sexual del niño, y que ese despertar puede producirse también en forma espontánea a partir de causas internas.”

²¹ En la primera edición de *La Interpretación de los Sueños* aparece un pasaje, eliminado en la edición de 1911, en que niega la existencia de impulsos sexuales en los niños: “[...] juzgamos dichosos a los niños porque todavía no conocen el apetito sexual [...]” (IV, 149). En el momento de publicar *La interpretación de los sueños* había formulado el *complejo de Edipo*, y por lo tanto ya consideraba que la existencia de una intensa actividad sexual durante la infancia. No obstante, que dicha frase haya subsistido, proveniente seguramente de una redacción anterior, muestra la opinión que tenía Freud con respecto a este tema.

²² *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 293]. Dos páginas después del pasaje anterior, hay un párrafo en que Freud parece creer que no hay actividad sexual durante la infancia, y que es posible que no se presente el complejo de Edipo: “Cuando la ternura que los padres vuelcan sobre el niño ha evitado despertarle la pulsión sexual prematuramente –vale decir, antes de que estén dadas las condiciones corporales propias de la pubertad–, y despertársela con fuerza tal que la excitación anímica se abra paso de manera inequívoca hasta el sistema genital, aquella pulsión puede cumplir su cometido: conducir a este niño, llegado a la madurez, hasta la elección de objeto sexual. Por cierto, lo más inmediato para el niño sería escoger como objetos sexuales justamente a las

Esta actividad sexual de la infancia es sofocada en un determinado momento, a partir del cual sus representaciones pasan al inconciente y la sexualidad del niño entra en un periodo de latencia. Es así como se le revela a Freud el inconciente en su otra realidad, la realidad de la fantasía con que el individuo satisface los deseos infantiles reprimidos, y el síntoma neurótico se le aparece como lo que será de ahí en adelante, el compromiso entre dos mociones en conflicto:

“[...] un compromiso entre dos mociones pulsionales o afectivas opuestas, una de las cuales se empeña en expresar una pulsión parcial o uno de los componentes de la constitución sexual, mientras que la otra se empeña en sofocarlos.”²³

De esta forma, el complejo de Edipo permite a Freud comprender las condiciones en que se constituye el inconciente así como la dinámica que da lugar a todas sus manifestaciones: los sueños, los lapsus, los actos fallidos y los síntomas neuróticos. Guardará una importancia central en sus dos tópicos, y las condiciones de su superación son esenciales para comprender los derroteros del sujeto.²⁴

El prejuicio de la heterosexualidad originaria

En esta formulación inicial del complejo de Edipo, el primer objeto sexual del niño es el progenitor de sexo opuesto, como si el niño estuviera predispuesto para una elección de objeto heterosexual. En efecto, ¿en razón de qué el varoncito escogería a la madre como primer objeto sexual y la niña al padre? El primer objeto de ambos se ofrece muy tempranamente, en las primeras semanas y meses tras el

personas a quienes desde su infancia ama, por así decir, con una libido amortiguada. Pero, en virtud del diferimiento de la maduración sexual, se ha ganado tiempo para erigir, junto a otras inhibiciones sexuales, la barrera del incesto, y para implantar en él los preceptos morales que excluyen expresamente de la elección de objeto, por su calidad de parientes consanguíneos, a las personas amadas de la niñez.” Posiblemente el complejo de castración es la pieza que todavía hace falta a Freud para hacer compatible la existencia del complejo de Edipo y la imposición de la ley que prohíbe el incesto.

²³ *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* [1908, IX, 145].

²⁴ Por ejemplo, tal como escribe en una época tan avanzada como 1923: “El ideal del yo es, por lo tanto, la herencia del complejo de Edipo y, así, expresión de las más potentes mociones y los más importantes destinos libidinales del ello. Mediante su institución, el yo se apodera del complejo de Edipo y simultáneamente se somete, él mismo, al ello.” *El yo y el ello* [1923, XIX, 37].

nacimiento, a una edad en la cual en la práctica no hay entre el niño y la niña más diferencia que la existente entre sus genitales. Proponer que en ese momento la elección del primer objeto es heterosexual, como lo hace Freud, supondría que en el código genético de los niños y las niñas hay una predisposición para sentirse atraídos por el sexo opuesto, como si efectivamente la solución heterosexual estuviera dada desde el origen por razones propias de la naturaleza, esto es, ajenas al lenguaje y en general a cualquier forma de socialización.

En *La Interpretación de los Sueños* [1900] esta formulación no entra en conflicto con los demás conceptos desarrollados hasta entonces por Freud. Cinco años más tarde, en *Tres Ensayos de teoría sexual* [1905], la introducción del concepto de *pulsión*, central en el pensamiento freudiano, sí entra en conflicto con esta versión heterosexual del complejo de Edipo. La inconsistencia de esta primera formulación del complejo se hace más clara diez años después, precisamente cuando Freud aborda de nuevo el concepto de *pulsión* en *Pulsiones y destinos de pulsión* [1915]. Pero empieza a ser conciente de esta inconsistencia hasta 1919, a raíz del análisis de las fantasías de *Pegan a un niño* [1919], y vislumbra una vía de solución un año más tarde, en el estudio de un caso de homosexualidad femenina. La intuición de que el camino del niño y la niña no son simétricos es planteada en *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924]. Un año después, en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925] formula una nueva versión del complejo de Edipo, mucho más consistente con el concepto de pulsión, según la cual el primer objeto sexual de niños y niñas es la madre. El origen y contenido de esa nueva versión del Edipo se discutirán en los capítulos 4 y 5, después de haber discutido la elección de objeto en el capítulo 3 y la castración en el 4.

2. La separación entre la pulsión y su objeto

La relación entre la libido y el objeto sexual es un tema central para comprender el proceso de constitución del sujeto, proceso que lo determina como un ser sexuado. En un trabajo tan temprano como *Tres ensayos de teoría sexual* [1905], Freud ya intuye que entre la libido y su objeto hay una soldadura, es decir, una relación contingente (no necesaria) que depende de los avatares del sujeto, y que la inclinación de éste por cierto tipo de objetos no es determinada por la diferencia anatómica ni por ninguna predisposición de carácter biológico. Esta intuición será desarrollada en los años siguientes, y para 1920, en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920], la separación entre la pulsión y su objeto es una adquisición incuestionable que, sin embargo, entra en conflicto con la versión heterosexual del complejo de Edipo discutida en el capítulo anterior. Este capítulo sigue el recorrido de Freud en este descubrimiento y señala algunas de las consecuencias que tiene para el conjunto de su doctrina sobre la sexualidad.

La tarea que plantea la elección de objeto

En *Tres ensayos de teoría sexual* [1905] algunos conceptos muy relevantes para la comprensión de la sexualidad humana aún no han sido desarrollados; no obstante, el lugar de todos ellos ya se encuentra prefigurado en ese trabajo señero. Uno de los más importantes es el concepto de pulsión y su relación con el objeto sexual.

Freud parte en este trabajo del prejuicio de la heterosexualidad, y más precisamente de la sexualidad consistente con la reproducción: la sexualidad normal es la sexualidad al servicio de la reproducción. Lo cual posiciona la discusión sobre la normalidad de la sexualidad humana directamente en el terreno de la elección de objeto:

“Una de las tareas que plantea la elección de objeto consiste en no equivocarse al sexo opuesto.”²⁵

No tiene mucho sentido especular sobre cuánto estaba él mismo imbuido de ese prejuicio cuando escribió *Tres Ensayos*. Lo cierto es que la solución que cuenta con la aquiescencia social es la solución heterosexual, a pesar de que múltiples y diversas fuerzas centrífugas

²⁵ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 209].

desvían la sexualidad de todos los humanos de esa solución, tanto en la elección de los objetos como en la elección de las metas. Imbuido o no del prejuicio heterosexual, Freud constata la existencia de esas fuerzas centrífugas y a partir de ellas cuestiona la “anormalidad” de las soluciones que divergen de la solución “normal” y encuentra en esas soluciones una serie de claves para la comprensión de la sexualidad llamada “normal”. El primer párrafo de *Tres ensayos* deja muy clara la actitud con que se enfrenta al prejuicio de la heterosexualidad, que considera “un reflejo o copia muy infiel de la realidad”:

“El hecho de la existencia de necesidades sexuales en el hombre y el animal es expresado en la biología mediante el supuesto de una ‘pulsión sexual’. [...] La opinión popular tiene representaciones bien precisas acerca de la naturaleza y las propiedades de esta pulsión sexual. Faltaría en la infancia, advendría en la época de la pubertad y en conexión con el proceso de maduración que sobreviene en ella, se exteriorizaría en las manifestaciones de atracción irrefrenable que un sexo ejerce sobre el otro, y su meta sería la unión sexual o, al menos, las acciones que apuntan en esa dirección. Pero tenemos pleno fundamento para discernir en esas indicaciones un reflejo o copia muy infiel de la realidad.”²⁶

Freud comienza su obra cumbre sobre la sexualidad cuestionándose la solución heterosexual – “la atracción irrefrenable que un sexo ejerce sobre el otro –, y lo hace a partir de la discusión sobre prácticas, inclinaciones y fantasías que se desvían con respecto a ella. Más adelante dirá incluso que no hay nada innato que incline al ser humano hacia la solución tradicionalmente considerada como “normal”, y que por el contrario la inclinación de los hombres por las mujeres y de las mujeres por los hombres no puede ser tomada como un punto de partida sino como el resultado de ingentes esfuerzos de la humanidad y que debe ser explicado:

“[...] ni siquiera el interés sexual exclusivo del hombre por la mujer es algo obvio, sino un problema que requiere esclarecimiento.”²⁷

²⁶ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 123].

²⁷ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 132]. Nota añadida en 1915.

A partir de la pubertad, la pulsión sexual se pone al servicio de la solución considerada como normal por la sociedad:

“Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su *conformación normal* definitiva. [...] Ahora es dada una nueva meta sexual; para alcanzarla, todas las pulsiones parciales cooperan, al par que las zonas erógenas se subordinan al primado de la zona genital.”²⁸

¿En qué consiste esa “nueva meta sexual”? Si todo el proceso de constitución del sujeto ha salido de acuerdo con la “solución normal”, la nueva meta será consistente con la función de la reproducción:

“La nueva meta sexual consiste para el varón en la descarga de los productos genésicos [...]. La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción; se vuelve, por así decir, altruista.”²⁹

Freud demostrará en este texto –pero de manera más vasta y decidida cuando se considera el conjunto de su obra– que la realidad no se presenta de forma tan sencilla, y que no es claro que la sexualidad humana se someta a esa meta, a pesar de todos los dispositivos que las sociedades humanas han empleado para imponer al sujeto la disciplina –como diría Foucault– de una sexualidad constreñida al coito heterosexual (de preferencia monogámico o poligámico, pero en todo caso jamás poliándrico) y a la reproducción.

El encuentro con un objeto que no es

Comienza Freud *Tres ensayos* por analizar las desviaciones de comportamiento con respecto a esa sexualidad, llamadas por él “aberraciones sexuales” o “perversiones”. Constata que “la mayoría de estas trasgresiones, siquiera las menos enojosas de ellas, son un ingrediente de la vida sexual que raramente falta en las personas sanas”,³⁰ y que la propensión hacia ellas se establece y percibe desde

²⁸ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 189].

²⁹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 189]. Esta idea es expresada 15 años después, en *Pulsiones y destinos de pulsión* [1915, XIV, 121]: “La meta a que aspira cada una de ellas [las pulsiones sexuales] es el logro del *placer de órgano*; sólo tras haber alcanzado una síntesis cumplida entran al servicio de la *función de reproducción*, en cuyo carácter se las conoce comúnmente como pulsiones sexuales.”

³⁰ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 146].

la más tierna infancia; más aún, concluye que “la disposición a las perversiones es la disposición originaria y universal de la pulsión sexual de los seres humanos.”³¹

Clasifica las perversiones en dos grupos. En primer lugar, aquellas que representan una desviación con respecto al objeto sexual, entre las cuales menciona tres: la elección como objeto sexual de una persona del mismo sexo anatómico (“la inversión”), la elección de una persona “genésicamente inmadura” (un niño) o la elección de un animal. En segundo lugar, aquellas que representan una desviación con respecto a “la meta sexual normal en el acto que se designa como coito”: las transgresiones anatómicas (fijación en otras partes del cuerpo, como “el orificio anal” o el “uso sexual de la mucosa de los labios y de la boca”) y la fijación de metas sexuales provisionales (al sustituir el coito por actividades preliminares a él, tales como el mirar, el tocar, etc).

En relación con la “desviación con respecto al objeto sexual”, Freud se detiene especialmente en el caso de “la inversión”, y no es casual que sea ese el tema a partir del cual se desmontan varios mitos centrales en torno al carácter natural de la heterosexualidad. El primero de ellos, estudiado en este capítulo, es en torno a la relación que existe entre la pulsión y su objeto; el segundo de ellos, analizado en el capítulo 6, es en torno a la naturaleza bisexuada del ser humano.

Al discutir la afirmación de que “la inversión” tiene un carácter innato, señala que sería necesario explicar en qué consiste lo innato, con el fin de no caer “en la explicación más burda, a saber, que una persona trae consigo, innato, el enlace de la pulsión sexual con un objeto sexual determinado.”³² No consigue “esclarecer satisfactoriamente la génesis de la inversión”, pero en el curso de su indagación consigue “entender algo que puede llegar a resultarnos más importante que la solución de la tarea indicada”: la independencia entre la pulsión y su objeto, que bajo distintas formulaciones constituye una de las piedras angulares de su teoría de la sexualidad humana.

En efecto, para Freud el quehacer sexual tiene su origen en la búsqueda incesante del primer objeto sexual, desaparecido en la infancia para siempre:

³¹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 211].

³² *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 128].

“El quehacer sexual se apuntala {*anlehnen*} primero en una de las funciones que sirven a la conservación de la vida, y sólo más tarde se independiza de ella. Quien vea a un niño saciado adormecerse en el pecho materno, con sus mejillas sonrosadas y una sonrisa beatífica, no podrá menos que decirse que este cuadro sigue siendo decisivo también para la expresión de la satisfacción sexual en la vida posterior. La necesidad de repetir la satisfacción sexual se divorcia entonces de la necesidad de buscar alimento [...].”³³

Con el objeto sexual el sujeto busca sustituir ese primer objeto que es el seno materno, perdido para siempre. La importancia estructural de ese primer objeto en la constitución de la sexualidad radica en que el niño le transfiere una investidura libidinal originalmente narcisista:

“El primer objeto erótico del niño es el pecho materno nutricio; el amor se engendra apuntalado en la necesidad de nutrición satisfecha. Por cierto que al comienzo el pecho no es distinguido del cuerpo propio, y cuando tiene que ser divorciado del cuerpo, trasladado hacia ‘*afuera*’ por la frecuencia con que el niño lo echa de menos, toma consigo, como ‘*objeto*’, una parte de la investidura libidinal originariamente narcisista. Este primer objeto se completa luego en la persona de la madre, quien no sólo nutre, sino también cuida, y provoca en el niño tantas otras sensaciones corporales, así placenteras como displacenteras. En el cuidado del cuerpo, ella deviene la primera seductora del niño. En estas dos relaciones arraiga la significatividad única de la madre, que es incomparable y se fija inmutable para toda la vida, como el primero y más intenso objeto de amor, como arquetipo de todos los vínculos posteriores de amor... en ambos sexos.”³⁴

Freud no habría añadido las últimas tres palabras de la cita anterior antes de 1925. Sin embargo, el resto de la cita es compatible con la importancia que daba ya en 1905 a ese primer objeto sexual, cuya *saudade* atraviesa de allí en adelante todas las relaciones amorosas del

³³ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 165].

³⁴ *Esquema de psicoanálisis* [1940, XXIII, 189].

sujeto. Por ello es que “la elección de objeto se consuma primero en la [esfera de la] representación”.³⁵

“Cuando la primerísima satisfacción sexual estaba todavía conectada con la nutrición, la pulsión sexual tenía un objeto fuera del cuerpo propio: el pecho materno. [...] Después la pulsión sexual pasa a ser, regularmente, autoerótica, y solo luego de superado el periodo de latencia se restablece la relación original. No sin buen fundamento el hecho de mamar el niño del pecho de su madre se vuelve paradigmático para todo vínculo de amor. El hallazgo {encuentro} de objeto es propiamente un reencuentro.”³⁶

“El hallazgo de objeto es propiamente un reencuentro”, por lo demás siempre destinado al fracaso, como será explicitado más tarde por Lacan: el objeto sexual es siempre “el que no”. Por ello el enlace entre la pulsión y el objeto es mucho más contingente de lo que suele pensarse. Todo objeto es el sustituto de un objeto mítico que sólo existió mientras el sujeto no era tal, en la prehistoria del ser hablante, un objeto que dejó una huella indeleble cuya oscura representación (des)orientará al sujeto en la cadena de objetos llamados inútilmente a sustituirlo. En 1905 lo dice así:

“Paramos mientes en que concebíamos demasiado estrecho el enlace entre la pulsión sexual y el objeto sexual. La experiencia recogida con los casos considerados anormales nos enseña que entre pulsión sexual y objeto sexual no hay sino una soldadura, que corríamos el riesgo de no ver a causa de la regular correspondencia del cuadro normal, donde la pulsión parece traer consigo al objeto. Ello nos prescribe que debemos aflojar, en nuestra concepción, los lazos entre pulsión y objeto. Probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto, y tampoco debe su génesis a los encantos de éste.”³⁷

³⁵ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 206].

³⁶ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 202-203].

³⁷ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 134].

El problema de la elección de objeto y el carácter sexual

La intuición de que “probablemente, la pulsión sexual es al comienzo independiente de su objeto” se radicalizará en los años que siguen. Diez años más tarde, en *Pulsiones y destinos de pulsión* [1915], la relación entre la pulsión y su objeto es formulada en términos de una radical separación:

“El *objeto* {*Objekt*} de la pulsión es aquello en o por lo cual puede alcanzar la meta. Es lo más variable en la pulsión; no está enlazado originariamente con ella, sino que se le coordina sólo a consecuencia de su aptitud para posibilitar la satisfacción.”³⁸

Que haya una separación radical entre la pulsión y su objeto significa que no existe una garantía de que el objeto elegido tenga las características adecuadas para la solución heterosexual, es decir que tenga los atributos anatómicos deseables para la reproducción. En efecto, señala Freud en 1920:

“La libido de todos nosotros oscila normalmente a lo largo de la vida entre el objeto masculino y el femenino [...].”³⁹

Nada garantiza a priori, entonces, que en las encrucijadas del sujeto se cumplan las “representaciones bien precisas” –reseñadas por Freud en la primera página de *Tres ensayos*– que “la opinión popular tiene acerca de la naturaleza y las propiedades de la pulsión sexual”, y en particular que se produzca una “atracción irrefrenable” de “un sexo sobre otro”. Las mujeres no están predestinadas biológicamente a inclinarse por los hombres, ni estos a hacerlo por aquellas.

Se trata de un descubrimiento radical y de gran significancia para la comprensión de la sexualidad humana. Aún no extrae Freud de él todas sus conclusiones, aunque empieza a intuir las. Una de esas conclusiones –que vislumbrará muchos años más tarde, en *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924]– es la inconsistencia de la versión del complejo de Edipo publicada en *La interpretación de los sueños* [1900], según la cual, como se dijo, el niño elige como objeto sexual al progenitor de sexo opuesto, como si la pulsión

³⁸ *Pulsiones y destinos de pulsión* [1915, XIV, 118].

³⁹ *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920, XVIII, 151].

estuviera predestinada a un primer objeto heterosexual. De esta cuestión se ocupa el capítulo 5.

Otra de las conclusiones que se deriva de este descubrimiento, y que desde ya intuye, es la independencia entre el proceso de sexuación y la elección de objeto. En el tratamiento del tema de la “inversión” realizado en *Tres ensayos*, hay alguna referencia tangencial a la independencia entre la elección de objeto y el “carácter psíquico” de la persona:

“No cabe duda de que una gran parte de los invertidos masculinos han conservado el carácter psíquico de la virilidad.”⁴⁰

No discute aquí en qué consiste “el carácter psíquico de la virilidad”, y al hacerlo en el futuro será siempre de manera marginal, como se verá en el capítulo 6. No obstante, la cita anterior deja sentado desde ya que ese carácter es en todo caso por completo independiente del sexo que tenga el objeto elegido: “el carácter psíquico de la virilidad” puede presentarse en hombres que eligen como objeto sexual a otros hombres tanto como en hombres que eligen mujeres. En 1910 añade una nota que avanza aún más en la distinción entre elección de objeto y lo que en 1905 llama “carácter psíquico”:

“Debería trazarse una neta distinción conceptual entre diferentes casos de inversión según que se haya invertido el carácter sexual del *objeto* o el del *sujeto*”⁴¹

Esta frase señala que puede haber inversión de objeto (hombres que eligen hombres y mujeres que eligen mujeres) o inversión de sujeto (¿hombres que eligen ser mujeres y mujeres que eligen ser hombres?).⁴² No corresponde aquí abordar todavía lo que podría significar esta última opción, sino simplemente dejar sentado que la elección de objeto y la elección de una determinada sexuación son dos hechos independientes. En 1915 añade otra nota más en la misma dirección:

⁴⁰ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 131].

⁴¹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 132], nota añadida en 1910.

⁴² Soler [2002, 169]: “La identidad sexual, es decir, ser ‘hombre’ o ‘mujer’, está separada de la elección de objeto. Y también de la anatomía, si se sigue a Lacan.”

“[...] es lícito exigir que se separe, en el plano conceptual, la inversión del objeto sexual de la mezcla de caracteres sexuales en el interior de un sujeto.”⁴³

Este tema de la independencia entre la elección de objeto y lo que Lacan llamará sexuación será visitado por Freud nuevamente de manera explícita en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina*. En esta última obra retoma la intuición donde la había dejado en la cita precedente, tomada de *Tres ensayos*:

“Un hombre con cualidades predominantemente viriles, o que exhiba también el tipo masculino de vida amorosa, puede, con todo eso, ser un invertido con relación al objeto, amar sólo a hombres, no a mujeres. Un hombre en cuyo carácter prevalezcan de manera llamativa las cualidades femeninas, y aun que se porte en el amor como una mujer, en virtud de esa actitud femenina debería estar destinado al varón como objeto de amor; no obstante, muy a pesar de eso, puede ser heterosexual y no mostrar hacia el objeto una inversión mayor que una persona normal media. Lo mismo vale para las mujeres; tampoco en ellas carácter sexual y elección de objeto coinciden en una relación fija.”⁴⁴

Freud desarrolla así la intuición que tuvo al analizar la inversión en *Tres ensayos*, y la lleva hasta sus últimas consecuencias: el carácter femenino o masculino de una persona es por completo independiente de la naturaleza anatómica del objeto sexual elegido. Dice:

“La bibliografía sobre homosexualidad no suele distinguir con nitidez suficiente el problema de la elección de objeto, por un lado, y el del carácter y la actitud sexuales, por el otro, como si la decisión sobre uno de esos puntos se enlazara necesariamente con la decisión sobre el otro.”⁴⁵

Freud introduce una gran riqueza a la discusión sobre el proceso de sexuación al aislarlo del proceso de elección de objeto. Tener esto

⁴³ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 132], nota añadida en 1915.

⁴⁴ *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920, XVIII, 161-162].

⁴⁵ *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920, XVIII, 162].

presente facilitará la comprensión de lo que para Freud constituye “el carácter y la actitud sexuales” de una persona —que como se verá durante mucho tiempo se redujeron para él a la pasividad y a la actividad— así como el proceso a través del cual para él la persona queda afiliada predominantemente de un lado o del otro.

3. La castración

“A todo ser humano que nace se le plantea la tarea de dominar el complejo de Edipo”, dice Freud.⁴⁶ ¿Cuál es el dispositivo que se lo facilita? ¿A través de cuál proceso se instaura la prohibición del incesto y el individuo queda preparado para advenir al mundo de los mortales? Freud descubre que algo pasa en el curso de la infancia que la sexualidad infantil queda reprimida y un velo se cierne sobre ella. Toda la sexualidad infantil es reprimida y el niño así como la niña entran en lo que denomina “el periodo de latencia”, hasta que en la pubertad la pulsión sexual retoma su vigor, con respuestas muy diferentes para el niño y para la niña. La búsqueda de una explicación para el periodo de latencia lo lleva a descubrir la castración, proceso en el cual se asienta la asimetría esencial entre hombres y mujeres y cuya importancia teórica a partir de entonces no dejará de aumentar a lo largo de su obra: la castración constituye para Freud, como después para Lacan, la verdadera encrucijada en el curso de la cual se definen los avatares del sujeto.

Este capítulo estudia la génesis del complejo de castración en la investigación de Freud. Para ello aborda sus interrogaciones sobre el origen del periodo de latencia y las teorías sexuales de la infancia, e intenta dar una explicación a la importancia que Freud concede a la represión del onanismo, que ofrece un espacio para el anudamiento de sensación, imagen y palabra. En el marco de ese anudamiento la diferencia anatómica entre los sexos como el resultado simbólico de ese mismo proceso que permite al sujeto hacer frente a su tarea de dominar el complejo de Edipo.

La amnesia histérica y el periodo de latencia

En sus primeros trabajos sobre la histeria Freud había señalado que las neurosis se originan en experiencias sexuales traumáticas ocurridas durante la infancia. En ese momento pensaba que los niños no tienen una actividad sexual propia, y que la neurosis se produce a posteriori, al activarse la huella de la seducción —esto es, la introducción temprana del niño en la sexualidad por un adulto. En 1897 descubre que las escenas de seducción mencionadas por sus pacientes no son en su mayoría hechos reales sino productos de la fantasía,

⁴⁶ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 206], nota añadida en 1920.

representaciones del amor libidinal –reprimido después– del niño por uno de sus padres y de su hostilidad (de origen también libidinal) por el otro. Con este descubrimiento la actividad sexual durante la infancia deja de ser concebida como algo anormal que resulta de una experiencia traumática externa (la seducción por un adulto), y empieza a ser comprendida como una condición normal que surge en la relación habitual del niño con sus progenitores, y en particular en la estimulación implicada en la alimentación y los cuidados de la madre.⁴⁷ En ese contexto, la neurosis sería explicada como el conflicto entre los deseos de carácter libidinal surgidos entonces y la represión de esos deseos.⁴⁸

No obstante, algo ocurre al final de la primera infancia: las mociones pulsionales de carácter sexual son reprimidas y el niño entra en lo que Freud denomina “un periodo de latencia”:

“Parece seguro que el neonato trae consigo gérmenes de mociones sexuales que siguen desarrollándose durante cierto lapso, pero después sufren una progresiva sofocación.”⁴⁹

Así, el empuje sexual se produce en dos fases, una que tiene lugar desde el nacimiento hasta alrededor de los cuatro o cinco años, y una segunda que tiene lugar con la adolescencia. Este “hecho asombroso, y grávido de consecuencias, del *arranque en dos tiempos del desarrollo sexual*”,⁵⁰ tiempos entre los cuales se produce el periodo de latencia, va acompañado de una amnesia completa sobre el primer tiempo de actividad sexual. Esta amnesia explica que sea tan generalizada la creencia de que el niño no tiene ninguna actividad sexual.⁵¹ Durante ese periodo de latencia, en que se han borrado los recuerdos concientes del primer empuje sexual, se desarrollan los

⁴⁷ *Esquema de psicoanálisis* [1940, XXIII, 188]: “En el cuidado del cuerpo, [la madre] deviene la primera seductora del niño.”

⁴⁸ En una de las formulaciones más radicales de Freud, habría que decir que “los síntomas son la práctica sexual de los enfermos.” *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 160].

⁴⁹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 148].

⁵⁰ *La organización genital infantil* [1923, XIX, 145].

⁵¹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 159]: “En mi opinión, la amnesia infantil, que convierte la infancia de cada individuo en un tiempo anterior, por así decir *prehistórico*, y le oculta los comienzos de su propia vida sexual, es la culpable de que no se haya otorgado valor al periodo infantil en el desarrollo de la vida sexual.”

diques que permitirán al futuro adulto moldear su sexualidad de acuerdo con los patrones de su cultura:

“Durante este periodo de latencia total o meramente parcial se edifican los poderes anímicos que más tarde se presentarán como inhibiciones en el camino de la pulsión sexual y angostarán su curso a la manera de unos diques (el asco, el sentimiento de vergüenza, los reclamos ideales en lo estético y lo moral).”⁵²

¿Cuál es el origen del periodo de latencia? ¿Cuál el hecho que lo inaugura y lo hace posible al cortar más o menos repentinamente el “primer tiempo de empuje sexual”, a la vez que sume los recuerdos de la primera sexualidad en el inconciente? A ese hecho que da lugar al periodo de latencia se liga la represión del amor libidinal del niño por un progenitor y la hostilidad hacia el otro, así como la cesación de toda la actividad sexual del niño –incluida la masturbación– hasta el inicio de la pubertad. Identificar el proceso que da lugar al periodo de latencia resulta relevante para comprender el mecanismo mediante el cual se ejerce la represión sobre los deseos de la infancia. Freud se lo pregunta en *Tres ensayos*:

“[...] tenemos que suponer [...] que esas mismas impresiones que hemos olvidado dejaron, no obstante, las más profundas huellas en nuestra vida anímica y pasaron a ser determinantes para todo nuestro desarrollo posterior. No puede tratarse, pues, de una desaparición real de las impresiones infantiles, sino de una amnesia semejante a la que observamos en los neuróticos respecto de vivencias posteriores y cuya esencia consiste en un mero apartamiento de la conciencia (represión). Ahora bien, ¿cuáles son las fuerzas que provocan esta represión de las impresiones infantiles? Quien solucione este enigma habrá esclarecido al mismo tiempo la amnesia histórica.”⁵³

En esa misma obra avanza la hipótesis de que el periodo de latencia es producto de la educación, pero la descarta de inmediato y en su lugar postula una solución bastante precaria, sobre todo si se la juzga a posteriori y en el contexto en que está escribiendo:

⁵² *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 161].

⁵³ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 159].

“En el niño civilizado se tiene la impresión de que el establecimiento de esos diques es obra de la educación. Y sin duda alguna ella contribuye en mucho. Pero en realidad este desarrollo es de condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente, y llegado el caso puede producirse sin ninguna ayuda de la educación.”⁵⁴

No resulta muy convincente el argumento de que una moción pulsional surgida de la relación entre el niño y sus progenitores sea reprimida gracias a un “condicionamiento orgánico, fijado hereditariamente”. Si esa moción pulsional no es resultado de un “condicionamiento orgánico” sino de la relación cotidiana entre el niño y otras personas, su represión debería tener un mismo origen, es decir, debería resultar del mismo tipo de factores que dan origen a la moción pulsional. Además resulta sorprendente que se cuele el argumento del condicionamiento orgánico de carácter hereditario en algo tan directamente relacionado con el complejo de Edipo, desarrollado por Freud –al igual que la teoría de la seducción– precisamente para combatir a Charcot, quien atribuía la etiología de las neurosis a factores hereditarios.⁵⁵

Otra explicación más convincente de la emergencia del periodo de latencia es esbozada poco después del descubrimiento del complejo de Edipo, en un artículo secundario, *La sexualidad en la etiología de las neurosis*. Allí señala que “la organización y evolución de la especie humana procura evitar cualquier actividad sexual considerable en la niñez”,⁵⁶ con lo cual el origen del periodo de latencia es atribuido a una práctica social y no a un factor hereditario. En ese sentido, ese comentario constituye una prefiguración del complejo de castración, y sobre todo de la interpretación que de él hace Lacan, según la cual la prohibición del incesto es transmitida “por la especie humana” a través del orden simbólico.

La forma concreta a través de la cual “la especie humana procura evitar cualquier actividad sexual a los niños” es para Freud la

⁵⁴ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 159].

⁵⁵ En una época tan tardía como 1915, Freud acude inexplicablemente a ese mismo argumento de lo orgánico, que a todas luces resulta contradictorio con el conjunto de su doctrina: en una nota agregada a los *Tres ensayos*, señala que la barrera del incesto, “al igual que otros tabúes morales, quizás esté fijada en muchos individuos por herencia orgánica.” *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 205], nota agregada en 1915.

⁵⁶ *La sexualidad en la etiología de las neurosis* [1898, III, 273]

reprensión de la masturbación. En el próximo apartado se verá la importancia que tiene esta reprensión para marcar la entrada en el periodo de latencia, y en el siguiente apartado el descubrimiento de las diferencias anatómicas, que genera en los niños las más increíbles fantasías.

La relevancia del onanismo y de su represión

Formulado por primera vez en 1908, el complejo de castración es para Freud el mecanismo a través del cual “la especie humana procura evitar cualquier actividad sexual considerable en la niñez”. He aquí la primera formulación del complejo de castración, aparecida en *Sobre las teorías sexuales infantiles*:

“El niño gobernado en lo principal por la excitación del pene ha solido procurarse placer estimulándolo con la mano; sus padres o las personas encargadas de su guarda lo han pillado, y lo aterrorizaron con la amenaza de que le sería cortado el miembro.”⁵⁷

Freud dice que esa amenaza está a la base del origen del periodo de latencia y de la superación del complejo de Edipo. La importancia que le otorga guarda proporción con la importancia de la masturbación así como de un hecho que inscribe el conjunto de la sexualidad en lo simbólico: el descubrimiento de la diferencia anatómica.

¿Por qué atribuye Freud una relevancia tan grande a la masturbación? Porque a ella se encuentra urdido el complejo de Edipo. En efecto, las fantasías autoeróticas del niño son representaciones de su inclinación edípica por la madre:

“El acto masturbatorio (en el sentido más lato: onanista) se componía en esa época de dos fragmentos: la convocación de la fantasía y la operación activa de autosatisfacción en la cima de ella. Como es sabido, esta composición consiste en una soldadura. Originariamente la acción era una empresa autoerótica pura destinada a ganar placer en un determinado lugar del cuerpo, que llamamos erógeno. Más tarde esa acción se fusionó con una representación-deseo tomada del círculo del amor de

⁵⁷ *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX, 193].

objeto y sirvió para realizar de una manera parcial la situación en que aquella fantasía culminaba.”⁵⁸

En 1924 la relación entre la masturbación y el complejo de Edipo es descrita de una forma más descarnada:

“[...] la masturbación es sólo la descarga genital de la excitación sexual perteneciente al complejo, y a esta referencia deberá su significatividad para todas las épocas posteriores.”⁵⁹

En uno de sus trabajos más tardíos, Freud expone de nuevo la articulación existente entre la masturbación y el complejo de Edipo:

“Cuando el varoncito (a partir de los dos o los tres años) ha entrado en la fase fálica de su desarrollo libidinal, ha recibido sensaciones placenteras de su miembro sexual y ha aprendido a procurárselas a voluntad mediante estimulación manual, deviene el amante de la madre. Desea poseerla corporalmente en las formas que ha colegido por sus observaciones y vislumbres de la vida sexual, y procura seducirla mostrándole su miembro viril, de cuya posesión se encuentra orgulloso.”⁶⁰

En los tres trabajos citados en que habla de la masturbación, Freud sólo se refiere a la masturbación del varón, posiblemente porque está introduciendo la amenaza de castración, que sólo es proferida contra él. Sin embargo, en la niña también se presenta una práctica masturbatoria:

“[...] ese pene pequeño [el clítoris], y que ya no crecerá, se comporta de hecho en la infancia de la mujer como un pene genuino y cabal, se convierte en la sede de unas excitaciones movidas al tocarlo, su estimulabilidad presta al quehacer sexual de la niña un carácter masculino [...]”⁶¹

No narra que la niña sea reprendida por su actividad masturbatoria – pero tampoco dice que no lo sea. No obstante, nada más para el varón

⁵⁸ *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* [1908, IX, 142-143].

⁵⁹ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 184].

⁶⁰ *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 188].

⁶¹ *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX, 194]. Cfr también *Tres ensayos* [1905, VII, 201-202]

la reprensión de la masturbación se convierte en una amenaza de castración:

“La madre ha comprendido muy bien que la excitación sexual del varoncito se dirige a su propia persona. En algún momento medita entre sí que no es correcto consentirla. Cree hacer lo justo si le prohíbe el quehacer manual con su miembro. La prohibición logra poco, a lo sumo produce una modificación en la manera de autosatisfacción. Por fin la madre echa mano del recurso más tajante: amenaza quitarle la cosa con la cual él la desafía. Por lo común, cede al padre la ejecución de la amenaza, para hacerla más terrorífica: se lo dirá al padre y él le cortará el miembro.”⁶²

Resulta significativo que la palabra con que la madre reprende la masturbación sirve precisamente para inscribir la diferencia anatómica: no es la niña sino el varón, poseedor de pene, quien recibe la amenaza de castración. ¿Por qué Freud se refiere sólo a la reprensión de la masturbación en el varón? En el caso de los textos anteriores a 1925 podría argüirse que Freud tomaba como objeto de su investigación sólo a varoncitos, convencido de que para las niñas todo se presentaría de la misma manera.⁶³ Sin embargo, el pasaje que se acaba de citar proviene de uno de sus últimos escritos, y Freud se refiere allí sólo a la reprensión de la masturbación de los varones, como si hasta el último momento fuera la reprensión de la masturbación masculina la que tuviera alguna incidencia en la institución del complejo de castración. Pareciera que la reprensión de la masturbación no tuviera ninguna relevancia en el caso de la niña; como tampoco la tendría en el caso del niño, si no fuera por la significación que la palabra de la madre otorga a la diferencia anatómica, significación que para el varoncito es “el trauma más intenso de su joven vida.”⁶⁴ La reprensión de la masturbación tiene el efecto de elevar el pene a la categoría de significante, algo que está y podría no estar: que haya o no reprensión de la masturbación femenina carece de importancia, porque la palabra cae en un vacío, en el vacío de la ausencia de significante para el genital femenino.

⁶² *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 188]. Ver otra narración de estos mismos hechos en *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 182].

⁶³ *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 268].

⁶⁴ *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 189].

El revelamiento de los genitales: la falta de pene en la niña

La castración requiere de dos condiciones, dice Freud: la amenaza proferida por un adulto y la visión de los genitales, que es resignificada por esa amenaza. Este apartado discute cómo, según Freud, los niños se enfrentan, armados de su aparato simbólico, a la percepción de la diferencia entre sus genitales. Para ello se discutirán los tres principales textos donde Freud analiza la actitud de niños y niñas frente al descubrimiento de esa diferencia: *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX], *La organización genital infantil* [1923] y *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX]. En el primero de estos textos Freud expone por primera vez el complejo de castración. En los tres años anteriores, desde la publicación de *Tres ensayos*, Freud se había abocado al estudio de las teorías sexuales infantiles, en busca de una explicación el periodo de latencia; en el curso de su investigación descubre al menos dos hechos muy significativos: que el pene tiene una importancia central desde la primera infancia, lo cual lo lleva a afirmar que desde entonces se da una organización genital de la pulsión y se instaura la primacía del falo, y que existe una asimetría en la forma en que niños y niñas hacen frente a la diferencia entre sus genitales, asimetría que Freud tiene presente desde muy temprano y que determina la bifurcación de los caminos tras la castración.⁶⁵

El efecto capital que genera la amenaza de castración sobre el niño, reposa en el nexa que desde muy temprano establece el individuo con “esta parte del cuerpo”. Esto es expuesto con claridad en *Sobre las teorías sexuales infantiles*:

“El efecto de esta ‘amenaza de castración’ es, en su típico nexa con la estima que se tiene por esta parte del cuerpo, superlativa y extraordinariamente profundo y duradero.”

66

⁶⁵ *Seminario 3: Las psicosis* [21 de marzo de 1956, 250]: “A propósito del complejo de Edipo, las buenas voluntades no dejaron de subrayar analogías y simetrías en el camino que tienen que seguir el varón y la hembra, y el propio Freud indicó muchos rasgos comunes. Nunca dejó de insistir, empero, en la disimetría fundamental del Edipo en ambos sexos.”

⁶⁶ *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX, 193].

El interés narcisista de conservar el órgano con que se procura ese goce dota de su eficacia a la amenaza de castración.⁶⁷ De su relevancia para el goce se deriva según Freud la relevancia del pene frente a las otras zonas erógenas:

“Justamente en aquella constitución sexual que nos vemos precisados a reconocer como ‘normal’, el pene es ya en la infancia la zona erógena rectora, el principal objeto sexual autoerótico, y es lógico que la alta estima de que goza se refleje en la incapacidad para representarse sin ese esencial ingrediente a una personalidad tan parecida al yo.”⁶⁸

La importancia que tiene el genital masculino para niñas y niños durante ese periodo se manifiesta en la más relevante de las teorías infantiles:

“La primera de estas teorías se anuda al descuido de las diferencias entre los sexos, que al comienzo de estas consideraciones destacamos como característico del niño. Ella consiste en *atribuir a todos los seres humanos, aún a las mujeres, un pene*, como el que el varoncito conoce en su cuerpo propio.”⁶⁹

Cabe preguntarse si esta fantasía es común a niños y niñas, o es más bien propia de los niños varones, dado que la mayor parte del material estudiado por Freud durante esta época provenía de niños, como confesaría muchos años más tarde.⁷⁰ En todo caso, en ese mismo texto Freud sostiene que el niño y la niña comparten la alta estimación en que tienen el pene, lo cual sucedería evidentemente, en el caso de las niñas, a partir del momento en que conocen uno. En todo caso, dice Freud, “el genuino miembro sexual femenino” no ha sido descubierto por ninguno de los niños, de manera que toda la atención de ambos se centra en la ausencia o presencia del órgano masculino:

“Otro carácter de la sexualidad de la primera infancia es que el genuino miembro sexual femenino no desempeña en ella todavía papel alguno, no se ha descubierto aún

⁶⁷ *La sexualidad femenina* [1931, XXI, 231]. “En esta asombrosa vía evolutiva ha sido justamente el interés genital narcisista, el de la conservación del pene, el utilizado para limitar la sexualidad infantil.”

⁶⁸ *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX, 192].

⁶⁹ *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX, 192].

⁷⁰ *La organización genital de la infancia* [1923, XIX, 146].

para el niño. Todo el acento recae sobre el miembro masculino, todo interés se dirige a su presencia o ausencia. [...] hemos discernido que la niña siente pesadamente la falta de un miembro sexual de igual valor que el masculino, se considera interiorizada por esa falta, y esa ‘envidia del pene’ da origen a toda una serie de reacciones característicamente femeninas.”⁷¹

Esa alta estimación impide al niño ver la falta de pene de la niña; el niño sostiene, por el contrario, que la niña lo tiene, aunque no lo vea:

“Si el varoncito llega a ver los genitales de una hermanita, sus manifestaciones evidencian que su prejuicio ya ha adquirido fuerza bastante para doblar a la percepción; no comprueba la falta de miembro [...]”⁷²

La niña por su parte desarrolla un gran interés por esa parte del cuerpo en el varón, pero mucho más rápidamente que él percibe la diferencia y la procesa. Así, su interés por el pene

“[...] pronto pasa a estar comandado por la envidia. Se siente perjudicada, hace intentos de orinar en la postura posibilitada al varón por la posesión del pene grande, y cuando exterioriza su deseo: ‘Preferiría ser un muchacho’, nosotros sabemos cuál es la falta que ese deseo está destinado a remediar.”⁷³

En ese momento, dice Freud en *Sobre las teorías*, el niño y la niña celebran la universalidad del pene, él con el miedo a la castración, ella con la envidia del pene. Esta exposición de la actitud de niño y niña frente a la castración, se mantiene en el resto de su obra, aunque va introduciendo diversos matices, particularmente en lo que se refiere a la percepción del niño.

Es el caso quince años después, al escribir *La organización genital infantil* [1923]. Allí Freud reafirma la importancia que tiene el órgano masculino tanto para el niño como para la niña. Afirmo incluso que el

⁷¹ ¿Pueden los legos ejercer el análisis? [1926, XX, 199].

⁷² *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX, 192].

⁷³ *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX, 194]. Ver *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 178]: la niña “es presa de la envidia del pene, que culmina en el deseo de ser un varón, deseo tan importante luego.” Freud no volverá a hablar de la envidia del pene hasta 1924, cuando en *El sepultamiento del complejo de Edipo* entrevé la asimetría entre el recorrido del niño y el de la niña para sepultar el Edipo.

pene y su papel en la organización de las pulsiones parciales es todavía más importante de lo que pensaba en 1908: dice que no se “declararía satisfecho con la tesis de que el primado de los genitales no se consume en la primera infancia”. Por el contrario, “aunque no se alcanza una verdadera unificación de las pulsiones parciales bajo el primado de los genitales [...] el interés por los genitales y el quehacer genital cobran una significatividad dominante.”⁷⁴ De hecho, Freud afirma que la importancia del complejo de castración proviene de que se produce en la fase de primado del falo:

“[...] sólo puede apreciarse rectamente la significatividad del complejo de castración si a la vez se toma en cuenta su génesis en la fase del primado del falo.”⁷⁵

Además, en consonancia con ello, ha confirmado la primera teoría sexual infantil, según la cual el pene es el único genital que existe, lo cual constituye la diferencia central con la organización genital del adulto:

“[...] el carácter principal de esta ‘organización genital infantil’ es, al mismo tiempo, su diferencia respecto de la organización genital definitiva del adulto. Reside en que, para ambos sexos, sólo desempeña un papel *un genital*, el masculino. Por tanto, no hay un primado genital, sino un primado del *falo*.”⁷⁶

Esta conclusión se mantendrá a lo largo de su obra. De lo que se trata, en el fondo, es del intento del niño por construir una oposición significativa que le permita dar cuentas de una diferencia tan significativa como la que ha descubierto tras la amenaza de castración entre los genitales suyos y los de la niña. Pero se ve confrontado a una dificultad:

“En el siguiente estadio de la organización genital infantil hay por cierto algo *masculino*, pero no algo femenino; la oposición reza aquí: *genital masculino*, o *castrado*.”⁷⁷

La dificultad, percibida por Freud, es que el niño no cuenta con un significativo para el sexo de la niña —el cual queda definido como una

⁷⁴ *La organización genital infantil* [1923, XIX, 146].

⁷⁵ *La organización genital infantil* [1923, XIX, 147].

⁷⁶ *La organización genital infantil* [1923, XIX, 146].

⁷⁷ *La organización genital infantil* [1923, XIX, 149].

negatividad con respecto al sexo masculino, como la ausencia de pene, y más aún, como el pene castrado.⁷⁸ A partir de esta ausencia significativa remarcada por Freud, Lacan afirma que lo que está en juego es la ausencia de un significante para la mujer, y que ello determina el diferente sendero que seguirán niños y niñas:

“Lo que está en juego es una disimetría en el significante. Esta diferencia significativa determina las vías por donde pasará el complejo de Edipo. Ambas vías llevan por el mismo sendero: el sendero de la castración.”⁷⁹

Esta asimetría —“el falo es un símbolo que no tiene correspondiente ni equivalente”—, como se verá, da lugar a la envidia del pene, y en esa medida es lo que produce la feminidad como tal, no sólo en el sentido de que encauza a la niña por las vías que la harán mujer, sino también en el sentido de que produce la mujer como la alteridad absoluta, tanto para el hombre como para la mujer.⁸⁰ Por ello Lacan señala que Freud “nunca dejó de insistir, empero, en la disimetría fundamental del Edipo en ambos sexos.”⁸¹

De esta forma Freud introduce en *La organización infantil* un matiz con respecto a la percepción que tiene el niño varón de los genitales femeninos: ya no sostiene, como en *Sobre las teorías*, que el niño simplemente no percibe la falta de pene en la niña, sino que la percibe y la atribuye a la castración. Poco a poco descubre que el pene “no es un patrimonio común a todos los seres semejantes a él.” Para percibir la falta de pene, el niño debe vencer la resistencia que opone a su percepción la alta estima en que tiene su propio órgano:

“Desconocen esa falta; creen ver un miembro a pesar de todo; cohonestan la contradicción entre observación y prejuicio mediante el subterfugio de que aún sería pequeño y ya va a crecer, y después, poco a poco, llegan a la conclusión, afectivamente sustantiva, que sin duda estuvo presente y luego fue removido. La falta de pene es entendida como resultado de una castración, y ahora se le

⁷⁸ Morel [2000, 85]: “[...] así, el pensamiento infantil no logra encontrar un significante que identifique lo femenino.”

⁷⁹ *Seminario 3* [21 de marzo de 1956, 251].

⁸⁰ Morel [2000, 84]: “Esto significa que la feminidad, la ‘diferencia’, sigue siendo una alteridad absoluta, una desconocida.”

⁸¹ *Seminario 3* [21 de marzo de 1956, 250].

plantea al niño la tarea de habérselas con la referencia de la castración a su propia persona.”⁸²

Con respecto a la percepción de la niña, es más cauto de lo que había sido 15 años atrás, en *Sobre las teorías*. En *La organización genital infantil* Freud es muy explícito al decir que todas sus afirmaciones se han referido hasta entonces únicamente al niño varón:

“Por desdicha, sólo podemos describir estas constelaciones respecto del varoncito; carecemos de una intelección de los procesos correspondientes en la niña pequeña.”⁸³

Un año más tarde viene *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924], donde Freud reafirma sus descubrimientos anteriores pero da un paso, tímido aún, pero de muy importantes consecuencias más tarde, en su “intelección de los procesos correspondientes en la niña pequeña.” Lo primero que confirma se refiere a la primacía del falo:

“[...] el desarrollo sexual del niño progresa hasta una fase en que los genitales ya ha tomado sobre sí un papel rector. Pero estos genitales son sólo los masculinos (más precisamente el pene), pues los femeninos siguen sin ser descubiertos.”⁸⁴

En segundo lugar, como se dijo en el apartado anterior, en este artículo Freud es más explícito en afirmar que para ver el sexo de la niña como castrado, el niño tiene que haber hecho frente sobre sí mismo a la amenaza de la castración. La percepción de los genitales femeninos inaugura el proceso de dudas que lo terminará haciendo renunciar a la masturbación.

En tercer lugar, confirma lo que había sostenido en *Sobre las teorías* en relación con la percepción de la niña. Ella percibe de inmediato su desventaja y la atribuye a la castración:

“Así se produce esta diferencia esencial: la niña acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación.”⁸⁵

⁸² *La organización genital de la infancia* [1923, XIX, 147].

⁸³ *La organización genital de la infancia* [1923, XIX, 146].

⁸⁴ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 182].

⁸⁵ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 185].

Finalmente, viene *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925]. Allí Freud reafirma la diferencia que se produce en niños y niñas en su percepción de los genitales del otro sexo. Puede decirse que ambos rechazan la existencia de la diferencia que la anatomía les muestra, pero cada uno a su manera. El niño se ve embargado por las incertidumbres y las dudas:

“He aquí una interesante oposición en la conducta de ambos sexos: en el caso análogo, cuando el varoncito ve por primera vez la región genital de la niña, se muestra irresoluto, poco interesado al principio; no ve nada, o desmiente su percepción, la deslía, busca subterfugios para hacerla acordar con su expectativa.”⁸⁶

En cambio, la reacción de la niñas es fulminante, como lo había señalado Freud en sus artículos anteriores:

“Nada de eso ocurre a la niña pequeña. En el acto se forma su juicio y su decisión. Ha visto, sabe que ella no lo tiene y quiere tenerlo.”⁸⁷

Freud reafirma en este artículo que la percepción de los genitales masculinos produce en la niña la envidia del pene:

“Ella nota el pene de un hermano o un compañerito de juegos, pene bien visible y de notable tamaño, y al punto lo discierne como el correspondiente, superior, de su propio órgano, pequeño y escondido; a partir de ahí cae víctima de la envidia del pene.”⁸⁸

Freud no reflexionará más, a partir de este trabajo, sobre las diferencias en la percepción de los órganos genitales. A partir de *El sepultamiento del complejo de Edipo*, su principal interés será comprender la asimetría existente entre niños y niñas en relación con dicho complejo y con la salida de él, así como las consecuencias que esa asimetría tiene sobre sus diversos recorridos. Estas consecuencias se analizarán en el capítulo 5.

⁸⁶ *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 270-271].

⁸⁷ *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 271].

⁸⁸ *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 270-271].

Imagen y palabra en la inscripción de la diferencia anatómica entre los sexos

Freud señala que la amenaza de castración no es suficiente para que se produzca la represión del complejo de Edipo: para hacerla creíble es necesaria una visión de los genitales femeninos resignificada por esa amenaza. Dice Freud:

“En efecto, al principio el varoncito no presta creencia ni obediencia algunas a la amenaza. [...] Sólo tras hacer una nueva experiencia empieza el niño a contar con la posibilidad de una castración, y aun entonces con vacilaciones, a disgusto y no sin empeñarse en reducir el alcance de su propia observación. La observación que por fin quiebra la incredulidad del niño es la de los genitales femeninos. Alguna vez el varoncito, orgulloso de su posesión del pene, llega a ver la región genital de una niña, y no puede menos que convencerse de la falta de un pene en un ser tan semejante a él. Pero con ello se ha vuelto representable la pérdida del propio pene, y la amenaza de castración obtiene su efecto con posterioridad.”⁸⁹

Al ver los genitales femeninos el varoncito no sabe que está viendo un sexo diferente del suyo, sino que ve la ausencia del suyo propio, la falta de pene, y esa visión es resignificada a partir de la amenaza de castración: lo que ve con horror es un sexo masculino castrado. Lo relevante no es el momento en que se da la primera visión de los genitales, que perfectamente pudo haberse producido antes de la amenaza, sino que esa primera visión cobra sentido solo una vez proferida la amenaza, un sentido por lo demás traumático para el niño:

“[...] cuando el varoncito ve por primera vez la región genital de la niña, se muestra irresoluto, poco interesado al principio; no ve nada, o desmiente su percepción, la deslía, busca subterfugios para hacerla acordar con su expectativa. Sólo más tarde, después que cobró influencia sobre él una amenaza de castración, aquella observación se le volverá significativa; su recuerdo o renovación mueve en él una temible tormenta afectiva, y lo somete a

⁸⁹ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 183].

la creencia en la efectividad de la amenaza que hasta entonces había echado a risa.”⁹⁰

Es interesante la articulación que Freud propone entre la amenaza de castración y la visión de los genitales, ya que ilumina el proceso de construcción de ese nudo de palabras, imágenes y sensaciones que el ser parlante denomina “realidad”. Por ello vale la pena citar el último pasaje en que Freud se refiere a esa articulación entre la amenaza de castración y la visión de los genitales femeninos:

“Asombrosamente, esta amenaza sólo produce efectos si antes o después se cumple otra condición. En sí, al muchacho le parece demasiado inconcebible que pueda suceder algo semejante. Pero si a raíz de esa amenaza puede recordar la visión de unos genitales femeninos o poco después le ocurre verlos, unos genitales a los que les falta esa pieza apreciada por encima de todo, entonces cree en la seriedad de lo que ha oído y vivencia, al caer bajo el influjo del *complejo de castración*, el trauma más intenso de su joven vida.”⁹¹

La palabra –amenaza de castración– cobra sentido por su relación con una sensación real –la sensación vinculada a la masturbación. El niño entiende muy bien que lo están amenazando con cortarle el órgano con que tanto placer se procura, pero no da crédito a la amenaza, lo cual se comprende perfectamente: de creer la amenaza se vería obligado a renunciar a una práctica que realiza, en su fantasía pero también en su cuerpo, la constelación emotiva del complejo de Edipo. Hasta entonces la diferencia entre sus genitales y los de la niña no le había llamado la atención más que cualquiera de las tantas diferencias físicas que es capaz de percibir entre todos los otros niños y niñas, o en todo caso era percibida por él como una simple ventaja suya en relación con el goce. Pero una vez proferida la amenaza, los genitales son percibidos de otra manera y ocurren simultáneamente dos cosas. Por una parte, la imagen de los genitales es apropiada simbólicamente como una diferencia, la llamada “diferencia anatómica”; por ello puede decirse que esa diferencia tiene desde su origen, pues, un carácter estrictamente simbólico. Por otra parte, esta resignificación de los genitales ofrece un contenido imaginario a la amenaza de

⁹⁰ *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 270-271].

⁹¹ *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 189].

castración y otorga credibilidad a la palabra; esto da lugar a la angustia de la castración,⁹² que termina haciendo que el niño renuncie no sólo al placer autoerótico y a toda actividad sexual, sino también a las representaciones libidinales vinculadas a la masturbación —es decir, al complejo de Edipo—, que pasar a constituir el núcleo esencial del inconciente.

Así, pues, el complejo de castración para Freud no se origina en la observación de los genitales femeninos; al contrario, es la palabra portadora de la amenaza de castración —que “la mayoría de las veces [...] proviene de mujeres”⁹³— lo que establece la diferencia anatómica entre los sexos, hasta entonces desapercibida como tal y carente de significación. En el curso mismo del evento fundador del sujeto dividido —la castración— queda la diferencia anatómica entre los sexos instituida, pues, por la palabra. Este carácter simbólico de la diferencia anatómica entre los sexos sólo se profundizará por el hecho —pleno de consecuencias— de que no existe un significante para el sexo femenino. Sobre esto se volverá más adelante.

El tema de fondo no es que la mujer esté privada de algo en lo real, pues, como dice Lacan, lo real es pleno. La noción de privación se constituye como resultado de una determinada apropiación de lo real desde lo simbólico; si algo no está es porque la palabra ha producido su carencia: las nociones de estar o no estar, de ser o no ser, son exclusivas del ámbito simbólico. En palabras de Lacan:

“La castración, que tratamos de definir, toma como base la aprehensión en lo real de la ausencia de pene en la mujer. En la mayor parte de los casos éste es el punto crucial, es, en la experiencia del sujeto macho, la base en la que se apoya, con singular eficacia y de forma angustiante, la noción de privación. [...] En la enseñanza de los textos de Freud, la experiencia de la castración gira alrededor de la referencia a lo real. [...] La propia noción de privación, tan sensible y visible en una experiencia como ésta, implica la simbolización del objeto en lo real. Ya que en lo real, nada está privado de nada. Todo lo que es real se basta a sí mismo. Por definición, lo real es

⁹² *Seminario 4* [13 de marzo de 1957, 228]: “[...] la angustia es correlativa del momento de suspensión del sujeto, en un tiempo en el que ya no sabe dónde está, hacia un tiempo en el que va a ser algo en lo que ya nunca podrá reconocerse. Es esto, la angustia.”

⁹³ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 182].

pleno. Si introducimos en lo real la noción de privación, es porque ya lo hemos simbolizado suficientemente, incluso plenamente. Indicar que algo no está, es suponer posible su presencia, o sea introducir en lo real, para recubrirlo y para excavarlo, el simple orden simbólico. El objeto en cuestión en este caso es el pene. En el momento y al nivel en el que hablamos de privación, es un objeto que se nos presenta en el estado simbólico.”⁹⁴

La visión resignificada de los genitales femeninos reenvía al niño a una pregunta sobre su propio ser: si otro ser, tan parecido en lo demás a él, carece de pene, ello quiere decir no sólo que él podría perder el suyo sino también que es posible *ser sin pene*. De hecho, la niña puede *ser*, a pesar de *no tener*. Lo cual pone en cuestión su ser mismo, porque el niño *es* varón, pero podría *no serlo*, puesto que es posible *ser otro*. Con la amenaza de castración queda abierto el *enigma del ser*, con todo el terror y el magnetismo que ejerce el vacío que con él se abre ante el niño.⁹⁵

El envío al fundamento del complejo de Edipo

Cumplidas las dos condiciones que señala Freud para la eficacia del complejo de castración, la amenaza en sí y la resignificación de la visión de los genitales femeninos,⁹⁶ el niño se ve confrontado, pues, a una elección: apegarse a las fantasías autoeróticas originadas en el complejo de Edipo, con el riesgo de perder el órgano que “las hace carne”, o conservar la integridad de su cuerpo al precio de renunciar a sus progenitores como objeto libidinal. La angustia de castración reactiva la angustia percibida, por Lacan en el estadio del espejo, frente a la posibilidad del desmembramiento del propio yo. En ese conflicto triunfa el interés narcisista por el yo, y en particular por aquel órgano tan apreciado. En palabras de Freud:

“Si la satisfacción amorosa en el terreno del complejo de Edipo debe costar el pene, entonces por fuerza estallará el conflicto entre el interés narcisista en esta parte del

⁹⁴ *Seminario 4* [13 de marzo de 1957, 220-221]

⁹⁵ *Seminario 3* [14 de marzo de 1956, 242]: “Lo que está en juego en nuestro sujeto es la pregunta *¿Qué soy? ¿soy?*, es una relación de ser, un significante fundamental.”

⁹⁶ De acuerdo con Lacan, esta resignificación de los genitales, dada la ausencia de significante para el genital femenino, produce la simbolización del pene e instituye el significante de la falta, el falo.

cuerpo y la investidura libidinosa de los objetos parentales. En este conflicto triunfa normalmente el primero de esos poderes: el yo del niño se extraña del complejo de Edipo.⁹⁷

Resulta sugerente la versión que ofrece Geneviève Morel [2000] de la idea contenida en el párrafo anterior. En el siguiente pasaje, la autora tiene presente los resultados expuestos por Freud en *La división del yo en el proceso defensivo* [1938], según los cuales la pérdida de un objeto (la madre como objeto sexual) hace que la carga libidinal de que se encontraba investido se desplace a un nuevo objeto (el pene):

“[...] en el conflicto entre el interés narcisista por el pene y la investidura libidinal de los padres se impone el primero, esto implica una reserva de libido definitivamente ubicada en el órgano y correlativa de una pérdida o una renuncia a otro goce que podríamos calificar de incestuoso. Entre el pene y la madre, lo normal es elegir el pene. Esta constancia es la de esa elección definitiva, que concentra el doble valor de la función fálica. Tiene ante todo, por consiguiente, un valor positivo, el del goce fálico, del ejercicio de una potencia.”⁹⁸

Esta elección resultará fundamental para el recorrido del sujeto, por muchas razones de las que por ahora se mencionan dos: el envío al fundamento del complejo y la constitución del sujeto como deseante.

En primer lugar, el niño se resuelve en relación con el Edipo (más tarde Freud dirá que la niña se resuelve en relación con el pre-Edipo). Se produce, dice Freud, un extrañamiento entre el yo del niño y el complejo de Edipo, extrañamiento que puede ser denominado “represión”. Pero lo que ocurre en el proceso descrito es mucho más que eso: se produce “una destrucción y cancelación del complejo”:

“No veo razón alguna para denegar el nombre de ‘represión’ al extrañamiento del yo respecto del complejo de Edipo, si bien las represiones posteriores son llevadas a cabo la mayoría de las veces con participación del superyó, que aquí recién se forma. Pero el proceso descrito es más que una represión; equivale, cuando se

⁹⁷ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 184].

⁹⁸ Morel [2000, 119].

consume idealmente, a una destrucción y cancelación del complejo.”⁹⁹

Se trata de una verdadera represión que, al “enviar al fundamento” la representación de la pulsión libidinal por la madre, da lugar en el niño ni más ni menos que a la instauración de la prohibición del incesto:

“Tales son los nexos que la observación analítica permite discernir o colegir entre la organización fálica, complejo de Edipo, amenaza de castración, formación del superyó y período de latencia. Justifican la tesis de que el complejo de Edipo se va al fundamento a raíz de la amenaza de castración.”¹⁰⁰

Con la castración las representaciones libidinales del Edipo son reprimidas, y pasan a fundar el vasto territorio del inconciente:

“Cuando luego la persona renuncia a esta clase de satisfacción masturbatoria y fantaseada, la fantasía misma, de conciente que era, deviene inconciente.”¹⁰¹

En segundo lugar, lo que se juega en el recorrido del complejo de castración es el surgimiento del sujeto. La instauración de la ley hace que en la historia del sujeto sucumba para siempre la Cosa y se le impone un límite, un límite del sujeto frente al goce, en el decir de Lacan; ese límite produce su falta y en esa medida lo produce a él como ser sexuado, como deseante; en tanto sujeto deseante, lo produce como ser social. En palabras de Lacan,

“[...] la sexualidad está representada en el psiquismo por la relación del sujeto que se deduce de algo que no es la

⁹⁹ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 185].

¹⁰⁰ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 185]. En su siguiente artículo, Freud es todavía más radical: “En el varón [...] el complejo de Edipo no es simplemente reprimido; zozobra formalmente bajo el choque de la amenaza de castración. Sus investiduras libidinosas son resignadas, desexualizadas y en parte sublimadas; sus objetos son incorporados al yo, donde forman el núcleo del superyó y prestan a esta neoformación sus propiedades características.” *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 275]. Esta consecuencia de la castración para el varón en relación con su inclinación hacia la madre y su hostilidad hacia el padre, es igualmente válida para la niña, para la cual, como descubre Freud precisamente en este último artículo citado, la madre es el primer objeto amoroso para ambos. Sobre esto se volverá en el capítulo 5.

¹⁰¹ *Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad* [1908, IX, 143]:

propia sexualidad. La sexualidad se instaure en el campo del sujeto por la vía de la falta.”¹⁰²

“Es pues más bien el asumir la castración lo que crea la carencia con que se instituye el deseo. El deseo es deseo de deseo, deseo del Otro, hemos dicho, o sea sometido a la Ley.”¹⁰³

Sin la castración el sujeto estaría perdido para siempre, devorado por la madre, entregado a un goce que lo despoja de toda humanidad, incapaz de introducir en lo real el orden de la ley gracias al cual tiene un acceso humanizado a lo real. Por ello la verdadera amenaza para el sujeto no es la castración, sino que la castración no se produzca. De allí quienes señalan que el complejo de castración constituye “el punto de coronación en la obra de Freud de la teoría de la sexualidad.”¹⁰⁴

A partir de la castración, la investidura libidinal del objeto perdido —la madre— se transfiera al órgano amenazado, el pene, precisamente en virtud de que el ser de éste —y por ende el ser del sujeto— se funda en la posibilidad de no ser.¹⁰⁵ Queda entonces instituido el significativo falo, el pene en tanto puede faltar.

Freud cierra su artículo con dos interrogantes. La primera en relación con la forma en que este proceso se presenta en la niña:

“Antes de internarnos por este camino, tenemos que ocuparnos de un problema que se planteó en el curso de nuestras anteriores elucidaciones y todo el tiempo fue relegado. Según se dijo expresamente, el proceso descrito se refiere sólo al niño de sexo masculino. ¿Cómo se consume el correspondiente desarrollo en la niña pequeña?”¹⁰⁶

No puede responder esta pregunta de una forma definitiva en este artículo, aunque es la hebra con que devanará la madeja de su primera formulación del complejo de Edipo: a la niña se le puede atribuir también una organización fálica y un complejo de castración, “pero

¹⁰² *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* [27 de mayo de 1964, 212-213].

¹⁰³ *Del trieb de Freud y del deseo del psicoanalista* [1964, II, 831].

¹⁰⁴ Braunstein [1990, 26].

¹⁰⁵ *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 193]: “Cuando uno ha perdido un objeto de amor, la reacción inmediata es identificarse con él, sustituirlo mediante una identificación desde adentro, por así decir.”

¹⁰⁶ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 185].

las cosas no pueden suceder de igual manera que en el varón.”¹⁰⁷ El resto de este artículo y de sus siguientes trabajos en torno a la feminidad, tratan de las diferencias entre el camino seguido por la niña y el seguido por el varón. Los capítulos 4 y 5 se ocupan de ese tema.

La otra interrogación con que Freud cierra su artículo es la siguiente. Ha quedado claro que la amenaza de castración no es suficiente para inaugurar el periodo de latencia: la eficacia de la amenaza se da sólo si con ella el niño percibe e interpreta la diferencia anatómica como la posibilidad de la castración. Cabe preguntarse: ¿se puede resolver el complejo de Edipo sin echar mano de la reprensión de la masturbación y sin la amenaza de castración? Freud se lo pregunta, pero no sugiere ninguna respuesta:

“No se ha estudiado aún cómo se plasma este decurso, por nosotros descrito, en los pueblos y culturas que no sofocan la masturbación infantil.”¹⁰⁸

Esta pregunta abre toda una nueva dimensión para comprender mejor el proceso a través del cual se impone la castración. Porque si la castración es capaz de imponerse en culturas donde la masturbación no es reprimida, quiere decir que la reprensión de la masturbación constituye sólo uno de los caminos a través de los cuales se impone al sujeto la prohibición del incesto. Freud apenas lo atisba, no sólo al cuestionarse sobre los caminos de la castración en esas otras culturas sino igualmente al entender que ella se produce como un efecto significativo, tal como se ha tratado de mostrar en este apartado.

Corresponde a Lacan responder a esta pregunta de Freud y comprender la castración como un hecho simbólico que se produce con independencia de que se opere o no la reprensión de la masturbación. Para él la ley se impone al sujeto a través del lenguaje: la entrada del cachorro humano en lo simbólico produce un límite al goce y, al hacerlo, lo constituye como sujeto deseante. En sus palabras:

“El sujeto encuentra su lugar en un aparato simbólico preformado que instaura la ley en la sexualidad. Y esta ley sólo le permite al sujeto realizar su sexualidad en el

¹⁰⁷ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 185].

¹⁰⁸ *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 190, nota al pie].

plano simbólico. El Edipo quiere decir esto, y si el análisis no lo supiese no habría descubierto nada.”¹⁰⁹

Tal como se ha discutido, es en el campo del lenguaje que se instituye la diferencia anatómica, y es en ese campo, como se verá, que se produce igualmente la sexuación del sujeto. Miller lo dice de la siguiente forma:

“[...] el escrito ‘La significación del falo’ da cuenta de la primacía del falo sin referencia al Edipo. Coordina dificultosamente el falo con el significante como tal, y ya no con el significante privilegiado del Nombre del Padre. ¿No es decir que la ley no es culpable, ni tampoco el sujeto, pero sí que la ley es artificial, como sus juristas, que la castración no procede del padre sino del lenguaje, que ella traduce en forma drástica la pérdida de goce que afecta al sujeto en tanto que es sujeto del lenguaje?”¹¹⁰

¹⁰⁹ *Seminario 3* [14 de marzo de 1956, 242]. Véase también, por ejemplo, *Seminario 4* [12 de diciembre de 1956, 63]: “La castración está esencialmente vinculada con un orden simbólico instituido, que supone una larga coherencia, de la que no puede aislarse al sujeto en ningún caso. Todas nuestras reflexiones anteriores ponen de manifiesto el vínculo de la castración con el orden simbólico, pero basta con esta simple observación —en Freud, de entrada, la castración estuvo relacionada con la posición central atribuida al complejo de Edipo como elemento de articulación esencial de toda la evolución de la sexualidad. Si he escrito en la tabla *deuda simbólica*, es porque el complejo de Edipo contiene ya en sí mismo, como algo fundamental, la noción de la ley, noción imposible de eliminar. [...] ¿Qué objeto es el que está en juego, o es puesto en juego, en la deuda simbólica instituida por la castración? Como se lo indiqué la última vez, se trata de un objeto imaginario, el falo.”

¹¹⁰ Miller [1992b, 19].

4. Hacia la reformulación del complejo de Edipo

La primera formulación realizada por Freud entre 1897 y 1900 del complejo de Edipo, supone que el niño y la niña escogen como objeto a aquel de sus progenitores cuyos genitales son diferentes de los propios: el niño escoge a la madre y la niña al padre. Esta formulación conlleva implícitamente la existencia de una especie de programa determinado por la biología que orienta la elección de objeto por el cachorro humano hacia el otro sexo anatómico, como si la solución heterosexual –y por lo tanto la inclinación a la reproducción– estuviera ya resuelta y determinada desde el nacimiento. Esta formulación es sostenida por Freud hasta 1924, cuando a partir de *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924] empieza un viraje que culmina el año siguiente en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925]. Ya desde antes tenía indicios de que el primer objeto tanto del niño como de la niña era la madre, y quizás el más importante es la reiterada fantasía de *Pegan a un niño* [1919]. Sin embargo, desde 1897 hasta el inicio de este viraje de 1924, Freud se mantuvo leal a la primera formulación heterosexual del complejo de Edipo, a pesar de que entraba en conflicto con algunos de sus resultados teóricos, como por ejemplo que el carácter de la pulsión es idéntico para el niño y la niña o que hay una completa autonomía entre la pulsión y la elección de objeto, alcanzados ambos desde 1905.

En este capítulo se discutirán los descubrimientos que propician esta segunda formulación del complejo de Edipo, según la cual el primer objeto siempre es la madre, reseñados básicamente en tres textos: *Pegan a un niño* [1919], *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920] y *El yo y el ello* [1923].

El cambio de sexo de la niña, en Pegan a un niño

Desde *Tres ensayos* Freud señala que la sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter masculino, y que para devenir mujer su sexualidad debe ser objeto de una serie de represiones que la llevan a abandonar su carácter masculino.¹¹¹ Esa posición será mantenida por Freud a lo largo de su obra, pero en *Pegan a un niño* [1919] realiza un

¹¹¹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 200]. Para una versión más acabada de este punto medular de su doctrina sobre las pulsiones, ver *Conferencia 33: La feminidad* [1933, XXII, 121-122].

descubrimiento que terminará desembocando en la reformulación del complejo de Edipo: en la mujer el tránsito por el complejo de Edipo implica un cambio de sexo. Como lo señala Serge André [1995], ese cambio de sexo se da en el sentido de una masculinización que inscribe a la niña en el complejo de masculinidad:

“*Un enfant est battu* présente pour nous l’intérêt de fournir un premier schéma de ce bouleversement fondamental qui, pour Freud, rend compte du destin féminin: ce qu’il appelle, tout simplement, un changement de sexe. Pour arriver à la position finale qui l’insère dans son rôle sexuel, la fille doit changer de sexe, c’est-à-dire abandonner la position sexuée qui est initialement la sienne dans l’Œdipe. Freud maintiendra cette conception tout au long de son œuvre, mais [...] il en modifiera totalement le sens entre 1919 et 1925. Dans *Un enfant est battu*, ce changement s’opère dans le sens d’une masculinisation, inscrivant le destin féminin dans le développement d’un complexe de masculinité. Il y a là un paradoxe évident, que le cas de la jeune homosexuelle permettra déjà de dénouer”¹¹²

Freud comienza por señalar que “para estudiar con mayor facilidad estas mudanzas en las fantasías de paliza, me permitiré circunscribir mis descripciones a las personas del sexo femenino, que por otra parte constituyen la mayoría en mi material.”¹¹³ La fantasía según la reconstruye Freud tiene tres fases. En la primera fase un niño, generalmente varón, cuya imagen nunca corresponde con la fantaseadora, es pegado por el padre. En esta época Freud piensa todavía que el primer objeto amoroso de la niña es el padre, y que la

¹¹² Serge André [1995, 161-162]. Traducción del autor: “Un niño es pegado presenta para nosotros el interés de ofrecer un primer esquema de esa transformación fundamental que para Freud da cuentas del destino femenino: lo que él llama simplemente un cambio de sexo. Para llegar a la posición final que la inserta en su rol sexual, la niña debe cambiar de sexo, es decir abandonar la posición sexuada que es inicialmente la suya en el Edipo. Freud mantendrá esta concepción a todo lo largo de su obra, pero [...] modificará totalmente su sentido entre 1919 y 1925. En *Un niño es pegado*, este cambio se opera en el sentido de una masculinización que inscribe el destino femenino en el desarrollo de un complejo de masculinidad. Allí hay una paradoja evidente, que el caso de la joven homosexual permitirá desanudar.”

¹¹³ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 182].

madre, su rival frente al amor del padre, es objeto de hostilidad.¹¹⁴ En ese contexto, la fantasía en esta fase quiere decir, según Freud, que el padre no ama al niño que es azotado —que podría ser un hermano o cualquier otro niño que compite con la niña fantaseadora por el amor paterno— sino que sólo la ama a ella:

“Pronto se comprende que ser azotado, aunque no haga daño, significa una destitución del amor y una humillación. [...] Por eso es una representación agradable que el padre azote a este niño odiado, sin que interese para nada que se haya visto que le pegaran precisamente a él. Ello quiere decir: ‘El padre no ama a ese otro niño, *me ama sólo a mí*.’”¹¹⁵

Esta fantasía se produce en una época en que tanto el niño como la niña están alcanzando la organización genital. En ese momento preciso se produce la represión de la inclinación incestuosa; como ésta se mantiene viva en el inconciente, aflora en la conciencia bajo la forma de un sentimiento de culpa que genera en el niño una angustia que sólo puede ser reducida mediante el castigo:

“En esta prematura elección de objeto del amor incestuoso, la vida sexual del niño alcanza evidentemente el estadio de la organización genital. Esto es fácil de demostrar en el varoncito, pero tampoco es dudoso en el caso de la niña pequeña. [...] Pero llega el tiempo en que la helada marchita esa temprana floración; ninguno de esos enamoramientos incestuosos puede escapar a la fatalidad de la represión. [...] Lo que estuvo presente inconcientemente como resultado psíquico de las mociones incestuosas de amor ya no es acogido más por la conciencia de la nueva fase, y lo que de eso ya había devenido conciente es de nuevo esforzado afuera. De manera simultánea con este proceso represivo aparece una conciencia de culpa, también ella de origen desconocido, pero inequívocamente anudada a aquellos

¹¹⁴ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 184]: “La niña pequeña está fijada con ternura al padre, quien probablemente lo ha hecho todo para ganar su amor, poniendo así el germen de una actitud de odio y competencia hacia la madre.”

¹¹⁵ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 184].

deseos incestuosos y justificada por su perduración en lo inconciente.”¹¹⁶

Este proceso da lugar a una transmutación de la fantasía. La fantasía no puede seguir representando el amor del padre por la niña, sino que debe fusionar esa inclinación amorosa con el castigo que le corresponde. ¿Y qué mayor castigo que una inversión del éxito ilimitado de la primera fase de la fantasía, en la humillación que representa para la niña colocarse en el lugar del niño que es azotado? Así, la culpa que genera la inclinación libidinal por el padre da lugar a una inversión de la fantasía, que en su segunda fase se convierte en una paliza que el padre da a la niña:

“La fantasía de la época del amor incestuoso había dicho: ‘El (el padre) me ama sólo a mí, no al otro niño, pues a este le pega’. La conciencia de culpa no sabe hallar castigo más duro que la inversión de este triunfo: ‘No, no te ama a ti, pues te pega’. Entonces la fantasía de la segunda fase, la de ser uno mismo azotado por el padre, pasaría a ser la expresión directa de la conciencia de culpa ante la cual ahora sucumbe el amor por el padre. [...] Este ser-azotado es ahora una conjunción de conciencia de culpa y erotismo; *no es sólo el castigo por la referencia genital prohibida, sino también sustituto regresivo*, y a partir de esta última fuente recibe la excitación libidinosa que desde ese momento se le adherirá y hallará descarga en actos onanistas.”¹¹⁷

Freud insiste en que “por regla general la fantasía [de esta segunda fase] permanece inconciente y debe reconstruirla en el análisis.”¹¹⁸ En la tercera fase, finalmente, se presenta una versión modificada de la primera fase: niños indeterminados son azotados por un adulto masculino subrogado del padre, generalmente un maestro. La fantaseadora ya no aparece, como lo hacía en la segunda fase; y a diferencia de la primera, ya no es el padre quien azota ni un niño específico quien es azotado. La fantasía es portadora de una gran excitación sexual, y sirve para procurar la satisfacción onanista. Y aquí Freud identifica el enigma de la fantasía:

¹¹⁶ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 186].

¹¹⁷ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 186].

¹¹⁸ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 187].

“Pero he ahí lo enigmático: ¿por qué camino esta fantasía [...] de unos varoncitos desconocidos y ajenos que son azotados se ha convertido en patrimonio duradero de la aspiración libidinosa de la niña pequeña?”¹¹⁹

Da una respuesta a este enigma que lo deja, sin embargo, confrontado a la paradoja que orientará su investigación futura: el carácter libidinal de esta tercera fase de la fantasía proviene de que la serie de niños varoncitos azotados son la forma en que se presenta la niña misma en la fantasía. Así,

“[...] el niño fantaseador sigue apareciendo a lo sumo como espectador, y el padre se conserva en la persona de un maestro u otra autoridad. La fantasía, semejante ahora a la de la primera fase, parece haberse vuelto de nuevo hacia el sadismo. Produce la impresión como si en la frase ‘El padre pega al otro niño, sólo me ama a mí’ el acento se hubiera retirado sobre la primera parte después que la segunda sucumbió a la represión. Sin embargo, sólo la forma de esta fantasía es sádica; la satisfacción que se gana con ella es masoquista, su intencionalidad reside en que ha tomado sobre sí la investidura libidinosa de la parte reprimida y, con esta, la conciencia de culpa que adhiere al contenido. En efecto, los muchos niños indeterminados a quienes el maestro azota son sólo sustituciones de la persona propia.”¹²⁰

La inclinación libidinal de la niña hacia el padre subsiste según Freud en esta fase de la fantasía, a pesar de ser objeto de una fuerte represión; esta represión termina produciendo “un extrañamiento” que no es otra cosa que la interiorización de la prohibición del incesto. Que la inclinación libidinal subsista no es el problema, puesto que ya Freud ha dicho que con la represión no desaparecen las constelaciones emocionales del complejo de Edipo sino que éstas pasan a lo inconciente. ¿Por qué entonces la interpretación de Freud se ve confrontada a una paradoja, según señala André? Este cambio de sexo “apunta a un complicado proceso que sobreviene en las niñas”: el extrañamiento del complejo de Edipo se produce en el marco de una reanimación del complejo de masculinidad en la niña. En palabras de Freud:

¹¹⁹ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 183].

¹²⁰ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 187-188].

“Los niños azotados son casi siempre varoncitos, tanto en las fantasías de los varones como en las de las niñas. Y este rasgo no se explica evidentemente por alguna competencia entre los sexos, pues de lo contrario en las fantasías de los varones tendrían que ser más bien niñas las azotadas; por otra parte, tampoco tiene nada que ver con el sexo del niño odiado de la primera fase, sino que apunta a un complicado proceso que sobreviene en las niñas. Cuando se extrañan del amor incestuoso hacia el padre, entendido genitualmente, es fácil que rompan por completo con su papel femenino, reanimen su ‘complejo de masculinidad’ y a partir de esto sólo quieran ser muchachos. Por eso los chivos expiatorios que las subrogan son sólo muchachos.”¹²¹

Se ve cuál es la paradoja que enfrenta este razonamiento: en el momento de renunciar a la inclinación libidinal hacia el padre propia del complejo de Edipo, ¡la niña desea ser un varón!¹²² La superación del complejo de Edipo, que debería imponer la prohibición del incesto a la vez que habilitar al individuo para la solución heterosexual, no deja como resultado la instalación de la feminidad en la niña sino una renovación de su complejo de masculinidad. ¿Cómo se explica este hecho, según el cual “las niñas, entre la segunda y la tercera fases [de la fantasía], cambian de vía su sexo, fantaseándose como varoncitos”?¹²³ Tanto más difícil de comprender por cuanto este cambio de sexo no ocurre en el caso del niño, lo cual revela una asimetría en la tercera fase de la fantasía que llama poderosamente la atención de Freud:

“[...] la persona propia del muchacho no era sustituida por muchas, indeterminadas, ajenas, y menos aún por muchas niñas. Así se malograba la expectativa de un paralelismo íntegro.”¹²⁴

¹²¹ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 188].

¹²² Esta paradoja resulta tanto mayor cuando se considera que, de acuerdo con la reformulación que Freud hará más tarde del complejo de Edipo, en realidad la niña se encuentra en su fase preedípica: la tercera fase de la fantasía tiene lugar cuando la niña renuncia a la madre como objeto y se vuelve hacia el padre, y es precisamente en ese momento que su fantasía la transforma en varón.

¹²³ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 192].

¹²⁴ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 193].

Pareciera que en este punto, con el descubrimiento de esta asimetría entre niños y niñas en la tercera fase de la fantasía “pegan a un niño”, Freud empieza a reorientar su investigación en una dirección que culminará con el trastrocamiento de su primera formulación del complejo de Edipo. Un año después de *Pegan a un niño*, en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920], dará un nuevo paso en esa dirección al intuir que el primer objeto amoroso de la niña puede ser la madre.

El complejo de Edipo “completo”, en El yo y el ello

Según se ha visto, en la fantasía narrada en *Pegan a un niño* [1919] Freud observa una serie de asimetrías en el recorrido de niños y niñas a través del complejo de Edipo. Un intento de sistematizar dichas asimetrías sin cuestionar en lo fundamental su concepción de dicho complejo tiene lugar en las páginas finales de *El yo y el ello* [1923], donde expone lo que él denomina el “complejo de Edipo completo”. En esta exposición se encuentran, ya, varios elementos que anuncian la reformulación radical de dicho complejo. Resulta interesante rastrear en *Pegan a un niño* los orígenes de este “complejo de Edipo completo”.

En el capítulo VI de *Pegan a un niño* Freud hace un esfuerzo por sistematizar las asimetrías encontradas en la fantasía de niños y niñas. Menciona cuatro grandes diferencias:

- (i) La primera fase de la fantasía, en que un niño odiado es golpeado por el padre, aparece sólo en las niñas pero no en los varones, aunque Freud reconoce que ello puede deberse a la escasez de su material masculino.
- (ii) La segunda fase de la fantasía, en la cual el niño es golpeado, es conciente en los varones pero inconciente en las niñas, con las cuales debe ser reconstruida en el curso del análisis.
- (iii) En la tercera fase de la fantasía, tanto el niño como la niña toman como objeto de amor al padre, lo cual implica una asimetría, ya que Freud esperaba que, de acuerdo con “la postura edípica normal”, la niña tome al padre y el niño a la madre.¹²⁵

¹²⁵ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 195]: “En la niña, la fantasía masoquista inconciente parte de la postura edípica normal; en el varón, de la trastornada, que toma al padre como objeto de amor.”

(iv) En la tercera fase, el subrogado del niño varón (que es golpeado por el padre) es un niño, mientras que el de la niña no es una niña sino un niño varón.

En estas asimetrías Freud encuentra una feminización del niño –quien tiene una actitud pasiva nacida de su actitud femenina hacia el padre– así como una masculinización de la niña –quien se fantasea varón. Lo explica así:

“La fantasía de paliza del varón es entonces desde el comienzo mismo pasiva, nacida efectivamente de la actitud femenina hacia el padre. Entonces, como la femenina (la de la niña), corresponde también al complejo de Edipo, sólo que el paralelismo entre ambas por nosotros esperado debe trocarse por una relación de comunidad de otro tipo: *En ambos casos la fantasía de paliza deriva de la ligazón incestuosa con el padre.*”¹²⁶

Esta “relación de comunidad de otro tipo” será expuesta bajo el nombre de “complejo de Edipo completo”, en *El yo y el ello* [1923]. En esta última obra expone por última vez la versión heterosexual del Edipo, antes de reformularlo unos meses más tarde en *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924] y particularmente en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925].

Al igual que en las anteriores exposiciones del complejo de Edipo, Freud sostiene en *El yo y el ello* que hay un camino simétrico entre la niña y el niño:

“[...] la masculinidad experimentaría una refirmación [sic] en el carácter del varón por obra del sepultamiento del complejo de Edipo. Análogamente, la actitud edípica de la niñita puede desembocar en un refuerzo de su identificación-madre (o en el establecimiento de esa identificación), que afirme su carácter femenino.”¹²⁷

Hasta aquí nada nuevo. Unos párrafos después Freud expone “el complejo de Edipo *más completo*, que es uno duplicado, positivo y negativo, dependiente de la bisexualidad originaria del niño.”¹²⁸ ¿En qué consiste este “complejo de Edipo más completo”? En la existencia

¹²⁶ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 195].

¹²⁷ *El yo y el ello* [1923, XIX, 34].

¹²⁸ *El yo y el ello* [1923, XIX, 34-35].

de una doble identificación, tanto del niño como de la niña, de manera que ambos se comportan también, en el complejo de Edipo, como un niño del otro sexo:

“Es decir que el varoncito no posee sólo una actitud ambivalente hacia el padre, y una elección tierna de objeto a favor de la madre [lo cual sería el complejo de Edipo simple], sino que se comporta también como una niña: muestra la actitud femenina tierna hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre [lo cual sería el complejo de Edipo negativo o invertido].”¹²⁹

Como puede verse, en esta versión más completa del complejo de Edipo Freud sigue manteniendo su propuesta heterosexual, en el sentido de que el niño toma por objeto a la madre y la niña al padre; sin embargo, detrás de esa inclinación heterosexual –que denomina “complejo positivo”– descubre una duplicación en “negativo”: el niño toma también por objeto al padre, y la niña toma también por objeto a la madre –lo cual constituye el “complejo negativo” o “invertido”. Sigue en pie la solución heterosexual tanto para el niño (identificación-padre y la madre como objeto) como para la niña (identificación-madre y el padre como objeto), pero a su lado se acuña una solución secundaria en la cual el niño puede identificarse con la madre y retener al padre como objeto y la niña identificarse con el padre y retener a la madre como objeto:

“A raíz del sepultamiento del complejo de Edipo, las cuatro aspiraciones contenidas en él se desmontan y desdobl原因 de tal manera que de ellas surge una identificación-padre y madre; la identificación-padre retendrá el objeto-madre del complejo positivo y, simultáneamente, el objeto-padre del complejo invertido; y lo análogo es válido para la identificación-madre. En la diversa intensidad con que se acuñen sendas identificaciones se espejará la desigualdad de ambas disposiciones sexuales.”¹³⁰

Freud explica esta duplicación del complejo de Edipo por la “injerencia de la bisexualidad [...] que vuelve tan difícil penetrar con la mirada las constelaciones de las elecciones de objeto e

¹²⁹ *El yo y el ello* [1923, XIX, 35].

¹³⁰ *El yo y el ello* [1923, XIX, 35].

identificaciones primitivas.”¹³¹ Sin embargo, el expediente de acudir a la bisexualidad originaria del ser humano no facilita el esclarecimiento de lo que Freud plantea. En el fondo, Freud está tratando de procesar dos descubrimientos que ha realizado en los años inmediatamente anteriores a *El yo y el ello*. En primer lugar, trata de hacer inteligibles las asimetrías de la fantasía descrita en *Pegan a un niño*, y en particular dos: (i) que el niño conserve como objeto de amor al padre y (ii) que la niña cambie de sexo y aparezca como niño. Ambos elementos de la fantasía podrían explicarse por la presencia parcial del complejo negativo. En segundo lugar, trata de explicar un descubrimiento alcanzado en el curso del tratamiento de la joven homosexual, expuesto un año después de la publicación de *Pegan a un niño*: existe en la niña un “amor temprano por la madre” que antes nunca había percibido.

El escenario está presto para el redescubrimiento del complejo de Edipo, lo cual le permitirá resignificar la diferente entrada de niños y niñas en el complejo de castración, así como el concepto de bisexualidad.

Vale la pena señalar que en *El yo y el ello*, así como en otros trabajos anteriores, la adopción de un carácter masculino o femenino es explicado por el proceso de identificación que tiene lugar en el marco del complejo de Edipo. En sus obras posteriores Freud modificará esta posición y sostendrá que el carácter femenino o masculino –los atributos de la feminidad y la masculinidad– se adquieren en el marco de la castración. Esto querría decir que no guardan relación con una identificación imaginaria sino con el proceso, de carácter simbólico, que instituye en el sujeto una cierta “modalidad de satisfacción” y una posición frente al significante falo.

La inclinación originaria hacia la madre, en la joven homosexual

En 1920 Freud publica *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920], que contiene un cambio radical del punto de vista defendido un año atrás en *Pegan a un niño*. Ese cambio le permitirá sentar la bases de la solución a la paradoja que enfrenta en ese texto, en relación con la identificación masculina que adopta la niña en su salida del complejo de Edipo. En el análisis de la joven homosexual Freud descubre una fijación amorosa de la niña con la madre y esboza, aunque de manera todavía muy preliminar, la doble polaridad del complejo de Edipo femenino.

¹³¹ *El yo y el ello* [1923, XIX, 35].

En el análisis del caso, Freud reitera como punto de partida su concepción del complejo de Edipo, según la cual la niña pequeña toma al padre como primer objeto amoroso; poco después el padre es sustituido en ese lugar por el hermano mayor, que aparece como subrogado de aquel:

“La muchacha había atravesado sus años infantiles, de manera poco llamativa, con la actitud normal del complejo de Edipo femenino; más tarde, también, había empezado a sustituir al padre por el hermano un poco mayor que ella.”¹³²

La comparación de los genitales de su hermano con los suyos propios le produce una fuerte impresión que dejará su huella como una marcada envidia del pene. Entre los trece y los quince años manifestó “una predilección tierna y, a juicio de todos, exagerada” por un niño de 3 años, de lo cual se infiere “que en esa época estaba dominada por un fuerte deseo de ser madre ella misma y tener un hijo.” Sin embargo, en esa época nace su tercer hermano, lo cual la lleva a sentirse profundamente decepcionada de su padre y se produce un quiebre en su comportamiento:

“Antes, su libido estuvo depositada en la maternidad; después fue una homosexual enamorada de mujeres más maduras, tal como siguió siéndolo en lo sucesivo.”¹³³

Freud descubre que las mujeres más maduras de que se enamora, incluida la famosa dama, eran un sustituto de la madre. Ello se explica porque el último embarazo de la madre se produce cuando “la muchacha se encontraba en la fase del refrescamiento, en la pubertad, del complejo infantil de Edipo”: en ese momento se reavivaba con toda su fuerza la inclinación amorosa hacia el padre, de quien deseaba tener un hijo, y la hostilidad hacia la madre, rival en relación con el padre. El embarazo de su madre le produce una profunda decepción, ya que no es ella sino su rival quien recibe el hijo del padre. Esa decepción le provoca el abandono de la feminidad:

“Sublevada y amargada dio la espalda al padre, y aun al varón en general. Tras este primer gran fracaso, desestimó su feminidad y procuró otra colocación para su

¹³² *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920, XVIII, 148].

¹³³ *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920, XVIII, 149].

libido. [...] Nuestra muchacha, pues, tras esa desilusión había arrojado de sí el deseo de tener un hijo, el amor por el varón y, en general, el papel femenino. Y es evidente que entonces habrían podido ocurrir muy diversas cosas; lo que finalmente sucedió fue lo más extremo. Ella se trasmutó en varón y tomó a la madre en el lugar del padre como objeto de amor.”¹³⁴

Como se ve, dos acontecimientos se producen simultáneamente: la joven traslada su identificación de la madre al padre –“se trasmutó en varón”– y cambia de objeto de amor –“tomó a la madre en el lugar del padre como objeto de amor”; dicho en los términos de *Tres ensayos*, se producen simultáneamente una inversión de sujeto y una inversión de objeto. A partir de este punto, la reflexión de Freud sigue dos caminos.

Por un lado, subraya con especial énfasis la diferencia entre el proceso de adopción del carácter sexual y el proceso de elección de objeto, aporte de este texto que ya fue mencionado en un capítulo anterior. La joven homosexual se comporta en todo como un varón, pero además ha elegido un objeto femenino:

“[...] en su conducta hacia su objeto de amor había adoptado en todo el tipo masculino, vale decir, la humildad y la enorme sobreestimación sexual que es propia del varón amante, la renuncia a toda satisfacción narcisista, la preferencia por amar antes que ser amado. Por tanto, no sólo había elegido un objeto femenino; también había adoptado hacia él una actitud masculina.”¹³⁵

Por otro lado, sostiene que el traslado de la libido de la maternidad a la madre y el traslado de la identificación de la madre al padre, sólo es posible por la existencia de dos condiciones: una primera inclinación libidinal hacia la madre y un fuerte complejo de masculinidad. La primera de estas condiciones no es indagada a profundidad por Freud en este artículo; aquí sólo le sirve para comprender la elección de objeto de la joven homosexual:

¹³⁴ *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920, XVIII, 151].

¹³⁵ *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920, XVIII, 148].

“Su vínculo con la madre había sido sin duda ambivalente desde el comienzo; por eso logró con facilidad reanimar el amor temprano por la madre y, con su auxilio, sobrecompensar su hostilidad presente hacia ella.”¹³⁶

Freud descubre en la inclinación homosexual de la joven, un “amor temprano” hacia la madre. Ciertamente este descubrimiento es aún muy tímido, al menos por dos razones. En primer lugar, no ha descubierto que ese amor temprano tiene una fuerza mucho mayor del que tendrá luego el amor por el padre, el cual según se verá es un amor secundario con el cual la niña simplemente desea resarcirse de la pérdida de la madre como objeto, sufrida en el curso de la castración. En segundo lugar, tampoco ha descubierto que este amor por la madre precede claramente al que sentirá luego por el padre; de hecho, parece sugerir que se trata de amores simultáneos, puesto que encuentra en el sentimiento hacia la madre también un elemento de rivalidad (“un vínculo ambivalente”), que sólo puede justificarse porque ya desde entonces está presente el amor por el padre. Sin embargo, el descubrimiento de esta inclinación por la madre sienta un precedente que agrieta en sus fundamentos la idea de que la primera inclinación libidinal es heterosexual (hacia el progenitor de sexo opuesto). De allí surgirá el descubrimiento de que la madre es el primer objeto libidinal, que será generalizado en los trabajos posteriores a 1924, y de esa generalización surgirá el cambio radical de su concepción del complejo de Edipo.

La segunda condición que establece para los dos acontecimientos producidos al nacer el tercer hermano, esto es, el fuerte complejo de masculinidad, ya había sido estudiada por Freud en varios trabajos a partir de *Tres ensayos*. En ese complejo de masculinidad se funda el proceso identificatorio que “la trasmuda en varón”:

El análisis enseñó, además, que la muchacha arrastraba de sus años de infancia un ‘complejo de masculinidad’ muy acentuado. De genio vivo y pendenciero, nada gustosa de que la relegase ese hermano algo mayor, desde aquella inspección de los genitales había desarrollado una potente envidia del pene cuyos retoños impregnaron más y más su pensamiento. [...] Si un cierre más temprano y provisional del análisis llevaba al

¹³⁶ Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina [1920, XVIII, 151].

veredicto de que se trataba de un caso de adquisición tardía de la homosexualidad, el examen del material que ahora emprendemos impone más bien la conclusión de que pre-existió una homosexualidad innata que, como es habitual, sólo se fijó y se exhibió sin disfraz en el periodo siguiente a la pubertad.”¹³⁷

En sus obras posteriores estudiará cómo la articulación entre ese complejo de masculinidad y la inclinación libidinal hacia la madre hace que la feminidad sea el azaroso resultado de un largo recorrido de la niña. De ello tratará el próximo capítulo.

¹³⁷ *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920, XVIII, 162].

5. Devenir mujer desde un pequeño perverso polimorfo

A partir de 1919, con su trabajo *Pegan a un niño* [1919] se inicia una reorientación en la apreciación que tiene Freud de la sexualidad femenina y de los recorridos que debe realizar la niña para alcanzar su feminidad. Hasta entonces Freud concebía que el complejo de Edipo era simétrico en niños y niñas. Aquí la palabra “simetría” hace referencia estrictamente a la solución heterosexual, en el sentido de que el niño se inclina por la madre, la niña por el padre; pero lo cierto es que desde siempre Freud fue conciente de una asimetría entre niños y niñas que se juega en el terreno simbólico y a partir de la cual la castración tiene implicaciones muy diversas para unos y otras. Las fantasías analizadas en *Pegan a un niño* y la exposición del caso de la joven homosexual al año siguiente revelan inconsistencias desapercibidas hasta entonces por él entre su formulación del complejo de Edipo y sus principales descubrimientos sobre la sexualidad, inconsistencias serias en el caso de la niña. A raíz de ello Freud se consagra en los años al estudio de la sexualidad femenina, y a partir de 1925 está publicando una serie de trabajos que implican un trastocamiento de la concepción que sobre ella había sostenido hasta el momento. Este capítulo estudiará la reformulación del complejo de Edipo y las consecuencias que extrae Freud sobre el efecto asimétrico que produce la castración en niños y niñas.

El complejo de Edipo reformulado

Como se ha mencionado en diversas ocasiones, en su primera formulación del complejo de Edipo, realizada en el verano de 1897 y publicada por primera vez en *La interpretación de los sueños* [1900], Freud considera que el primer objeto de amor del niño es la madre y el de la niña es el padre. Esta formulación se mantuvo vigente hasta 1925, cuando publica *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925]. En ese texto Freud sostiene que, a diferencia de lo que había afirmado hasta entonces, “inicialmente la madre fue para ambos el primer objeto”, y así lo seguirá afirmando, con especial énfasis a partir del texto de 1931,

Sobre la sexualidad femenina.¹³⁸ A partir de allí, Freud siempre considerará que Insistirá, sin embargo, en conservar el nombre “complejo de Edipo” para la inclinación amorosa hacia el progenitor del sexo opuesto, y en el caso de la niña llamará “prehistoria del complejo de Edipo” a esa fase –común con el complejo de Edipo del varón– de inclinación hacia la madre. Es lo que sostendrá durante los siguientes 15 años.

Sin embargo, ya desde 1905 Freud había hecho una serie de descubrimientos que parecían contradecir su versión inicial del complejo de Edipo; baste aquí mencionar dos de ellas. La primera, que el primer objeto de la pulsión sexual es el pecho materno.¹³⁹ ¿Por qué tienen que pasar 20 años para percibir lo que, juzgado a posteriori, parecía derivarse fácilmente de su descubrimiento, a saber que “este primer objeto se completa luego en la persona de la madre”?¹⁴⁰ La segunda, que “la sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino.”¹⁴¹ Siendo así, ¿por qué en la niña la elección del primer objeto sexual tendría que seguir un curso diferente que en el niño?

Los descubrimientos de Freud que contradicen su formulación del complejo de Edipo se seguirán multiplicando con el paso del tiempo. Sin embargo, en 1919 publica los resultados de su análisis de una fantasía muy corriente en sus pacientes neuróticos. En esa fantasía se expresa la travesía a través del complejo de Edipo, y Freud descubre, con gran sorpresa, que sus hallazgos contradicen su “expectativa de un paralelismo íntegro” entre niños y niñas.¹⁴² Aunque su hallazgo no

¹³⁸ Para hacer honor a este trabajo de exégesis, debe señalarse que en un texto de 1926 Freud reproduce la formulación anterior del complejo de Edipo, ya superada en 1925, según se vio. En *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* [1926, XX, 199], Freud afirma: “[...] el niño dirige sus deseos sexuales regularmente a las personas más próximas a él por parentesco, o sea, en primer lugar, a su padre y su madre, y luego a sus hermanos y hermanas. Para el varoncito, la madre es el primer objeto de amor; para la niña, lo es el padre, siempre que una disposición bisexual no favorezca también de manera simultánea la postura {actitud} contraria.”

¹³⁹ *Tres ensayos sobre teoría sexual* [1905, VII, 202].

¹⁴⁰ *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 188].

¹⁴¹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 200]. Para una versión más acabada de este punto medular de su doctrina sobre las pulsiones, ver *Conferencia 33: La feminidad* [1933, XXII, 121-122].

¹⁴² *Pegan a un niño* [1919, XVII, 193]. A ese texto hará referencia Freud cuando afirma, 12 años más tarde, que “hace mucho que hemos resignado toda expectativa de hallar un paralelismo uniforme entre el desarrollo sexual masculino y el femenino.” *Sobre la sexualidad femenina* [1931, XXI, 227-228].

lo lleva todavía a cuestionar el paralelismo que postula en el complejo de Edipo, a partir de allí enfocará sus baterías al estudio de la sexualidad femenina.

Cinco años más tarde, en *El sepultamiento del complejo de Edipo*, Freud reitera que el primer objeto elegido en el marco del complejo de Edipo es heterosexual:

“La niñita [...] quiere considerarse la amada predilecta del padre [...] el varoncito [...] considera a la madre como su propiedad [...]”¹⁴³

Sin embargo, en este texto Freud duda y abre la posibilidad, por primera vez, de que la travesía por el complejo de Edipo no sea la misma entre niños y niñas:

“Según se dijo expresamente, el proceso descrito se refiere sólo al niño de sexo masculino. ¿Cómo se consume el correspondiente desarrollo en la niña pequeña? Nuestro material se vuelve aquí –incomprensiblemente– mucho más oscuro y lagunoso. También el sexo femenino desarrolla un complejo de Edipo, un superyó y un periodo de latencia. ¿Puede atribuírsele también una organización fálica y un complejo de castración? La respuesta es afirmativa, pero las cosas no pueden suceder de igual manera que en el varón.”¹⁴⁴

Esta apertura hacia un proceso diferente en el caso de la niña y del varón, contrasta con múltiples afirmaciones realizadas hasta entonces. Por ejemplo:

“Como ustedes notan, sólo he pintado la relación del varoncito con su madre y su madre. Con las necesarias modificaciones, las cosas son en un todo semejantes en el caso de la niña pequeña. La actitud de tierna dependencia hacia el padre, la sentida necesidad de eliminar por superflua a la madre y ocupar su puesto [...]”¹⁴⁵

¹⁴³ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 181].

¹⁴⁴ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 185].

¹⁴⁵ *Conferencias de introducción al psicoanálisis, Conferencia 21: Desarrollo libidinal y organizaciones sexuales* [1917, XVI, 303]. Para un inventario parcial de las afirmaciones hechas en esa dirección, ver la nota introductoria de

Ya desde 1920, había señalado la posibilidad de que, al menos en el caso de la joven homosexual, el abandono tras la pubertad del padre como objeto amoroso y la adopción de la madre, subrogada ulteriormente en diversas mujeres mayores, fue posible en la joven homosexual por la existencia del “amor temprano por la madre”. Este descubrimiento, articulado con los resultados de *Pegan a un niño* y con su doctrina de las pulsiones, desembocará en los espectaculares resultados expuestos en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925] y en una forma más todavía categórica en *Sobre la sexualidad femenina* [1931] y en *La feminidad* [1933].

El artículo en que Freud reformula el complejo de Edipo es *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925]. Comienza por señalar que su error se originaba en haber basado sus conclusiones en el análisis de varones y creer que “en el caso de la niña todo sería semejante”:

“Cuando hemos indagado las primeras plasmaciones psíquicas de la vida sexual en el niño, en general tomamos por objeto al varoncito. Suponíamos que en el caso de la niña todo sería semejante, aunque diverso de alguna manera.”¹⁴⁶

Otra ocasión para subrayar una vez más que esa pretensión de semejanza en realidad es una pretensión de diferencia: es la pretensión de que los niños se inclinan por sus madres pero las niñas por sus padres. Pretensión por lo demás tributaria del mito defendido por Aristófanes en *El Banquete* de Platón.¹⁴⁷

Freud es muy conciente de que diversos problemas quedan todavía sin solución en relación con el periodo que precede el complejo de Edipo en el varón, y a continuación hace una lista más o menos exhaustiva: sobre la relación inicial entre el onanismo y el complejo de Edipo, sobre el papel de la enuresis, sobre el efecto de escuchar el coito de los padres... Pero en el caso de la niña, a esos problemas se suma un problema mayor:

James Strachey a *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [XIX, 262-263].

¹⁴⁶ *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 268].

¹⁴⁷ Platón [574-577].

“A más de los problemas del complejo de Edipo en el varón, el de la niña pequeña esconde otro. Inicialmente la madre fue para ambos el primer objeto, y no nos asombra que el varón lo retenga para el complejo de Edipo. Pero, ¿cómo llega la niña a resignarlo y a tomar a cambio al padre por objeto?”¹⁴⁸

Unos años después expone el problema de la misma manera. En ambos casos el primer objeto de amor es la madre, lo cual plantea cuestiones adicionales en el caso de la niña:

“En la fase del complejo de Edipo normal encontramos al niño tiernamente prendado del progenitor de sexo contrario, mientras que en la relación con el de igual sexo prevalece la hostilidad. No tropezamos con ninguna dificultad para deducir este resultado en el caso del varoncito. La madre fue su primer objeto de amor; luego, con el refuerzo de sus aspiraciones enamoradas, lo sigue siendo, y a raíz de la intelección más profunda del vínculo entre la madre y el padre, este último no puede menos que devenir su rival. El caso es diverso para la niña pequeña. También la madre fue, por cierto, su primer objeto; ¿cómo halla entonces el camino hasta el padre? ¿Cómo, cuando y porqué se desase de la madre?”¹⁴⁹

Una decisión terminológica poco confortable

Vale la pena hacer aquí una digresión en torno a la terminología elegida por Freud. Insiste en denominar “complejo de Edipo normal” a la inclinación de ambos niños por el progenitor del sexo opuesto, aunque haya descubierto en la niña una fase anterior –paralela al complejo de Edipo del varoncito–, durante la cual ella se inclina, al igual que el niño, por la madre. La adopción del padre como objeto amoroso constituye en el caso de la niña una formación secundaria; la formación primaria sería esa inclinación original hacia la madre, en cuya represión se encuentra, como en el niño, la génesis de la neurosis. Este descubrimiento enfrenta a Freud a varios dilemas, pero en primer lugar a uno de carácter terminológico. Hasta ahora ha sostenido que el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis, pero

¹⁴⁸ *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 270].

¹⁴⁹ *Sobre la sexualidad femenina* [1931, XXI, 227].

definido como la inclinación del niño por el progenitor del sexo opuesto. A partir de ahora entiende que en el caso de la niña el núcleo de la neurosis no sería la inclinación por el progenitor del sexo opuesto, sino la inclinación por el progenitor del propio sexo, esto es la madre; la siguiente fase, de inclinación por el padre, no aporta nada nuevo al desarrollo sexual de la mujer, salvo en lo que se refiere a la elección de objeto:

“[...] toda vez que existía una ligazón-padre particularmente intensa, había sido precedida, según el testimonio del análisis, por una fase de ligazón-madre exclusiva de igual intensidad y apasionamiento. La segunda fase apenas sí había aportado a la vida amorosa algún rasgo nuevo, salvo el cambio de vía del objeto. El vínculo-madre primario se había edificado de manera muy rica y plurilateral.”¹⁵⁰

Lacan propone que se conserve la denominación “complejo de Edipo” para la inclinación original hacia la madre, común a niños y niñas, lo cual parece ser más consistente con el hecho siempre subrayado por Freud de que, antes de la castración, la actividad sexual de niños y niñas es idéntica. Sin embargo, Freud prefiere, sin explicar por qué, mantener su definición original del complejo de Edipo –la inclinación de cada quien por el progenitor de sexo opuesto– y denominar “prehistoria del complejo de Edipo” o “fase preedípica” a la inclinación previa de la niña por la madre. Incluso está dispuesto a aceptar que lo que él llama “complejo de Edipo” deje de ser “el complejo nuclear de la neurosis”, en vista de que, en el caso de la niña, la génesis de la neurosis se encontraría en esa fase anterior de inclinación hacia la madre. Quizás en ello pueda leerse el último resabio –aunque aquí sólo de forma– de ese prejuicio heterosexual en que se fundó su primera formulación del complejo. Igualmente propone utilizar –aunque en lo sucesivo no lo hará– la nomenclatura introducida en *El yo y el ello*: “complejo negativo” en la mujer a la inclinación por la madre y “complejo positivo” o “complejo normal” a su posterior inclinación por el padre:

“[...] la fase preedípica de la mujer alcanzaba una significación que no le habíamos adscrito hasta entonces. Puesto que esa fase deja espacio para todas las fijaciones y represiones a que reconducimos la génesis de la

¹⁵⁰ *Sobre la sexualidad femenina* [1931, XXI, 227-228].

neurosis, parece necesario privar de su carácter universal el enunciado según el cual el complejo de Edipo es el núcleo de la neurosis. Pero quien sienta renuencia frente a esa rectificación no está obligado a aceptarla. Por una parte, se puede dar al complejo de Edipo un contenido más lato, de suerte que abarque todos los vínculos del niño con ambos progenitores; por otro lado, también se puede dar razón de las nuevas experiencias diciendo que la mujer llega a la situación edípica normal positiva luego de superar una prehistoria gobernada por el complejo negativo.”¹⁵¹

Otra cosa que llama la atención en esta decisión terminológica, es que Freud piensa si el complejo de Edipo en la niña tiene una prehistoria, también debería tenerla el complejo en el niño, como si se tratara de mantener una simetría que precisamente su descubrimiento está haciendo saltar por los aires. En el artículo que reformula el complejo de Edipo, habla de una supuesta prehistoria de él en el caso del niño e incluso pareciera atribuir a esa prehistoria lo que en *El yo y el ello* denominó el complejo de Edipo negativo:

“En lo tocante a la prehistoria del complejo de Edipo en el varoncito, falta mucho para que todo nos resulte claro. Hemos aprendido que hay una identificación de naturaleza tierna con el padre, de la que todavía está ausente el sentido de rivalidad de la madre.”¹⁵²

Desde luego abandonó inmediatamente el afán de hurgar más allá del complejo de Edipo del niño, que como se sabe es el primer resultado de la socialización del niño. Nunca vuelve a referirse a la asimetría de esta inexistencia de una prehistoria del complejo en el caso del niño.

En descargo de Freud, podría decirse que su decisión terminológica de denominar “complejo de Edipo” al enamoramiento del niño por el madre y de la niña por el padre tal vez obedezca a la literalidad del mito griego, que finalmente es un asunto de hombres: se trata del hijo varón, Edipo, que mata a Layo, su padre, y se queda con la madre. En todo caso, independientemente de las reservas que generen las decisiones terminológicas de Freud, lo cierto es que el descubrimiento de una inclinación primaria de la niña por su madre, y entender que en

¹⁵¹ *Sobre la sexualidad femenina* [1931, XXI, 227-228].

¹⁵² *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 269].

esa inclinación original reside el origen de la neurosis, representa un profundo trastocamiento de la concepción que Freud tenía hasta entonces del proceso de constitución de la sexualidad femenina. Lo dice con una metáfora contundente:

“La intelección de la prehistoria preedípica de la niña tiene el efecto de una sorpresa, semejante a la que en otro campo tuvo el descubrimiento de la cultura minoicomicénica tras la griega.”¹⁵³

A partir de ahora el grueso de su investigación se encaminará a comprender cómo surge la mujer a partir del pequeño perverso polimorfo enamorado de su madre que es la niña.

El extrañamiento de la madre

Como se mencionó, al descubrir lo que decidió llamar la fase preedípica de la niña, Freud se pregunta cómo hace ésta para extrañarse de la madre como objeto amoroso y para tomar como tal al padre. Esa es la condición necesaria para que luego sus objetos sexuales sean anatómicamente masculinos y la mujer pueda cumplir con el destino biológico de la reproducción:

“El primer objeto de amor del varoncito es la madre, quien lo sigue siendo también en la formación del complejo de Edipo y, en el fondo, durante toda la vida. También para la niña tiene que ser la madre [...] el primer objeto; en efecto, las primeras investiduras de objeto se producen por apuntalamiento en la satisfacción de las grandes y simples necesidades vitales, y las circunstancias de la crianza son las mismas para los dos sexos. Ahora bien, en la situación edípica es el padre quien ha devenido objeto de amor para la niña, y esperamos que en un desarrollo de curso normal esta encuentre, desde el objeto-padre, el camino hacia la elección definitiva de objeto. Por lo tanto, con la alternancia de los periodos la niña debe trocar zona erógena y objeto, mientras que el varoncito retiene ambos. Así nace el problema de averiguar cómo ocurre esto y, en particular, cómo pasa la niña de la madre a la

¹⁵³ *Sobre la sexualidad femenina* [1931, XXI, 228].

ligazón con el padre o, con otras palabras, de su fase masculina a la femenina, que es su destino biológico.”¹⁵⁴

Lo más sencillo sería simplemente postular una atracción natural por el sexo opuesto, que supondría la solución heterosexual como resultado del proceso, tal y como ocurría implícitamente en la primera formulación del complejo de Edipo. Sin embargo, Freud es conciente de que el proceso es mucho más complejo y que nada permite creer en la existencia de una fuerza misteriosa –ni siquiera originada en el proceso de identificación– que empuje al niño hacia el progenitor del sexo opuesto:

“En este punto conseguiríamos una solución ideal por su simplicidad si estuviéramos autorizados a suponer que a partir de determinada edad rige el influjo elemental de la atracción recíproca entre los sexos, que esforzaría a la mujercita hacia el varón, mientras que la misma ley permitiría al varoncito perseverar en la madre. Y aún cabría conjeturar que los niños siguen en esto las señales que les imparte la predilección sexual de sus progenitores. Pero no nos será deparada una tan fácil solución; ni siquiera sabemos si nos es lícito creer en serio en ese misterioso poder, ya no susceptible de descomposición analítica, que entusiasma tanto a los poetas.”¹⁵⁵

¿Cuál es el proceso, entonces, que lleva a la niña a desasir a la madre y a reorientar su inclinación amorosa hacia el padre? En su respuesta a esta doble pregunta ocupa un lugar central la envidia del pene, efecto específico producido en la niña por el complejo de castración.

En cuanto a la primera parte de la cuestión, la renuncia a la madre como objeto sexual, responde que ocurre por la decepción que le produce el hecho de que la madre no la hubiera dotado de pene:

“Una tercera consecuencia de la envidia del pene parece ser el aflojamiento de los vínculos tiernos con el objeto-madre. La concatenación no se comprende muy bien, pero uno se convence de que al final la madre, que echó

¹⁵⁴ Conferencia 33: *sobre la feminidad* [1932, XXII, 110].

¹⁵⁵ Conferencia 33: *sobre la feminidad* [1932, XXII, 110].

al mundo a la niña con una dotación tan insuficiente, es responsable por esa falta de pene.”¹⁵⁶

Unos años más tarde Freud reconfirma que ese es “el más intenso motivo de extrañamiento de la hija con respecto de la madre”:

“[...] al final de esta primera fase de la ligazón-madre, emerge como el más intenso motivo de extrañamiento de la hija respecto de la madre el reproche de no haberla dotado de un genital correcto, vale decir, de haberla parido mujer.”¹⁵⁷

En cuanto a la segunda parte de la cuestión, la sustitución de la madre por el padre como objeto amoroso, responde que la envidia del pene paulatinamente es transformada –“metonimizada”, diría Lacan– en deseo de un hijo, hijo que en un inicio la niña espera recibir como regalo del padre. Freud lo argumenta de la siguiente forma en el texto donde enuncia que el recorrido de la niña en relación con la castración es diferente del recorrido del niño:

“La renuncia al pene no se soportará sin un intento de resarcimiento. La muchacha se desliza –a lo largo de una ecuación simbólica, diríamos– del pene al hijo; su complejo de Edipo culmina en el deseo, alimentado por mucho tiempo, de recibir como regalo un hijo del padre, parirle un hijo.”¹⁵⁸

Obsérvese que en este texto la niña toma al padre como objeto sexual porque espera de él un regalo que la indemnice de la falta de pene, el hijo. Este matiz queda mucho más claro aún en un pasaje muy parecido que aparece un año más tarde, en *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925]. Durante el año que separa estos dos textos, Freud ha reformulado su complejo de Edipo, lo cual le permite poner un énfasis aún mayor en ese matiz del texto que acaba de citarse: tomar al padre como objeto amoroso –una vez extrañada la madre como resultado del complejo de castración– sólo tiene el propósito de darse un pene; el padre no es un objeto en sí, un fin, sino el medio para procurarse el resarcimiento por

¹⁵⁶ *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 273].

¹⁵⁷ *Sobre la sexualidad femenina* [1931, XXI, 234].

¹⁵⁸ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 186].

la falta de pene, lo cual señala la orientación de la mujer en su acercamiento a los hombres:

“[...] ahora la libido de la niña se desliza –sólo cabe decir: a lo largo de la ecuación simbólica pene = hijo– a una nueva posición. Resigna el deseo del pene para remplazarlo por el deseo de un hijo, y *con este propósito* toma al padre como objeto de amor. La madre pasa a ser objeto de los celos, y la niña deviene una pequeña mujer.”¹⁵⁹

El complejo de castración hace que la relación incestuosa con la madre simplemente “zozobre”, para usar palabras que Freud reserva para el varón:

“En el varón [...] el complejo de Edipo no es simplemente reprimido; zozobra formalmente bajo el choque de la amenaza de castración. Sus investiduras libidinosas son resignadas, desexualizadas y en parte sublimadas; sus objetos son incorporados al yo, donde forman el núcleo del superyó y prestan a esta neoformación sus propiedades características.”¹⁶⁰

Palabras que Freud reserva para el varón, puesto que según se vio sólo en el varón denomina “complejo de Edipo” a la inclinación amorosa por la madre; pero lo que dice en el párrafo citado es igualmente válido para la inclinación de la niña por su madre, denominada “complejo de Edipo” por Lacan y por Freud “prehistoria del complejo de Edipo” o “fase preedípica”.

A partir de este acontecimiento traumático denominado “complejo de castración”, que hace zozobrar la investidura libidinosa de la madre, los caminos de niños y niñas se bifurcan. Y lo hacen en virtud del efecto psíquico que tiene la diferencia anatómica, instituida por la amenaza de castración y por la resignificación que ella produce en la percepción de sus genitales. El eje central de ese efecto es, para

¹⁵⁹ *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 274]. Braunstein [1990, 35] destaca este hecho: “Un año antes [Freud] había observado y asentado que el deseo femenino no estaba orientado hacia el hombre sino hacia el pene y que el órgano podía ser sustituido simbólicamente por el hijo. El hombre era allí para ella, un apéndice necesario pero, en última instancia, prescindible.”

¹⁶⁰ *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 275].

Lacan, la institución del significante falo y de una determinada posición del sujeto frente a él. En efecto, la diferencia anatómica existe en el imaginario de niño y niña como resultado del complejo de castración y, en virtud de él, es apropiada simbólicamente. La captura del pene en lo simbólico establece la diferencia sexual: el niño *tiene algo* que la niña *no tiene*, y esa diferencia entre ambos hace que todo a partir de allí sea diferente entre ambos. La posición sexual del sujeto, dirá Lacan, no se determina por el proceso de identificación ocurrido en el curso del complejo de Edipo, sino por la posición asumida por el sujeto frente a ese significante que es el falo, posición que se alcanza en el marco del complejo de castración.

En ese sentido, la diferencia anatómica –instituida como tal en lo simbólico– así como la posición que en virtud de ella asume el sujeto frente al falo, serán determinantes a lo largo de la vida del sujeto en su relación con el otro –y en particular en relación con ese otro por excelencia que es su propio cuerpo. Este papel central de la diferencia anatómica es expresado por Freud al parafrasear a Napoleón cuando se refiere a las diferencias que separan a niños y niñas en el tránsito del complejo de castración:

“La exigencia feminista de igualdad entre los sexos no tiene aquí mucha vigencia; la diferencia morfológica tiene que exteriorizarse en diversidades del desarrollo psíquico. Parafraseando una sentencia de Napoleón, ‘la anatomía es el destino’.”¹⁶¹

El capítulo siguiente retoma esta polémica afirmación de que la anatomía es el destino.

La bifurcación de los caminos tras el complejo de castración

Dos versiones muy parecidas de un texto, una escrita en 1924 y otra en 1925, dan idea de la enormidad del salto experimentado durante ese año por el pensamiento de Freud en torno a la sexualidad femenina. Ambas se refieren al diferente efecto que produce la castración en niños y niñas. En 1924 dice lo siguiente en *El sepultamiento del complejo de Edipo*:

“Así se produce esta diferencia esencial: la niñita acepta la castración como un hecho consumado, mientras que el

¹⁶¹ *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 185].

varoncito tiene miedo a la posibilidad de su consumación.”¹⁶²

Hasta ese artículo, el complejo de castración era para Freud el hecho que marcaba la renuncia a la inclinación incestuosa hacia el progenitor del mismo sexo. En 1925, sin embargo, el complejo de castración se convierte en el hecho que marca la renuncia a la inclinación incestuosa hacia la madre. A partir de allí los caminos se bifurcan. En el niño se produce una identificación-padre, que marca lo que será a futuro la elección de objeto sobre el modelo de la madre, no sin todas las dificultades propias de la degradación de la vida amorosa, según se verá. En la niña, se abandona el objeto amoroso madre y se adopta como tal al padre, con lo cual se inaugura lo que Freud llamará “el complejo de Edipo normal” en la niña. Tras este descubrimiento, en 1925, Freud se refiere al diferente efecto que produce la castración en niños y niñas de la siguiente manera:

“Mientras que el complejo de Edipo del varón se va al fundamento debido al complejo de castración, el de la niña es posibilitado e introducido por este último.”¹⁶³

Así, el complejo de castración inscribe la diferencia sexual de la única forma posible en el ser parlante, esto es simbólicamente. A partir de allí se impone la segregación urinaria entre unos y otras, así como una posición frente al falo que da lugar a otra diferente segregación, mucho menos visible, en relación con el goce, que se tratará en un capítulo posterior. Lo paradójico de este hecho es que al imponer la diferencia sexual —esto es, al escindir al ser humano en hombre y mujer— la castración produce el paradójico hecho de inhibir la masculinidad en el niño y promover la masculinidad en la niña. Hasta entonces Freud había intentado explicarse este paradójico resultado a través del concepto de bisexualidad —que como se verá puede ser reconceptualizado desde la castración— o a través de la formulación tardía del “complejo de Edipo completo”. ¿Cómo narra Freud ahora este paradójico resultado de la castración?

Por una parte, la inhibición de la masculinidad en el niño es producto del terror que le produce la amenaza de perder el órgano que lo hace hombre, amenaza ante la cual su propia hombría —objetivada en el

¹⁶² *El sepultamiento del complejo de Edipo* [1924, XIX, 186].

¹⁶³ *Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 275].

emblema de la virilidad— resulta ser plenamente contingente. Para que el pene del niño alcance la misma función que el de su padre,

“[...] es preciso pasar por esa anulación llamada complejo de castración. En otros términos, en la medida en que su pene resulta momentáneamente aniquilado, el niño estará destinado a acceder a una función paterna plena, o sea ser alguien que se sienta legítimamente en posesión de su virilidad.”¹⁶⁴

Y sin embargo, esa aniquilación del pene que se produce con la castración, dejará hondas huellas en la psique del futuro hombre. Este carácter emblemático del pene, fundado en su carácter binario, en su naturaleza simbólica, empujará al varón a desarrollar toda una estrategia vincular en torno al semblante de tener. El menosprecio que siente el varón hacia la mujer no está determinado por el sentimiento de superioridad que deriva de tener el pene, sino por el amedrentamiento con que la castración instituye su masculinidad. Este “cierto grado de menosprecio por la mujer cuya castración se ha conocido” es la forma de poner límite al terror que le produce la efimeridad de su propio carácter masculino, terror de *no ser hombre* detrás del cual se vislumbra el deseo de *ser ese otro* de su *ser hombre*. Magnetismo que los griegos inmortalizaron en Tiresias, el que se deleita con los signos.¹⁶⁵ Como se verá en el capítulo 6, Freud

¹⁶⁴ *Seminario 4* [5 de junio de 1957, 366].

¹⁶⁵ Graves [1985, II, 10]: “[...] una vez, en el monte Cilene, Tiresias había visto dos serpientes mientras copulaban. Cuando ambas lo atacaron, las golpeó con su bastón y mató a la hembra. Inmediatamente Tiresias fue transformado en una mujer y llegó a ser una célebre ramera; pero siete años después acertó a ver el mismo espectáculo y en el mismo lugar, y esta vez recuperó su virilidad matando a la serpiente macho[...]. Otros dicen incluso que cuando Afrodita y las tres Cárites, Pasítea, Calé y Eufrosíne, discutían sobre cuál de ellas era la más bella, Tiresias otorgó el premio a Calé, por lo que Afrodita la convirtió al instante en una anciana. Pero Calé lo llevó consigo a Creta y le regaló una hermosa cabellera. Unos días después Hera empezó a hacer reproches a Zeus por sus innumerables infidelidades. Él se defendió alegando que, de todos modos, cuando compartía su lecho, era ella quien más disfrutaba, y con mucha diferencia. ‘Las mujeres, por supuesto, gozan con el acto sexual infinitamente más que los hombres’, le dijo él fanfarroneando. ‘¡Qué tontería! —replicó Hera. Es justamente al revés, y se sobra lo sabes.’ Tiresias, llamado para hacer de árbitro en la disputa por su experiencia personal, contestó: ‘Si en diez partes divides del amor el placer, una parte va los hombres y nueve a la mujer.’ La sonrisa triunfante de Zeus exasperó de tal modo a Hera que dejó ciego a Tiresias, pero Zeus le compensó con la visión interior y una vida que habría de durar siete generaciones.”

descubre ese deseo como la “roca de base” del inconciente en los hombres, y señala que el menosprecio con que se cubre ese deseo está a la base de la “degradación de la vida amorosa en el hombre”: su dificultad para la elección de objeto, que en no pocos casos puede evolucionar hacia la elección de objetos anatómicamente masculinos, esto es, provistos de pene:

“En el varón, sin duda, resta como secuela del complejo de castración cierto grado de menosprecio por la mujer cuya castración se ha conocido. A partir de ese menosprecio se desarrolla, en el caso extremo, una inhibición de la elección de objeto y [...] una homosexualidad exclusiva.”

Por otra parte, la promoción de la masculinidad en la niña es producto de que “ha visto eso, sabe que no lo tiene, y quiere tenerlo”, con lo cual la simbolización de la diferencia anatómica se concreta en su complejo de masculinidad. A partir de lo cual se le abren, a ella, al menos tres caminos: su extrañamiento completo frente a la sexualidad, la profundización del complejo de masculinidad (que puede culminar en una elección de objeto homosexual) y la configuración propiamente femenina a través de la ecuación simbólica pene = hijo. En palabras de Freud:

“Muy diversos [con respecto a los que produce en el hombre] son los efectos del complejo de castración en la mujer. Ella reconoce el hecho de su castración y, así, la superioridad del varón y su propia inferioridad, pero también se revuelve contra esa situación desagradable. De esa actitud bi-escindida derivan tres orientaciones de desarrollo. La primera lleva al universal extrañamiento respecto de la sexualidad. La mujercita, aterrorizada por la comparación con el varón, queda descontenta con su clitoris, renuncia a su quehacer fálico y, con él, a la sexualidad en general, así como a buena parte de su virilidad en otros campos. La segunda línea, en porfiada autoafirmación, retiene la masculinidad amenazada; la esperanza de tener alguna vez un pene persiste hasta épocas increíblemente tardías, es elevada a la condición de fin vital, y la fantasía de ser a pesar de todo un varón sigue poseyendo a menudo virtud plasmadora durante prolongados períodos. También este ‘complejo de masculinidad’ de la mujer puede terminar en una elección de objeto homosexual manifiesto. Sólo un tercer

desarrollo, que implica sin duda rodeos, desemboca en la final configuración femenina que toma al padre como objeto y así halla la forma femenina del complejo de Edipo.”¹⁶⁶

En este tercer desarrollo la niña toma al padre como objeto sexual “*con el propósito*” de que la resarza con un hijo por la falta de pene. En este cambio de objeto no se produce “nada nuevo” con respecto a la sexualidad de la niña, dice Freud. Simplemente se impone una pauta en la elección de objeto que hace viable la reproducción de la especie. El siguiente evento tras la castración con consecuencias para la sexualidad de la niña se produce al terminar el periodo de latencia. En efecto, a raíz de la segunda ola represiva que se produce en la pubertad, la niña tiene una segunda oportunidad de encontrar su feminidad renunciando a la sexualidad masculina y a la zona erógena que la rige.

La renuncia de la niña a la sexualidad masculina

El recorrido del pequeño polimorfo perverso carente de pene hacia la feminidad, su devenir mujer, pasa por dos grandes renunciaciones: (i) la renuncia al primer objeto sexual –la madre– y su sustitución por otro –el padre–, y (ii) la renuncia a la zona erógena masculina y de la sexualidad masculina –el clítoris y la actividad– a favor de la zona erógena y la sexualidad específicamente femeninas –la vagina y la pasividad. La primera renuncia tiene lugar a raíz del complejo de castración, cuando la niña se apresta a ingresar en el periodo de latencia, y fue discutida en un apartado anterior; la segunda renuncia tiene lugar al final del periodo de latencia, cuando en el curso de la pubertad se produce la segunda oleada represiva que coloca a la niña en el camino de la feminidad. A pesar de preguntárselo, Freud no consiguió percibir de qué manera se articulaban ambas renunciaciones, pero las consideraba necesarias para que la niña encontrara el camino de su feminización.¹⁶⁷

En particular esta última renuncia es según Freud crucial para la orientación de la niña hacia la feminidad. Antes del inicio del periodo de latencia, la sexualidad de niños y niñas no se diferencia en nada:

¹⁶⁶ *Sobre la sexualidad femenina* [1931, XXI, 231-232].

¹⁶⁷ *Sobre la sexualidad femenina* [1931, XXI, 227]: “No alcanzamos a discernir todavía de qué manera ambas tareas se enlazan entre sí.”

“Los dos sexos parecen recorrer de igual modo las primeras fases del desarrollo libidinal [...]. Con el ingreso en la fase fálica, las diferencias entre los sexos retroceden en toda la línea ante las concordancias. Ahora tenemos que admitir que la niña pequeña es como un pequeño varón.”¹⁶⁸

Incluso en sus juegos onanistas, la niña se comporta con su clítoris como el niño con su pene, y el resto de sus órganos genitales permanece en lo desconocido:

“Según es sabido, esta fase [fálica] se singulariza en el varoncito por el hecho de que sabe procurarse sensaciones placenteras de su pequeño pene, y conjuga el estado de excitación de este con sus representaciones de comercio sexual. Lo propio hace la niña con su clítoris, aún más pequeño. Parece que en ella todos los actos onanistas tuvieran por teatro este equivalente del pene, y que la vagina, genuinamente femenina, fuera todavía algo no descubierto para ambos sexos.”¹⁶⁹

La niña debe dejar de ser “como un pequeño varón”, y ello implica “las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar”: la niña tiene que cambiar de objeto (de la madre al padre) y de zona erógena rectora (del clítoris a la vagina). En esto se distingue su camino del camino del niño: este último en la pubertad simplemente continuará con el mismo tipo de elección de objeto y con la misma zona erógena rectora:

“[...] en la fase fálica de la niña el clítoris es la zona erógena rectora. Pero no está destinada a seguir siéndolo; con la vuelta hacia la feminidad el clítoris debe ceder en todo o en parte a la vagina su sensibilidad y con ella su valor, y esta sería una de las dos tareas que el desarrollo de la mujer tiene que solucionar, mientras que el varón, con más suerte, no necesita sino continuar en la época de madurez sexual lo que ya había ensayado durante su temprano florecimiento sexual.”¹⁷⁰

¹⁶⁸ Conferencia 33: *la feminidad* [1932, XXII, 109].

¹⁶⁹ Conferencia 33: *la feminidad* [1932, XXII, 109].

¹⁷⁰ Conferencia 33: *la feminidad* [1932, XXII, 109].

Según se vio, Freud descubre la primera de ambas renunciaciones de la niña —el traslado al padre de la investidura libidinal de la madre— en la tardía fecha de 1925. La segunda de ambas renunciaciones —de zona erógena rectora— había sido descubierta desde 1897, cuando anuncia en una carta a Fliess que se produce durante la adolescencia, en el marco de un violento proceso de represión sexual que contrasta con el auge libidinal del varón:

“[...] la diferencia rectora entre ambos sexos se instaura hacia la pubertad, cuando una repugnancia *sexual* que *no* es neurótica se apodera de la muchacha, y la libido del varón. Y es que hacia esa época se sepulta en la mujer (en todo o en parte) otra zona sexual que en el varón subsiste. Me refiero a la zona genital masculina, la región del clítoris, en la que durante la infancia aparece concentrada la sensibilidad sexual de la niña también. De ahí que hacia esta época a la mujer la inunde la vergüenza, hasta que de manera espontánea o reflectoria es despertada la nueva zona sexual, la vagina.”¹⁷¹

En *Tres Ensayos* retoma esta idea, en el contexto de un intento por diferenciar la sexualidad masculina y la femenina. En el contexto de esa diferencia pareciera relevante el cambio de la zona genital rectora:

“[...] habíamos considerado la diferenciación de la sexualidad masculina y femenina, y hallamos que esta última requiere de una nueva represión que suprime un sector de virilidad infantil y prepara a la mujer para el cambio de la zona genital rectora.”¹⁷²

Freud pareciera otorgar desde siempre una importancia crucial a este cambio de zona genital rectora. En 1908 afirma que de ese cambio surge la mujer:

“[...] ese pene pequeño [el clítoris], y que ya no crecerá, se comporta de hecho en la infancia de la mujer como un pene genuino y cabal, se convierte en la sede de unas excitaciones movidas al tocarlo, su estimulabilidad presta al quehacer sexual de la niña un carácter masculino, y hace falta una oleada represiva en la pubertad para que,

¹⁷¹ Carta 75 [14 de noviembre de 1897, I, 310].

¹⁷² *Tres ensayos sobre teoría sexual* [1905, VII, 214].

por remoción de esta sexualidad masculina, surja la mujer.”¹⁷³

Más de dos décadas después sigue afirmando que el cambio de zona erógena rectora marca un límite en la sexualidad de la mujer, un límite entre su fase masculina y su fase femenina:

“La vida sexual de la mujer se descompone por regla general en dos fases, de las cuales la primera tiene carácter masculino; solo la segunda es la específicamente femenina.”¹⁷⁴

No deja de ser traumática esta ola represiva, que tanto “complica el desarrollo de la sexualidad femenina.”¹⁷⁵ Freud señala al menos dos secuelas. Una de ellas se rastrea en la neurosis histérica, cuyo origen se remonta a la violencia que presenta esta oleada de represión ejercida sobre la niña durante la pubertad:

“En toda una serie de casos, la neurosis histérica no responde sino a un sesgo excesivo de aquella típica oleada represiva que hace nacer a la mujer por remoción de la sexualidad masculina”¹⁷⁶

La otra secuela de la represión es la fuerte aversión que siente la mujer por la masturbación clitorídea, que sería una práctica sexual masculina. Freud señala que el primer rechazo hacia la masturbación en la niña se produce cuando se instala la envidia del pene, a la salida de su fase pre-edípica, pero sólo consigue ser reforzada en el curso de la oleada represiva ejercida contra su libido durante la pubertad:

“Sigue pareciendo que la naturaleza de la mujer está más alejada de la masturbación, y para resolver el problema supuesto se podría aducir esta ponderación de las cosas: al menos la masturbación en el clitoris sería una práctica masculina, y el despliegue de la feminidad tendría por condición la remoción de la sexualidad clitorídea. Los análisis de la prehistoria fálica me han enseñado que en la niña sobreviene pronto, tras los indicios de la envidia del pene, una intensa contracorriente opuesta al

¹⁷³ *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX, 194]. Ver también *Tres ensayos* [1905, VII, 201-202]

¹⁷⁴ *Sobre la sexualidad femenina* [1931, XXI, 230].

¹⁷⁵ *Sobre la sexualidad femenina* [1931, XXI, 227].

¹⁷⁶ *Apreciaciones generales sobre el ataque histérico* [1909, IX, 211].

onanismo, que no puede reconducirse exclusivamente al influjo pedagógico de las personas encargadas de la crianza. Esta moción es manifiestamente un preanuncio de aquella oleada represiva que en la época de la pubertad eliminará una gran parte de la sexualidad masculina para dejar espacio al desarrollo de la feminidad.”¹⁷⁷

Es oportuno anotar que así como la renuncia femenina a la masturbación puede entenderse como resultado de la castración, y de esta ola represiva con que culmina, la práctica masculina de la masturbación también puede entenderse como una respuesta del hombre al trauma que le produce la castración. Según Miller, la masturbación constituye una forma en que el hombre protege su tener, puesto en juego por el amedrentamiento de la virilidad que se produce con la castración y que continúa produciéndole la mujer el resto de su vida:

“La protección del tener del hombre está bien encarnada en su práctica masturbatoria: prefiere tratar solo con él mismo, no darle a nadie la llave del cofre y solopensará gastar en su propio provecho, hasta tal punto que si le permite a una mujer acceder al uso de este órgano, se sentirá siempre embaucado, molestado, robado en su potencia.”¹⁷⁸

El resultado de esta oleada represiva que suprime en la mujer la actividad sexual masculina, es la institución de un conjunto de normas que se identifican con la masculinidad y de otro conjunto de normas que se identifican con la feminidad:

“Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con *masculino* y *femenino*. Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad. La vagina es apreciada ahora como albergue del pene, recibe la herencia del vientre materno.”¹⁷⁹

¹⁷⁷ *Algunas consecuencias de la diferencia anatómica entre los sexos* [1925, XIX, 273-274].

¹⁷⁸ Miller [1992c, 157].

¹⁷⁹ *La organización genital infantil* [1923, XIX, 149].

Más tarde Freud cuestionará la tendencia a identificar la pasividad con lo femenino y la actividad con lo masculino, pero en todo caso siempre mantendrá la posición de que la feminidad se instala en el marco de esa ruptura con la zona erógena rectora “propia de la masculinidad”.

Detrás de la importancia que brinda Freud a este cambio en la zona erógena pueden encontrarse varias intuiciones que serán desarrolladas por Lacan. En primer lugar, esta represión, que la convierte en mujer, es un resultado de la cultura, que le impone ese conjunto de normas que la orientan hacia los fines pasivos. En ese sentido, este concepto de la feminidad, resultado de la imposición de esas normas sociales, puede reencontrarse más tarde con el concepto de mascarada, fundado por Joan Rivière [1929] e incorporado con entusiasmo por Lacan. En segundo lugar, tras esta idea de que en la pubertad se produce un cambio de zona erógena puede encontrarse la intuición de que con ella se consume lo que Lacan llamará la posición frente al falo, eje que estructura al sujeto como tal, y como tal, sexuado. Las relaciones entre los sexos se fundan en una cierta forma de participar de ese significante, cuyo primer efecto de significación es un tenerlo o no tenerlo que sirve de telón de fondo al desarrollo de todo el juego de pareceres y apariencias que constituye “la comedia [...] del comportamiento de cada uno de los sexos”:

“Digamos que esas relaciones [entre los sexos] girarán alrededor de un ser y de un tener que, por referirse a un significante, el falo, tienen el efecto contrariado de dar por una parte realidad al sujeto en ese significante, y por otra parte irrealizar las relaciones que han de significarse. Esto por la intervención de un parecer que se sustituye al tener, para protegerlo por un lado, para enmascarar la falta en el otro, y que tiene el efecto de proyectar enteramente en la comedia las manifestaciones ideales o típicas del comportamiento de cada uno de los sexos, hasta el límite del acto de la copulación.”¹⁸⁰

¹⁸⁰ *La significación del falo* [1958, Escritos 2, 673-674]. Miller [5 de febrero de 1992 148]: “El análisis lacaniano de la relación entre los sexos apunta a mantenerla entera en el registro de la comedia. No debe pensarse que *ser el falo* puede tener otro sentido que el de ser el semblante, y que *tener el falo* es otra cosa que poseer un semblante, aunque sea un semblante normal, aunque esté normalizado.”

En tercer lugar, finalmente, en la existencia de dos zonas erógenas, una específica de la sexualidad masculina y otra que se constituye como tal a partir de la represión de esa sexualidad, podría encontrarse la intuición de que existen dos goces, un goce fálico, vinculado al pene y el clítoris, que da lugar a lo que Lacan denomina el goce del idiota, y otro goce, no todo fálico, que sólo puede encontrarse más allá del falo. Aunque Freud intentó localizar nuevamente este goce en la vagina, su descubrimiento podría ser el auspicio de ese goce otro que Lacan atribuye a ~~La~~ mujer que no existe, y al que se hará referencia en el capítulo 7.

6. (Bi)sexualidad: de la anatomía como origen a la anatomía como destino

El concepto de “bisexualidad” es polémico en la historia del psicoanálisis, no sólo porque su origen y destino se imbrican más que cualquier otro con la tormentosa relación entre Fliess y Freud, no sólo porque Freud mantuvo frente a él una actitud curiosamente ambivalente a lo largo de casi toda su vida, sino también porque apunta a la compleja relación entre la anatomía y la “psique” con cuyo tratamiento el mismo Freud nunca llegó a sentirse plenamente satisfecho.¹⁸¹ Todo pareciera indicar que hubo un momento, antes de *Tres ensayos sobre teoría sexual* [1905], en que Freud sinceramente pensó que existía una disposición bisexual originaria en el ser humano manifiesta no solo en la morfología de los individuos sino también en su psique, y que su comprensión facilitaría resolver el enigma de la neurosis y en general de la sexualidad humana. Sin embargo, ya en *Tres ensayos* rechaza el argumento de quienes atribuyen la homosexualidad a un supuesto hermafroditismo psíquico y anuncia una serie de descubrimientos que entrarán en conflicto con ese concepto, que se irá desdibujando a lo largo de los años pero al que seguirá aferrado durante mucho tiempo.

En el capítulo 2 se discutió una importante intuición de *Tres ensayos de teoría sexual*, desarrollada por Freud en varios de sus trabajos posteriores: la elección de objeto —que éste corresponda con una anatomía masculina o femenina— no guarda ninguna relación con “el carácter y la actitud sexuales”, lo que en otro sitio llama “el carácter psíquico” de la masculinidad o de la feminidad del sujeto. ¿En qué consiste ese carácter psíquico? En *Tres ensayos* Freud señaló que la libido era la misma para niños y niñas, hombres y mujeres, de manera que el único rastro que en la psique puede encontrarse de una actitud masculina o femenina tenía que ver con la actividad y la pasividad. Veinte años después matizará esta conclusión, y la diferencia entre una actitud masculina y una actitud femenina se transforma en el carácter activo o pasivo de los fines perseguidos por la libido. Esta es la única definición que llega a dar como esclarecimiento de la

¹⁸¹ *Esquema de psicoanálisis* [1940, XXIII, 189]: “El hecho de la dualidad de los sexos se levanta ante nosotros a modo de un gran enigma, una ultimidad para nuestro conocimiento, que desafía ser reconducida a algo otro. El psicoanálisis no ha aportado nada para aclarar este problema.”

feminidad y la masculinidad, lo cual dirá más adelante que es “harto poco”.

La importancia creciente que tiene su descubrimiento de la castración lo lleva a repensar el concepto de bisexualidad, en la medida en que la castración inhibe la masculinidad en el niño y la promueve en la niña, con lo cual el carácter bisexual, aún en el limitado sentido de actividad/pasividad, resulta ser no un rasgo innato del individuo sino en todo caso un resultado de su travesía por el Edipo y por la castración que no constituye, en absoluto, una línea divisoria entre hombres y mujeres. De hecho, cuando deja de hablar de “pasividad” y “actividad” y empieza a hacerlo de “fines pasivos” y “fines activos”, deja claro que ambos tipos de fines se encuentran tanto en hombres como en mujeres.¹⁸²

En este capítulo se estudiará la evolución del concepto de bisexualidad en Freud, desde su génesis en la amistad con Fliess, cuando el recorrido del sujeto partía de una bisexualidad originaria emparentada con el hermafroditismo, hasta la castración, que inscribe la anatomía como su destino. Además se discute el intento de reducir la masculinidad a la actividad y la feminidad a la pasividad.

¿La bisexualidad en el origen?

El concepto de bisexualidad está presente a lo largo de toda la obra de Freud. Aunque va experimentando una evolución, nunca estuvo totalmente satisfecho con él, lo cual es comprensible si se considera que contradecía algunos de los puntos medulares de su teoría sobre la sexualidad.

La primera vez que se refiere a ella en una publicación, es en *La interpretación de los sueños* [1900], donde aparecen dos referencias. La primera de ellas es la narración de un sueño que revela lo obsesionado que se encuentra Freud por superar las dificultades que le presenta el desarrollo de una teoría sobre la bisexualidad:

“[...] yo proponía a mi amigo [Fliess] una teoría sobre la bisexualidad, teoría difícil y largamente buscada, y al deseo que pugnaba por cumplirse en el sueño debe imputarse que dicha teoría (que por lo demás no se

¹⁸² Conferencia 33: *la feminidad* [1933, XXII, 105].

comunicaba en el sueño) nos pareciese clara y sin lagunas.”¹⁸³

La otra referencia es un intento de atribuir a una supuesta “bisexualidad originaria” del ser humano la renovación de los deseos sexuales que se producen durante la adolescencia:

“La teoría de las psiconeurosis asevera con certeza excluyente que no pueden ser sino mociones de deseo sexuales procedentes de lo infantil las que experimentaron la represión (la mudanza de afecto) en los periodos de desarrollo de la infancia, y que en periodos posteriores del desarrollo son capaces de una renovación, ya sea a consecuencia de la constitución sexual que se configura desde la bisexualidad originaria, ya sea a consecuencia de influencias desfavorables sobre la vida sexual; y así ellas proporcionan las fuerzas pulsionantes de toda formación de síntoma psiconeurótica.”¹⁸⁴

Cabe destacar que en este texto la bisexualidad y su represión no se encuentran a la base de la neurosis, sino que ésta resulta del conflicto entre dos fuerzas pulsionantes procedentes de lo infantil. A la luz del resto de su obra, uno estaría inclinado a pensar que esas fuerzas no tienen su origen en la bisexualidad originaria, sino en las inclinaciones libidinales de amor y odio que conforman el complejo de Edipo; sin embargo, la siguiente anécdota pareciera apuntar en otra dirección.

Unos meses después de publicada *La interpretación de los sueños*, en el verano de 1900, Freud y Fliess tuvieron un último “Congreso” en Achensee. Allí Freud comunicó a su amigo sus reflexiones en torno al concepto de bisexualidad, a lo que Fliess replicó atónito: “Pero si yo te hablé de esto en nuestra caminata al atardecer, en Breslau, y tú entonces te negabas a aceptarlo”. Freud había olvidado esa conversación de Breslau y se resistía a creer que las ideas expuestas no eran originales de él, hasta que recuperó la memoria una semana después. Freud narra en un pasaje de *Psicopatología de la vida cotidiana* [1901] el olvido sufrido al atribuirse la idea de Fliess. Resulta interesante de este pasaje la importancia que pareciera atribuirle al concepto de bisexualidad en la comprensión de la neurosis:

¹⁸³ *La interpretación de los sueños* [1900, IV, 336].

¹⁸⁴ *La interpretación de los sueños* [1900, V, 595].

“En el verano de 1901 [sic] declararé un día a un amigo, con quien mantenía un vivo intercambio de ideas sobre cuestiones científicas: ‘Estos problemas neuróticos sólo se podrán solucionar si nos situamos por entero dentro del supuesto de una bisexualidad originaria del individuo.’ Recibí esta respuesta: ‘Es lo que te dije hace ya dos años y medio de Br [Breslau], cuando dábamos aquel paseo al atardecer. En ese momento no quisiste saber nada de ello’. Es doloroso ser así invitado a renunciar a la originalidad. No podía acordarme de aquella plática ni de aquella revelación de mi amigo. Uno de los dos debía de engañarse; y, según el principio de la pregunta ‘*cui prodest?*’, debía ser yo. En efecto, en el curso de la semana que siguió recordé de hecho todo, tal como mi amigo había querido evocarlo en mí, y hasta la respuesta que le di entonces: ‘Me tiene sin cuidado, no me parece aceptable’. Pero desde entonces me he vuelto un poco más tolerante cuando en la bibliografía médica encuentro, sin que se me cite, alguna de las pocas ideas que se pueden asociar con mi nombre.”¹⁸⁵

¿Qué quiere decir exactamente la frase “estos problemas neuróticos sólo se podrán solucionar si nos situamos por entero dentro del supuesto de una bisexualidad originaria del individuo”? ¿Quiere decir acaso que el origen de la neurosis está en la bisexualidad? Según lo aclara Freud muchos años más tarde, para Fliess la represión –y por ende la neurosis– estaba directamente vinculada al carácter bisexual de los seres humanos: la neurosis tiene su origen en que la represión se ejerce sobre uno de los dos componentes de ese carácter, ya sea el masculino o el femenino. ¿Es esa la idea que tiene por el momento Freud en relación con la neurosis? La importancia que Freud parece atribuir a la bisexualidad originaria en este pasaje de *Psicopatología* contrasta con la que daba en el párrafo anteriormente citado de *La interpretación de los sueños*, donde la bisexualidad es una de las circunstancias que puede producir durante la adolescencia una renovación de la neurosis, cuyo origen, sin embargo, es otro.

¹⁸⁵ *Psicopatología de la vida cotidiana* [1901, VI, 143]. Según Ernest Jones, el encuentro entre los dos amigos no tuvo lugar en el verano de 1901 sino en el verano anterior, cuando se encontraron por última vez. Jones [1953, I, 311-312].

En el verano de 1901, un año después de la anécdota mencionada, Freud expone en una carta a Fliess su proyecto de escribir un libro sobre la bisexualidad. En esa carta se esfuerza por dejar claro que la bisexualidad es una idea de Fliess, y mantiene la ambigüedad de *Psicopatología de la vida cotidiana* en torno a la relación entre represión y bisexualidad:

“Hasta donde sé, mi próximo trabajo se titulará ‘La bisexualidad humana’, asirá el problema por la raíz y dirá la última palabra que me sea deparado decir. La última y la más profunda. Para ello provisionalmente sólo poseo esto: el discernimiento rector, que desde hace largo tiempo se ha edificado sobre la idea de que la represión, mi problema nuclear, sólo es posible por reacción entre dos corrientes sexuales. [...] La idea misma es tuya. Recuerdas que hace años te dije que la solución estaba en la sexualidad, cuando tú todavía eras rinólogo y cirujano, y tú años después corregiste: en la bisexualidad, y veo que tienes razón. Quizá deba tomar prestado de ti todavía más, quizá mi sentido de la honradez me fuerce a rogarte que firmes conmigo el trabajo, con lo cual la parte anatómico-biológica, que es en mí sumaria, ganaría una ampliación. Yo tomaría como objeto el aspecto psíquico de la bisexualidad y la explicación de la neurótica.”¹⁸⁶

Tres afirmaciones destacan de esta carta. En primer lugar, Freud sostiene que la solución de su problema nuclear, la represión, en la cual radica el origen de la neurosis, no está en la sexualidad sino en la bisexualidad. No es lo que sostendrá unos años más tarde, cuando publique el libro que había anunciado a Fliess, que se transformará en *Tres ensayos de teoría sexual* [1905]. En segundo lugar, sostiene que “la represión sólo es posible por reacción entre dos corrientes sexuales”. ¿Cuáles son esas “dos corrientes sexuales”? A la luz del posterior desarrollo de Freud, e incluso de *La interpretación de los sueños*, se diría que se trata de corrientes originadas en el complejo de Edipo. Sin embargo, en el contexto de la carta podría interpretarse que se trata de la corriente femenina y la corriente masculina, lo cual implicaría una concepción de la represión que se aleja del resto de la obra de Freud y que él mismo desautorizará en textos posteriores. En tercer lugar, finalmente, propone a Fliess que se haga cargo de escribir “la parte anatómico-biológica” del libro “La bisexualidad humana”, y

¹⁸⁶ Carta a Fliess del 7 de agosto de 1901

que él tomará “como objeto el aspecto psíquico de la bisexualidad”. De donde queda claro que Freud realmente piensa a esas alturas que en la psique existe una disposición bisexual, esto es, rasgos femeninos y masculinos. Le tomará muchos años desprenderse por completo de esa idea, que seguirá reapareciendo en sus diversas obras.

La redacción de esta carta es lo suficientemente ambigua como para que Fliess entendiera que las dos corrientes sexuales sobre las que según Freud se ejerce la represión son la femenina y la masculina, y para que pensara que era suya la idea medular que Freud desarrollaría en el resto de su trabajo. Sin embargo, unos pocos años después, en *Tres ensayos*, Freud introduce una serie de conceptos que entran en conflicto con la concepción que Fliess (y quizás él mismo) tenía de la bisexualidad, y el concepto de bisexualidad empieza aceleradamente a desdibujarse dentro de su teoría de la sexualidad humana. Algunos años más tarde, en *De la historia de una neurosis infantil* [1914] y más claramente en *El yo y el ello* [1923], Freud sentará claramente su posición en contra de cualquier intento de sexualizar la represión, como pretendía hacerlo Fliess. Por el momento, sin embargo, la carta de Freud marca el inicio del prolongado conflicto entre los dos hombres en torno al concepto de bisexualidad.

No existe un hermafroditismo psíquico

Como se vio en el capítulo 2, Freud rechaza en *Tres ensayos de teoría sexual* la existencia de un carácter innato de “la inversión”. Aceptarla conllevaría que la elección de objeto está determinada por una predisposición biológica o natural, cuando todo parece indicarle que es resultado de las vicisitudes de la historia personal del sujeto. De la misma forma, hablar de una disposición bisexual en el orden psíquico de los seres humanos significaría que existe una disposición pre-social –esto es, determinada por la biología– hacia la feminidad o hacia la masculinidad. Para desmontar esta opinión, Freud comienza por establecer que la existencia del hermafroditismo anatómico, verificada por la ciencia, no debe trasladarse al terreno de la psique para explicar procesos relacionados con la elección de objeto o con los caracteres sexuales de un sujeto.

Freud comienza por constatar que los límites en el campo anatómico entre hombres y mujeres no son tan claros como se piensa, debido a la existencia de cierto grado hermafroditismo anatómico. A la base de esto se encuentra la existencia de una disposición originariamente bisexual en la anatomía, que en el curso de la evolución da lugar a la

atrofia de uno de los caracteres anatómicos y el desarrollo del otro. Lo dice así:

“Para ésta [la opinión popular] un ser humano es hombre o es mujer. Pero la ciencia conoce casos en que los caracteres sexuales aparecen borrosos y por tanto resulta difícil determinar el sexo; en primer lugar, en el campo anatómico. Estas formaciones anormales permiten comprender la formación normal, en la cual cierto grado de hermafroditismo anatómico es la norma: en ningún individuo masculino o femenino de conformación normal se echan de menos las huellas del aparato del otro sexo. Los genitales de estas personas reúnen caracteres masculinos y femeninos (hermafroditismo). En casos raros, las dos clases de aparato sexual coexisten desarrolladas (hermafroditismo verdadero), pero, en la mayoría, ambas están atrofiadas. Ahora bien, lo notable de estas anomalías es que facilitan inesperadamente la comprensión de la formación normal. En efecto, cierto grado de hermafroditismo anatómico es la norma: en ningún individuo masculino o femenino de conformación normal se echan de menos las huellas del aparato del otro sexo; o bien han perdurado carentes de función, como unos órganos rudimentarios, o bien se han modificado para tomar sobre sí otras funciones. La concepción que resulta de estos hechos anatómicos conocidos de antiguo es la de una disposición originariamente bisexual que, en el curso del desarrollo, se va alterando hasta llegar a la monosexualidad con mínimos restos del sexo atrofiado.”¹⁸⁷

Hasta aquí Freud se mantiene estrictamente en el marco de la anatomía y de la embriología. Sería sugerente tomar esta evolución de la anatomía hacia la monosexualidad a partir de una supuesta bisexualidad anatómica original y transplantarla al campo psíquico, de manera que el carácter psíquico masculino o femenino fuera un resultado paralelo de la evolución anatómica. Pero Freud señala que la

¹⁸⁷ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 128]. Un eco de esta idea aparece en *Conferencia 33: La feminidad* [1932, XXII, 105]: “Masculino y femenino es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano, y están habituados a establecerla con resuelta certidumbre. La ciencia anatómica comparte esa certidumbre en un punto, pero no mucho más.”

evolución anatómica no puede ser extendida al campo psíquico con el propósito de entender fenómenos como la inversión:

“Era sugerente transferir esta concepción al campo psíquico y comprender la inversión en sus distintas variedades como expresión de un hermafroditismo psíquico, Y para zanjar la cuestión sólo restaría una coincidencia regular entre la inversión y los signos anímicos y somáticos del hermafroditismo. Sólo que esta expectativa obvia no se cumple. No es lícito concebir tan estrechas las relaciones entre la hibridez psíquica supuesta y la hibridez anatómica comprobable. [...] Es preciso reconocer, por tanto, que inversión y hermafroditismo somático son, en líneas generales, independientes entre sí.”¹⁸⁸

Así, Freud puede aceptar una disposición bisexual en la constitución anatómica del individuo (en la cual se reconocen formaciones atrofiadas del otro órgano sexual), pero la rechaza cuando se habla de su constitución psíquica:

“La doctrina de la bisexualidad ha sido formulada en su forma más cruda por un portavoz de los invertidos masculinos: ‘un cerebro femenino en un cuerpo masculino.’ Sólo que no conocemos los caracteres de lo que sería un ‘cerebro femenino’. Sustituir el problema psicológico por el anatómico es tan ocioso como injustificado.”¹⁸⁹

No tiene sentido afirmar que “la inversión” de los hombres sea producto de que en un cuerpo masculino (esto es, un cuerpo cuyos atributos físicos femeninos está atrofiados) se haya operado la atrofia del componente masculino del cerebro a favor del desarrollo de sus caracteres femeninos. Carece de sentido, dice Freud, por la sencilla razón de que “no conocemos los caracteres de lo que sería un ‘cerebro femenino’”. Por la misma razón no tendría entonces sentido hablar de que el individuo tiene una psique bisexual, como sí puede atribuírsele una constitución anatómica hermafrodita. De alguna manera Freud

¹⁸⁸ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 129].

¹⁸⁹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 130]. Ver también *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 131]: “en la inversión interviene de algún modo una disposición bisexual, sólo que no sabemos en qué consiste más allá de la conformación anatómica.”

cuestiona, pues –sin descartarlo por completo–, que el problema sea planteado en términos de una bisexualidad psíquica (esto es, una polaridad psíquica femenino/masculino), una posición frente a la cual será cada vez escéptico en sus posteriores trabajos.

La subsunción de masculinidad y feminidad en actividad y pasividad

El que desestime la existencia de una disposición biológica a la feminidad o a la masculinidad (tener un cerebro femenino o masculino) no quiere decir que a la altura de 1905 Freud niegue por completo la existencia una polaridad psíquica masculino/femenino, pero ya desde entonces la existencia de esa polaridad queda bastante relativizada.

En *Tres ensayos* Freud toca de nuevo el tema de la bisexualidad al tratar el par de opuestos sadismo-masochismo. Dice allí que

“[...] Es iluminador [...] que la existencia del par de opuestos sadismo-masochismo no pueda derivarse sin más de la injerencia de un componente agresivo. Por el contrario, estaríamos tentados de poner en relación la presencia simultánea de esos opuestos con la oposición de lo masculino y lo femenino, conjugada en la bisexualidad.”¹⁹⁰

Como se colige de ésta y de la cita precedente, en 1905 Freud excluye el uso de una polaridad innata masculino/femenino para tratar “la inversión”, pero considera pertinente tratar la polaridad sadismo/masochismo a partir de la oposición femenino/masculino. ¿Qué contenido tiene para Freud “lo masculino” y “lo femenino”? En 1905 es menos explícito de lo que será más tarde, cuando escribe *Pulsiones y destinos de pulsión* [1915]. Sin embargo, en el último de los *Tres ensayos* postula una idea que avanza una definición de esos conceptos y que por lo demás se revelará de gran relevancia para esclarecer el proceso de sexuación y la prevalencia del falo para los dos sexos, y que es consistente con las definiciones que llegará a dar de esas categorías –que la libido de la niña tiene el mismo carácter que la del niño:

“Con respecto a las manifestaciones sexuales autoeróticas y masturbatorias, podría formularse esta tesis: La sexualidad de la niña pequeña tiene un carácter enteramente masculino. Más aún: si supiéramos dar un

¹⁹⁰ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 145].

contenido más preciso a los conceptos de ‘masculino’ y ‘femenino’, podría defenderse también el aserto de que la libido es regularmente, y con arreglo a ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer.”¹⁹¹

Al caracterizar la libido como masculina, Freud ya tiene en mente, desde 1905, el “contenido más preciso” de los conceptos “masculino” y “femenino”, que será formulado de forma explícita a partir de *Pulsiones y destinos de pulsión* [1915]: el atributo de la masculinidad corresponde con el de actividad, y el de la feminidad con el de pasividad. Esto es consistente con el sentido que da a la polaridad masculino/femenino al hablar de sadismo y masoquismo. Por la misma época en que publica *Pulsiones y destinos de pulsión*, añade varias notas a los *Tres ensayos* en que intenta clarificar la oposición de masculino y femenino. Una de las más importantes es la siguiente, donde Freud subsume la polaridad masculino/femenino en la polaridad activo/pasivo:

“Es indispensable dejar en claro que los conceptos de ‘masculino’ y ‘femenino’, que tan unívocos parecen a la opinión corriente, en la ciencia se cuentan entre los más confusos y deben descomponerse al menos en *tres* direcciones. Se los emplea en el sentido de *actividad* y *pasividad*, o en el sentido *biológico*, o en el *sociológico*. El primero de estos tres significados es el esencial, y el que casi siempre se aplica en el psicoanálisis. A eso se debe que en el texto la libido se defina como activa, pues la pulsión lo es siempre, aún en los casos en que se ha puesto una meta pasiva.”¹⁹²

¹⁹¹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 200]. Para una versión más acabada de este punto medular de su doctrina sobre las pulsiones, ver *Conferencia 33: La feminidad* [1933, XXII, 121-122].

¹⁹² *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 200]. En 1915 Freud introduce en otros lugares de los *Tres ensayos* anotaciones tendientes a hacer sucumbir la polaridad masculino/femenino en la polaridad activo/pasivo. Por ejemplo una frase citada anteriormente pasa a leerse de la siguiente forma (se destaca en *itálicas* el añadido de 1915): “[...] estaríamos tentados de poner en relación la presencia simultánea de esos opuestos con la oposición de lo masculino y lo femenino, conjugada en la bisexualidad, *cuyo significado se reduce en el psicoanálisis a la oposición entre activo y pasivo.*” *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 145].

En esta nota expone por primera vez con toda claridad que el sentido de masculino y femenino que le parece esencial –“el que casi siempre se aplica en psicoanálisis”– es el de actividad y pasividad. Ese concepto no va en la dirección de establecer ningún tipo de “relaciones entre la hibridez psíquica supuesta y la hibridez anatómica comprobable”, ni guarda relación con algún tipo de predisposición biológica que pudiera explicar “la inversión” o algún tipo de masculinidad o feminidad vinculada a la diferencia anatómica. Antes bien, desde este punto de vista niños y niñas son idénticos –es decir, “su libido es masculina”, para decirlo en los términos empleados por él–, y ello precisamente con independencia de sus caracteres anatómicos.

La misma idea se encuentra en un párrafo de *Pulsiones y destinos de pulsión* que conviene comentar detenidamente:

“La oposición activo-pasivo no ha de confundirse con la que media entre yo-sujeto y afuera-objeto. El yo se comporta pasivamente hacia el mundo exterior en la medida en que recibe estímulos de él, y activamente cuando reacciona frente a estos. Sus pulsiones lo compelen sobremanera a una *actividad* hacia el mundo exterior, de suerte que destacando lo esencial podría decirse: El yo-sujeto es pasivo hacia los estímulos exteriores, y activo por sus pulsiones propias. La oposición entre activo y pasivo se fusiona más tarde con la que media entre masculino y femenino, que, antes que esto acontezca, carece de significación psicológica. La soldadura entre la actividad y lo masculino, y entre la pasividad y lo femenino, nos aparece, en efecto, como un hecho biológico. Pero en modo alguno es tan omnipresente y exclusiva como nos inclinamos a suponer.”¹⁹³

Para los efectos de este apartado cabe destacar dos elementos de este párrafo. El primero de ellos se comenta a continuación y el segundo en el apartado siguiente.

En primer lugar, señala que las soldaduras entre la actividad y lo masculino y entre la pasividad y lo femenino no están tan generalizadas como podría pensarse, ni se presentan de manera tan

¹⁹³ *Pulsiones y destinos de pulsión* [1915, XIV, 129].

pura en los individuos. En otro pasaje de la nota añadida en 1915 a *Tres ensayos*, Freud señala que

“[...] todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos.”¹⁹⁴

En este párrafo Freud manifiesta gran ambigüedad en torno al papel del “carácter sexual anatómico” en la determinación del carácter psíquico de actividad y pasividad: dice que podría estar determinado al menos en parte por la anatomía, pero también que puede ser independiente de ella. Sin embargo, acto seguido señala que esa determinación no siempre se presenta, ni siquiera en el mundo animal:

“La actividad y sus exteriorizaciones colaterales (mayor desarrollo muscular, agresión, mayor intensidad de la libido) suelen, en general, ir soldados con la virilidad biológica; pero no es un enlace necesario, pues existen especies animales en las que esas propiedades corresponden más bien a la hembra.”¹⁹⁵

A pesar del peso que le sigue dando a la anatomía en la determinación del carácter psíquico, ya queda claro que éste no puede explicarse exclusivamente en función de la anatomía ni, por lo tanto, de esa predisposición bisexual originaria.

Abandono de la polaridad actividad/pasividad

El segundo elemento destacable del pasaje de *Pulsiones* citado en el apartado anterior, es que esas soldaduras son un resultado de la historia y no de la biología. En efecto, señala que entre la actividad y lo masculino así como entre la pasividad y lo femenino, lo que existe es una soldadura que se establece en algún momento determinado; no es un hecho biológico o determinado desde el nacimiento, sino que resulta de la evolución del sujeto. Así, la oposición entre masculino y femenino “carece de significación psicológica” antes de que se produzca su soldadura con la oposición entre activo y pasivo. Lo cual quiere decir que si esa oposición entre masculino y femenino tiene

¹⁹⁴ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 201], nota añadida en 1915.

¹⁹⁵ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 201], nota añadida en 1915.

alguna significación psicológica, ello ocurre a partir del momento en que se establece su soldadura con la oposición entre activo y pasivo. En *Tres ensayos* no se refiere todavía a esa soldadura, pero señala que en la niña el componente masculino de la sexualidad debe sufrir una nueva represión durante la adolescencia, necesaria para preparar a la mujer para la feminidad.

“[...] habíamos considerado la diferenciación de la sexualidad masculina y femenina, y hallamos que esta última requiere de una nueva represión que suprime un sector de virilidad infantil y prepara a la mujer para el cambio de la zona genital rectora.”¹⁹⁶

En *La organización genital infantil* [1923] queda más claro que la soldadura entre masculinidad y actividad y entre feminidad y pasividad se produce en el curso de segunda ola represiva, antes de la cual la oposición femenino/masculino “carece de significación psicológica”:

“Sólo con la culminación del desarrollo en la época de la pubertad, la polaridad sexual coincide con *masculino* y *femenino*. Lo masculino reúne el sujeto, la actividad y la posesión del pene; lo femenino, el objeto y la pasividad.”¹⁹⁷

La oposición masculino/femenino se impone, pues, en un periodo bastante avanzado de la vida del sujeto: la feminidad queda asociada a la pasividad a raíz de la segunda ola de represión que se produce sobre la niña en el curso de su pubertad, mientras que la masculinidad queda asociada a la actividad a raíz del auge libidinal que se produce en el varón durante ese mismo periodo. Así, la separación entre femenino y masculino sólo se produce en la adolescencia:

“Como se sabe, sólo en la pubertad se establece la separación tajante entre el carácter masculino y el femenino, una oposición que después influye de manera más decisiva que cualquier otra sobre la trama vital de los seres humanos.”¹⁹⁸

Cinco años más tarde de la nota citada y de publicar *Pulsiones*, en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920],

¹⁹⁶ *Tres ensayos sobre teoría sexual* [1905, VII, 214].

¹⁹⁷ *La organización genital infantil* [1923, XIX, 149].

¹⁹⁸ *Tres ensayos sobre teoría sexual* [1905, VII, 200].

tomará un poco más de distancia con respecto a la soldadura de que habla en *Pulsiones y destinos de pulsión*:

“[el psicoanálisis] no puede esclarecer la esencia de aquello que en sentido convencional o biológico se llama ‘masculino’ y ‘femenino’; adopta ambos conceptos y basa en ellos sus trabajos. En el intento de una reconducción más avanzada, lo masculino se le volatiliza en actividad y lo femenino en pasividad, y eso es harto poco.”¹⁹⁹

“Harto poco” es la diferencia entre activo y pasivo para trazar la diferencia entre lo femenino y lo masculino. Diez años más tarde, en *El malestar en la cultura* [1930], Freud cuestiona nuevamente esa asimilación entre masculinidad y actividad y entre feminidad y pasividad. Y al hacerlo subraya que la diferencia entre lo femenino y lo masculino es un hecho biológico que, sin embargo, “es difícil de asir psicológicamente”:

“La sexualidad es un hecho biológico que, aunque de extraordinaria significación para la vida anímica, es difícil de asir psicológicamente. Solemos decir: cada ser humano muestra mociones pulsionales, necesidades, propiedades, tanto masculinas cuanto femeninas, pero es la anatomía, y no la psicología, la que puede registrar el carácter de lo masculino y lo femenino. Para la psicología, la oposición sexual se atempera, convirtiéndose en la que media entre actividad y pasividad; y demasiado apresuradamente hacemos coincidir la actividad con lo masculino y la pasividad con lo femenino, cosa que en modo alguno se corrobora sin excepciones en el mundo animal.”²⁰⁰

En este trabajo, además, hace referencia explícita a la contradicción entre el concepto de bisexualidad y su teoría de las pulsiones, contradicción que se perfilaba ya desde los *Tres Ensayos*:

“La doctrina de la bisexualidad sigue siendo todavía muy oscura, y no podemos menos que considerar un serio

¹⁹⁹ *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920, XVIII, 164].

²⁰⁰ *El malestar en la cultura* [1929-1930, XXI, 103].

contratiempo que en el psicoanálisis todavía no haya hallado enlace alguno con la doctrina de las pulsiones.”²⁰¹

¿Por qué la doctrina de la bisexualidad no ha encontrado enlace alguno con la doctrina de las pulsiones? Freud no lo aclara en esta obra, aunque ya lo había intuido en 1905, cuando su incipiente doctrina de las pulsiones lo lleva a afirmar que la libido es una y la misma para hombres y mujeres.²⁰² Unos años más tarde de publicar *El malestar en la cultura*, retoma el conflicto entre la doctrina de la bisexualidad y la doctrina de las pulsiones, y ofrece en la *Conferencia 33* sobre la feminidad una nueva formulación, mucho más acabada, de la unicidad de la pulsión y su relación con la polaridad masculino-femenino:

“Hemos llamado ‘libido’ a la fuerza pulsional de la vida sexual. La vida sexual está gobernada por la polaridad masculino-femenino; esto nos sugiere considerar la relación de la libido con esa oposición. No sorprendería si a cada sexualidad se subordinara su libido particular, de suerte que una clase de libido persiguiera las metas de la vida sexual masculina y otra las de la femenina. Pero no hay nada semejante. Existe sólo una libido, que entra al servicio de la función sexual tanto masculina como femenina. No podemos atribuirle sexo alguno; si de acuerdo con la equiparación convencional entre actividad y masculinidad queremos llamarla masculina, no debemos olvidar que subroga también aspiraciones de metas pasivas.”²⁰³

Freud cuestiona aquí el intento de reducir la feminidad a la pasividad y la masculinidad a la actividad. Lo hace de una manera aún más contundente en otro pasaje de esa misma obra:

“Podría intentarse caracterizar psicológicamente la feminidad diciendo que consiste en la predilección por metas pasivas. Desde luego, esto no es idéntico a pasividad; puede ser necesaria una gran dosis de actividad para alcanzar una meta pasiva.”²⁰⁴

²⁰¹ *El malestar en la cultura* [1929-1930, XXI, 103].

²⁰² *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 200].

²⁰³ *Conferencia 33. La feminidad* [1932, XXII, 121-122].

²⁰⁴ *Conferencia 33. La feminidad* [1932, XXII, 107].

Así, pues, el único elemento que le había permitido a Freud caracterizar los atributos psíquicos de la masculinidad y de la feminidad se desvanece. En todo caso, la diferencia sexual entre la feminidad y la masculinidad se reduciría, pues, al menos como lo expone Freud en este texto, a la escogencia de metas pasivas o activas. Conclusión que tendría una gran relevancia para entender las vicisitudes del sujeto en el proceso de su desarrollo sexual. Esta idea ya había sido expuesta poco menos de dos años antes, en *Sobre la sexualidad femenina* [1931]. Allí Freud ya ha dejado de asimilar la masculinidad y la feminidad respectivamente a la actividad y la pasividad, y ha empezado a hablar de metas activas y pasivas.²⁰⁵

Además, ha entendido que el verdadero problema que exige esclarecimiento es cómo, a partir de una libido común, surgen aspiraciones de meta pasiva. Lo cual equivale a preguntarse, una vez más, cómo surge la feminidad:

“El psicoanálisis nos enseña a contar con una única libido, que a su vez conoce metas –y por lo tanto modalidades de satisfacción– activas y pasivas. En esta oposición, sobre todo en la existencia de aspiraciones libidinales de meta pasiva, está contenido el resto del problema.”²⁰⁶

La elección de metas de la pulsión, como se ha visto, se encuentra directamente relacionada con la castración, así como con la ulterior oleada represiva que sufre la niña durante su pubertad. En el curso de la castración y de esa oleada represiva, se define la posición del sujeto frente al significativo falo y se establece una cierta forma de relacionarse con el goce –“modalidades de satisfacción”, dice Freud. Así, pues, el desarrollo sexual del sujeto estaría marcado por los procesos relacionados con el Edipo y la castración que dan lugar, entre otras cosas, a dos grandes elecciones: la elección de objeto y la elección de meta.

Para terminar de comprender estos procesos como parte del desarrollo sexual del individuo, no debe olvidarse un tercer componente: la

²⁰⁵ En rigor, en *Pulsiones* ya ha dejado claro que es incorrecto hablar de una libido pasiva, pero aún no extrae conclusiones para las definiciones que hasta entonces ha dado de la feminidad y la masculinidad. Ver *Pulsiones y destinos de pulsión* [1915, XIV, 117-118]: “Toda pulsión es un fragmento de actividad. Cuando negligentemente se habla de pulsiones pasivas, no puede mentarse otra cosa que pulsiones con una meta pasiva.”

²⁰⁶ *Sobre la feminidad* [1931, XXI, 241].

palabra, que en el ámbito de la experiencia concreta del sujeto instituye la segregación urinaria. Sobre esto se volverá más tarde. Sin embargo, es a la palabra que se refiere Freud cuando, en esa misma conferencia, señala que la elección de metas está igualmente relacionada con la cultura y el conjunto de normas disciplinarias que llevan a las mujeres a comportarse bajo ciertas normas que difieren de las que se aplican a los hombres. Freud llama la atención sobre este hecho con el fin de relativizar aún más la diferencia entre hombres y mujeres en relación con las metas de su sexualidad:

“Quizás ocurra que desde el modo de participación de la mujer en la función sexual se difunda a otras esferas de su vida la preferencia por una conducta pasiva y unas aspiraciones de meta pasiva, en extensión variable según el imperio limitado o vasto de ese paradigma que sería su vida sexual. No obstante, debemos cuidarnos de pasar por alto la influencia de las normas sociales, que de igual modo esfuerzan a la mujer hacia situaciones pasivas. Todo esto es todavía muy oscuro.”²⁰⁷

En la elección de metas sexuales juegan un papel “las normas sociales”, dice Freud; el orden y la norma que se instauran en el lenguaje, “las cuales dicen al sujeto lo que hay que hacer como hombre y como mujer”, dice Lacan.²⁰⁸ Así, el carácter sexual del sujeto resultaría de la articulación –producida en el curso de la castración, del advenimiento en el lenguaje, de la imposición de la ley– de una forma de gozar y de la palabra –el significante, diría Lacan, en tanto inscrito en la experiencia del sujeto. Lacan lo dice así:

“Del lado del Otro, *desde el lugar donde la palabra se verifica por encontrar el intercambio de los significantes*, los ideales que soportan, las estructuras elementales del parentesco, la metáfora del padre como principio de separación, la división siempre vuelta a abrir en el sujeto en su enajenación primera de ese lado solamente y por esas vías que acabamos de decir, *el orden y la norma*

²⁰⁷ Conferencia 33. *La feminidad* [1932, XXII, 107].

²⁰⁸ *La Iliada* [99]: “‘Vuelve a casa, ocúpate en las labores del telar y la rueca, y ordena a las esclavas que se apliquen al trabajo; y de la guerra nos cuidaremos cuantos varones nacimos en Ilión, y yo el primero.’ Dichas estas palabras, el preclaro Héctor se puso el yelmo adornado con crines de caballo, y la esposa amada regresó a su casa, volviendo la cabeza de cuando en cuando y vertiendo copiosas lágrimas.”

*deben instaurarse, las cuales dicen al sujeto lo que hay que hacer como hombre y como mujer.*²⁰⁹

La subsunción de la masculinidad a la actividad y de la feminidad a la pasividad, sufre una última estocada en una de las últimas obras de Freud, ya citada: *Esquema de psicoanálisis* [1940]. Allí Freud plantea dos ideas muy radicales en relación con el concepto de bisexualidad. En primer lugar, señala que la dualidad de los sexos es un problema que pertenece por entero a la biología y que el psicoanálisis no ha aportado nada para aclararlo:

“El hecho de la dualidad de los sexos se levanta ante nosotros a modo de un gran enigma, una ultimidad para nuestro conocimiento, que desafía ser reconducida a algo otro. El psicoanálisis no ha aportado nada para aclarar este problema que, manifiestamente, pertenece por entero a la biología.”²¹⁰

La última frase a primera vista podría contradecir la siguiente, escrita siete años atrás, donde dice que la masculinidad y la feminidad no puede ser aprehendida por la anatomía:

“[...] aquello que constituye la masculinidad o la feminidad es un carácter desconocido que la anatomía no puede aprehender.”²¹¹

Y sin embargo, hay una consistencia en el sentido de ambas frases. En 1933 aún busca en el carácter de los individuos los determinantes de la masculinidad y de la feminidad, y está convencido de que no es en la diferencia anatómica donde radican. En 1940 piensa que la dualidad de los sexos es un enigma que, desde el punto de vista de la psique, no puede conducirse a la existencia de un carácter femenino y un carácter masculino, y que en esa medida la única diferencia que en realidad existe es la que se reduce a la biología.

En segundo lugar, la otra idea destacable sobre la bisexualidad que se presenta en *Esquema del Psicoanálisis*, es que resulta insuficiente reducir masculinidad a actividad y feminidad a pasividad, y que cualquier intento por encontrar algo que pueda llamarse bisexualidad psicológica dificulta la comprensión:

²⁰⁹ *Posición del inconsciente* [1960, II, 828]. La bastardillas han sido añadidas.

²¹⁰ *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 188].

²¹¹ *Conferencia 33: La feminidad* [1933, XXII, 106].

“Para distinguir lo masculino de lo femenino en la vida anímica nos sirve una ecuación convencional y empírica, a todas luces insuficiente. Llamamos ‘masculino’ a todo cuanto es fuerte y activo, y ‘femenino’ a lo débil y pasivo. Este hecho de la bisexualidad, también psicológica, entorpece todas nuestras averiguaciones y dificulta su descripción.”²¹²

¿Qué sería entonces la masculinidad y la feminidad en cuanto caracteres psicológicos, si resulta “a todas luces insuficiente” el intento de reducirlas a lo activo y lo pasivo? Lacan comparte este escepticismo sobre la capacidad de la polaridad actividad/pasividad o del concepto de bisexualidad para describir la polaridad masculino/femenino y más aún para explicar las vacilaciones del sujeto frente a su ser masculino o femenino:

“Lo que nuestra experiencia demuestra de vacilación en el sujeto referente a su ser de masculino o de femenino no ha de referirse tanto a su bisexualidad biológica como a que no hay nada en su dialéctica que represente la bipolaridad del sexo, si no es la actividad y la pasividad, es decir una polaridad pulsión-acción-del exterior, que es enteramente inadecuada para representarla en su fondo.”²¹³

²¹² *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 188].

²¹³ *Posición del inconsciente* [II, 828]

Crítica de Fliess: la división (bi)sexual no es el origen

Es difícil que Freud no percibiera el conflicto entre la doctrina de la bisexualidad y su doctrina de las pulsiones. Esta última empezaba articularse ya en *Tres ensayos*, obra en la cual se formula la conclusión de dicha doctrina en torno al carácter único de la pulsión (“la libido es regularmente, y con arreglo a ley, de naturaleza masculina, ya se presente en el hombre o en la mujer, y prescindiendo de que su objeto sea el hombre o la mujer”)²¹⁴. En sus últimos años, como se ha visto en el apartado anterior, el conflicto entre ambas doctrinas es claro, y Freud termina decantándose por la doctrina de las pulsiones, que siempre constituyó un eje de su trabajo y sobre la que nunca tuvo dudas, a diferencia de lo ocurrido con el concepto de bisexualidad.

La crítica explícita al concepto de sexualidad de Fliess es expuesta por Freud al menos en tres lugares destacados. El primero de ellos es en *De la historia de una neurosis infantil (el “Hombre de los lobos”)* [1918]. Allí Freud señala que la neurosis no es resultado de la bisexualidad y de su represión, en el sentido de que sería producto de un conflicto entre las aspiraciones femeninas y las aspiraciones masculinas. Ese conflicto puede existir, en la medida en que todos los seres humanos oscilan a lo largo de su vida entre unas y otras –tanto en lo que se refiere a la elección de objeto sexual como a la elección de metas sexuales. Pero si se produce la neurosis, es en la medida en que hay un conflicto entre las aspiraciones sexuales (a un objeto o a una meta) y las tendencias morales del yo:

“Se tendría la tentación de modificar, a partir de esto, una pieza de la teoría psicoanalítica. Uno cree ya estar viendo que la represión y la formación de la neurosis surgen del conflicto entre aspiraciones masculinas y femeninas, vale decir, de la bisexualidad. Empero, esa concepción es lagunosa. De las dos mociones sexuales contrapuestas, una es acorde con el yo, en tanto que la otra ultraja al interés narcisista; por eso cae bajo la represión. También en este caso es el yo quien pone en obra la represión a favor de una de esas aspiraciones sexuales. En otros casos no existe tal conflicto entre masculinidad y feminidad; sólo hay una aspiración sexual que demanda reconocimiento, pero choca contra ciertos poderes del yo y por eso mismo es repelida. Es que con mucha mayor

frecuencia que conflictos dentro de la sexualidad misma hallamos los otros, que reproducen entre la sexualidad y las tendencias de esa índole.”²¹⁵

En *Pegan a un niño* [1919] Freud vuelve a arremeter contra la teoría de la bisexualidad. Allí hace un breve esbozo de una teoría anónima que le fuera “expuesta hace muchos años por un colega que en ese momento mantenía relaciones de amistad conmigo.” Se trata de la teoría que alguna vez compartió con Fliess. Esta teoría

“Se apuntala en la constitución bisexual de los individuos humanos y asevera que en cada quien el motivo de la represión sería la lucha entre los caracteres sexuales. El sexo de más intensa plasmación, predominante en la persona, ha reprimido a lo inconciente a la subrogación anímica del sexo derrotado. El núcleo de lo inconciente, lo reprimido, sería entonces en todo ser humano lo del sexo contrario presente en él.”²¹⁶

Como se ve, esta teoría constituye un intento de explicar el carácter sexual del individuo por la existencia de una especie de hermafroditismo psíquico, con la adición de que la represión se explica por el conflicto inherente a dicho hermafroditismo. Su respuesta va en dos direcciones. Por un lado, señala que esta teoría no explica cuál sería el carácter sexual hegemónico, a menos que se asuma que la hegemonía viene dictada por la constitución anatómica, con lo cual toda la vida sexual quedaría reducida a los factores anatómicos y permanecería sin explicar su gran diversidad:

“[...] ello sólo puede tener un sentido concreto si consideramos presidido el sexo de un ser humano por la conformación de sus genitales; de lo contrario se volvería incierto cuál es el sexo más intenso en él, y correríamos el riesgo de volver a derivar como resultado de la investigación lo que debía constituir su punto de partida. Resumido en breves términos: En el hombre lo reprimido inconciente se reconduce a mociones pulsionales femeninas; y a la inversa en la mujer.”²¹⁷

²¹⁵ *De la historia de una neurosis infantil (el “Hombre de los lobos”)* [1918, XVII, 100]

²¹⁶ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 196-197].

²¹⁷ *Pegan a un niño* [1919, XVII, 197].

La otra crítica que hace a esta teoría es que no tiene sentido sexualizar los motivos de la represión, y hacerlos depender de la constitución anatómica de los genitales:

“La teoría psicoanalítica, apoyada en la observación, sostiene que no es lícito sexualizar los motivos de la represión. El núcleo de lo inconsciente anímico lo constituye la herencia arcaica del ser humano, y de ella sucumbe al proceso represivo todo cuanto, en el progreso hacia fases evolutivas posteriores, debe ser relegado por inconciliable con lo nuevo y perjudicial para él. Esta selección se logra en un grupo de pulsiones mejor que en los otros. Estas últimas, las pulsiones sexuales, en virtud de particulares constelaciones que ya han sido puestas de manifiesto muchas veces, son capaces de hacer fracasar el propósito de la represión y conquistarse una subrogación a través de formaciones sustitutivas perturbadoras. Por eso la sexualidad infantil, que sucumbe a la represión, es la principal fuerza pulsional de la formación del síntoma, y por eso la pieza esencial de su contenido, el complejo de Edipo, es el complejo nuclear de la neurosis.”²¹⁸

De acuerdo con Freud, la neurosis no es resultado de un conflicto entre pulsiones o aspiraciones masculinas y femeninas, sino entre una pulsión sexual que ha hecho fracasar el propósito de la represión y se ha subrogado una formación secundaria que se constituye en el síntoma.

La crítica contra el intento de sexualizar la represión es retomada por Freud en el tercer y último texto relevante en que aparece una crítica al concepto de sexualidad de Fliess, en una época tan tardía como 1937:

“[...] Wilhelm Fliess [...] se inclinaba a declarar que la oposición entre los sexos era la ocasión genuina y el motivo primordial de la represión. No hago más que repetir mi discrepancia de entonces si desautorizo sexualizar la represión de esa manera, vale decir,

fundarla en lo biológico en vez de hacerlo en términos puramente psicológicos.”²¹⁹

Sin embargo, este texto de 1937 sugiere una interpretación de las vicisitudes que atravesarán al sujeto a lo largo de su trama vital en relación con su ser hombre o mujer. Estas reflexiones de Freud, desarrolladas en la discusión de la castración y sus efectos sobre la sexualidad humana, introducen un matiz que podría justificar una reinterpretación profunda del concepto de bisexualidad, que dejaría de ser el punto de partida del sujeto (fundada en lo biológico) y pasaría a ser más bien el precario y contrariado destino que se le ofrece al salir del Edipo...²²⁰

La “roca de base”: la (bi)sexualidad en todo caso como destino

En *Análisis terminable e interminable* [1937] Freud hace una serie de reflexiones sobre los avatares que sufre el sujeto en su desarrollo sexual, en particular a partir de la castración, hecho gracias al cual adviene al mundo del lenguaje —esto es, en tanto sujeto a la ley y por lo tanto no objeto del lenguaje sino sujeto de él— y a través del cual se instituye la ley que hace posible la sociedad humana. Son reflexiones sugerentes que dan pie para reinterpretar el concepto de bisexualidad de una forma que lo hace compatible con la doctrina de las pulsiones, con el complejo de Edipo y con la castración, lo cual permitiría entender retroactivamente el apego de Freud a ese concepto como la expresión de una intuición nunca completamente expresada.

Dice en esa obra que en los análisis terapéuticos el analista enfrenta dos temas ligados a la diferencia de los sexos, característico uno en el hombre y el otro en la mujer. Se trata de dos temas que, a pesar de su diferente contenido, se corresponden, y ambos son el resultado inmediato del complejo de castración:

“Esos dos temas en recíproca correspondencia son, para la mujer, la *envidia del pene* —el positivo querer-alcanzar la posesión de un genital masculino—, y para el hombre, la revuelta contra su actitud pasiva o femenina hacia otro hombre. Eso común ha sido destacado muy temprano en

²¹⁹ *Análisis terminable e interminable* [1937, XXIII, 252].

²²⁰ Braunstein [1990, 111]: “La anatomía no es el destino sino a partir de la palabra que la recoge y la significa.”

la nomenclatura psicoanalítica como conducta frente al complejo de castración [...].”²²¹

De esta forma, el proceso normalizador que permite al pequeño polimorfo perverso superar el Edipo y alinearse hacia la solución heterosexual —el niño deviene un hombrecito, identificado con el padre, presto a elegir objetos femeninos y perseguir metas activas, y la niña una mujercita, identificada con la madre y ansiosa de recibir un hijo del padre—, arroja al mismo tiempo el resultado paradójico de feminizar al niño y masculinizar a la niña.²²² Podría interpretarse, así, que la castración instituye en el ser humano su condición bisexual, y que en ese sentido no es el punto de partida —una especie de disposición originaria de carácter biológico, como lo sería su hermafroditismo anatómico— sino el destino que le depara su introducción como sujeto en el lenguaje.

En el caso del niño, el amedrentamiento de la masculinidad que instituye su virilidad, lo lleva al mismo tiempo a dudar permanentemente de ella y a asumir una posición femenina frente al padre, posición que se reproduce frente a otros hombres y que le provoca un pánico que explica tanto las dificultades en la vida amorosa como la homofobia que hace padecer a muchos hombres:

“Los efectos de la amenaza de castración son múltiples e incalculables; atañen a todos los vínculos del muchacho con padre y madre, y luego con hombre y mujer en general. Las más de las veces, la masculinidad del niño no resiste esta primera conmoción. Para salvar su miembro sexual, renuncia de manera más o menos completa a la posesión de la madre, y a menudo su vida sexual permanece aquejada para siempre por esa prohibición. Si está presente en él [el niño] un fuerte componente femenino, según lo hemos expresado, este cobra mayor intensidad por obra del amedrentamiento de

²²¹ *Análisis terminable e interminable* [1937, XXIII, 251-252].

²²² Tendlarz [2002, 29]: “El complejo de castración es inhibitorio de la masculinidad y promotor de la feminidad para ambos sexos [...]. La acción de la castración produce una captura de la anatomía por lo simbólico, en tanto que introduce una inscripción significativa de la oposición falo-castración que da una significación fálica al tener o no tener.”

la masculinidad. El muchacho cae en una actitud pasiva hacia el padre, como la que atribuye a la madre.”²²³

Freud ya había percibido desde 1908 esta actitud pasiva del niño frente al padre, pero aún no la atribuye a un efecto de la castración, sino a un resabio de la fase anal;²²⁴ y cuando se refiere a esa actitud pasiva en *El yo y el ello* [1923], no la atribuye a la castración, sino a la bisexualidad, que como se vio es un concepto muy poco esclarecedor.²²⁵ Pero a partir de ahora, desarrollado el complejo de castración y establecida su crítica del concepto de bisexualidad, la ambivalencia del niño –que acompañará al hombre como “la protesta masculina” o la “desautorización de la feminidad”, y reaparece como la “roca de base” en el análisis de muchos hombres– es un resultado de la castración:

“El hombre sólo se defiende de la pasividad frente al hombre, no de la pasividad en general. En otras palabras: la ‘protesta masculina’ no es de hecho otra cosa que una angustia de castración.”²²⁶

En el caso de la niña, la castración instituye el complejo de masculinidad y en particular la envidia del pene, como lo había descubierto desde *Tres ensayos*,²²⁷ dicha envidia a través de la

²²³ *Esquema del psicoanálisis* [1940, XXIII, 190].

²²⁴ *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX, 195]: “Entonces no era sino consecuente que el niño no concediera a la mujer el doloroso privilegio de parir. Si los hijos nacían por el ano, el varón podía parir igual que la mujer. Así, el muchacho podía fantasear que él mismo concebía hijos, sin que por eso pudieran imputársele inclinaciones femeninas. De ese modo no hacía más que activar su erotismo anal todavía vivaz.”

²²⁵ *El yo y el ello* [1923, XIX, 34-35]: “[...] el varoncito no posee sólo una actitud ambivalente hacia el padre, y una elección tierna de objeto a favor de la madre, sino que se comporta también, simultáneamente, como una niña: muestra la actitud femenina tierna hacia el padre, y la correspondiente actitud celosa y hostil hacia la madre. Esta injerencia de la bisexualidad es lo que vuelve tan difícil penetrar con la mirada las constelaciones {proporciones} de las elecciones de objeto e identificaciones primitivas, y todavía más difícil describirlas en una sinopsis. Podría ser también que la ambivalencia comprobada en la relación con los padres debiera referirse por entero a la bisexualidad, y no, como antes lo expuse, que se desarrollase por la actitud de rivalidad a partir de la identificación.”

²²⁶ *Análisis terminable e interminable* [1937, XXIII, 254].

²²⁷ Ver *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 178]: “[la niña] es presa de la envidia del pene, que culmina en el deseo de ser un varón, deseo tan importante luego.”

ecuación simbólica pene = hijo puede abrir a la niña el camino de la feminidad. Pero al mismo tiempo que instituye en ella su condición de mujer, la castración “con insólita frecuencia” deja en ella el deseo de masculinidad:

“[...] en la mujer el querer-alcantar la masculinidad es acorde con el yo en cierta época, a saber, en la fase fálica, antes del desarrollo hacia la feminidad. Pero luego sucumbe a aquel sustantivo proceso de represión, de cuyo desenlace, como a menudo se ha expuesto, dependen los destinos de la feminidad. Mucho importa, para estos, que se haya sustraído de la represión en bastante medida el complejo de masculinidad, influyendo de manera permanente sobre el carácter; grandes sectores del complejo son trasmutados de manera normal para contribuir a la edificación de la feminidad; del insaciable deseo del pene devendrán el deseo del hijo y del varón, portador del pene. Pero con insólita frecuencia hallaremos que el deseo de masculinidad se ha conservado en lo inconciente y despliega desde la represión sus efectos perturbadores.”²²⁸

Así, pues, la castración —el hecho fundador del sujeto dividido, sexuado y parlante— instituye en él los rasgos de la masculinidad y de la feminidad, si aún pueden llamarse así, que de esa forma no constituirían un punto de partida, una condición previa a la constitución del sujeto, sino el resultado específico de ese proceso social que lo constituye, un destino que nutrirá sus avatares y urdirá su trama vital.

²²⁸ *Análisis terminable e interminable* [1937, XXIII, 252].

7. El recorrido del sujeto: de Lacan a Freud

Cuatro grupos de hechos configuran sexualmente a un sujeto: su anatomía, inscrita de una cierta forma en el lenguaje (“hombre” o “mujer”); su elección de meta, definida como una cierta “modalidad de satisfacción” (el goce, dirá Lacan) que se determina en el curso de la castración y se actualiza en la pubertad, como una cierta posición frente al tener y no tener falo; su elección de objeto, propiciada en el curso del proceso de identificaciones propias del complejo de Edipo; y la mascarada, conjunto de estrategias a través de las cuales el sujeto establece su vínculo con el otro, incluido el otro que es su propio cuerpo y aquel Otro social y abstracto que todo parlante supone. De los cuatro hechos se ha hablado, de manera más o menos implícita, a lo largo de este trabajo.

Corresponde ahora hacer una recapitulación de cada uno de ellos. Se dejará de lado el de la elección de objeto, tratado ya en detalle; para Freud y Lacan, además, no es parte del proceso de la sexuación propiamente dicha. Esta recapitulación intentará traer a colación, más que en los capítulos anteriores, los conceptos elaborados por Lacan a partir de su relectura de Freud. La sexuación sería el resultado específico de la castración, la cual anudaría un proceso que tiene lugar en lo simbólico –la inscripción de la diferencia anatómica–, con un proceso en lo real –la institución de una forma de goce– y un tercer proceso que tiene lugar en lo simbólico y lo imaginario –la mascarada. El capítulo propone además a manera de preguntas una serie de hipótesis en torno a las fórmulas de la sexuación y a lo que significa el enigma de la mujer y el goce suplementario de que habla Lacan.

La sexuación

Freud distingue claramente, desde la temprana fecha de 1905 la elección de objeto del proceso que establece “el carácter y los atributos sexuales”. En *Tres ensayos sobre sexualidad* [1905], señala que un hombre puede tener el carácter de la virilidad y ostentar los emblemas de ésta, y al mismo tiempo elegir un objeto masculino; en *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920], subraya que puede haber inversión de objeto (elegir como objeto a una persona del mismo sexo) o inversión de sujeto (presentar los rasgos de la sexualidad del sexo opuesto).

Una primera cuestión que se aclara a partir de esta diferencia, es que la sexuación propiamente dicha, esto es, la adopción de lo que Freud llama “el carácter y los atributos” de la feminidad o de la masculinidad, no depende de que el objeto sexual escogido tenga una anatomía masculina o femenina. ¿De qué depende, entonces? Esta pregunta lo enfrenta a la siguiente, relevada desde 1905 y nunca resuelta por Freud: ¿en qué consisten los caracteres de la feminidad y de la masculinidad, o más aún, en qué consiste la feminidad y la masculinidad? Durante muchos años Freud quiso creerse satisfecho de reducir la diferencia entre feminidad y masculinidad a la que existe entre pasividad y actividad; esta solución “insuficiente” siempre le produjo una inconformidad que no dejó de crecer con el tiempo. En sus últimos escritos sostiene, según se vio, que es más preciso reducir la diferencia entre feminidad y masculinidad a la diferencia entre la búsqueda de metas pasivas y la búsqueda de metas activas, búsquedas que en todo caso requiere de una gran dosis de actividad; se trata según Freud de dos “modalidades de satisfacción”, lo que Lacan llamaría “dos formas de goce”. La feminidad quedaría alineada con la búsqueda de metas pasivas y la masculinidad con la búsqueda de metas activas. Sin embargo, inmediatamente Freud hace la salvedad de que en las mujeres y los hombres singulares pueden presentarse los dos tipos de metas, con lo cual la diferencia entre la feminidad y la masculinidad queda bastante relativizada.

Así, pues, dos procesos independientes se abren como encrucijadas sexuales del sujeto: la elección de *objeto* sexual y la elección de *meta* sexual. Sobre la elección de objeto sexual, señala Freud que sus orígenes se encuentran en el proceso identificatorio inherente al complejo de Edipo: es desde el modelo que les ofrecen sus progenitores que el niño y la niña toman las pautas que seguirá en el futuro su búsqueda de objetos sexuales.²²⁹ Sobre la elección de meta, señala Lacan que constituye un resultado de la castración, en el curso de la cual se instituye el significante falo y el sujeto adopta frente a él una determinada posición: tener o no tener, tener o ser.²³⁰ De esta

²²⁹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 214-215]: “[...] hallamos que la elección de objeto es guiada por los indicios infantiles, renovados en la pubertad, de inclinación sexual del niño hacia sus padres y los encargados de cuidarlo, y, desviada de estas personas por la barrera del incesto erigida entretanto, se orienta hacia otras semejantes a ellas.”

²³⁰ Miller [1992c, 153]: “¿Cómo se subjetiva la existencia o inexistencia del pene en el cuerpo? Para responder de manera clara, elemental, preliminar, se subjetiva con el modo del tener, del *tengo* o *no tengo*. Freud creía que esta subjetivación era decisiva para la orientación del sujeto. La subjetivación del

experiencia que es la castración surge una cierta forma con que el sujeto se relaciona con su falta en ser y una cierta forma de deseo.

Ahora bien, ¿qué relación guardan estos dos procesos, la elección de objeto y la elección de meta, con la diferencia anatómica? ¿No dijo Freud, al menos dos veces, que la diferencia anatómica constituye el destino del ser humano? La diferencia anatómica es central en ambos procesos, porque atraviesa la constitución toda del lenguaje y divide al ser humano en dos significantes, hombre y mujer. Con la castración se produce lo que Miller llama la subjetivación del sexo, que hace del pene el significante falo, frente al cual el sujeto se coloca en el registro del tener o del no tener; esta subjetivación del sexo sería para él lo que Lacan denomina la sexuación.²³¹ Así, pues, la castración, según se vio, es resultado de la relación con la palabra: con la palabra que reprende la masturbación e instituye la prohibición del incesto, dice Freud; con la palabra que pone un límite al goce e instituye la ley, dice Lacan. Y es ella, la palabra puesta en juego en la crianza del cachorro humano, la que eleva la diferencia entre los genitales a una diferencia entre los sexos, ella, portadora de la polaridad ausencia/presencia, la que instituye la falta de pene en la niña y la falta en tener en el niño, la que introduce la castración como amenaza de castigo y como castigo consumado. Pero es además la palabra, anclada en ese significante tan particular que es el falo, originado con la castración, la que establece un imponente conjunto de normas que, como dice Freud, “marcan la diferencia entre los sexos con los más notorios indicios.”²³²

Es oportuno comentar la siguiente nota, ya citada en los capítulos precedentes, que Freud añade en 1915 a *Tres ensayos*:

“Es indispensable dejar en claro que los conceptos de ‘masculino’ y ‘femenino’, que tan unívocos parecen a la opinión corriente, en la ciencia se cuentan entre los más confusos y deben descomponerse al menos en *tres* direcciones. Se los emplea en el sentido de *actividad* y *pasividad*, o en el sentido *biológico*, o en el *sociológico*. El primero de estos tres significados es el esencial, y el que casi siempre se aplica en el psicoanálisis. A eso se

pene significa que asume una significación, y este hecho hace de él el falo. Subjetivación equivale así a significación.”

²³¹ Miller [1992c, 152-154].

²³² *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX, 189]. La cita ha sido ligeramente modificada.

debe que en el texto la libido se defina como activa, pues la pulsión lo es siempre, aún en los casos en que se ha puesto una meta pasiva. El segundo significado, el biológico, es el que admite la más clara definición. Aquí, masculino y femenino se caracterizan por la presencia del semen o del óvulo, respectivamente, y por las funciones que de estos se derivan. La actividad y sus exteriorizaciones colaterales (mayor desarrollo muscular, agresión, mayor intensidad de la libido) suelen, en general, ir soldados con la virilidad biológica; pero no es un enlace necesario, pues existen especies animales en las que estas propiedades corresponden más bien a la hembra. El tercer significado, el sociológico, cobra contenido por la observación de los individuos masculinos y femeninos existentes en la realidad. Esta observación muestra que en el caso de los seres humanos no hallamos una virilidad o una feminidad puras en sentido psicológico ni en sentido biológico. Más bien, todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos.”²³³

De acuerdo con esta nota, la diferencia entre los sexos se establece en tres registros, que pueden entenderse mejor a partir de la diferencia introducida por Lacan entre lo simbólico, lo real y lo imaginario. El primero de ellos, que Freud considera el esencial, la elección de metas sexuales, refiere a una diferencia en “los modos de satisfacción”, denominados por Lacan “formas del goce” y que para él pertenece al ámbito de lo real. El segundo de ellos, que Freud llama “biológico”, el de la diferencia anatómica, es instituido por la palabra, según se ha visto, y Lacan lo confinaría en lo simbólico. En el tercero, finalmente, el de los seres humanos que traban vínculos y adolecen de las ambivalencias propias de una forma de gozar y de su inserción en la palabra, que Freud llama “sociológico”, se anuda a los dos anteriores un tercero, el registro de lo imaginario, para crear el espacio donde los hablantes procuran distinguirse “con los más notorios indicios”, el de

²³³ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 200]. Nota añadida en 1915.

la mascarada y el semblante, diría Lacan. Palabra, goce e imagen se articulan, pues, para dar a luz a los seres sexuados que somos.

La diferencia anatómica

Todo el lenguaje es atravesado por una lógica binaria, opositiva. Las oposiciones significantes no existen en lo real, sino que constituyen el medio a través del cual el mundo real es apropiado por el ser hablante y organizado como realidad:

“El día y la noche, el hombre y la mujer, la paz y la guerra; podría enumerar todavía otras oposiciones que no se desprenden del mundo real, pero le dan su armazón, sus ejes, su estructura, lo organizan, hacen que, en efecto, haya para el hombre una realidad, y que no se pierda en ella. La noción de realidad tal como la hacemos intervenir en el análisis, supone esa trama, esas nervaduras de significantes.”²³⁴

La estructura del lenguaje proporciona esas oposiciones significantes que constituyen la realidad como la conocemos los seres humanos: “los fonemas son, ante todo, entidades opositivas, relativas y negativas.”²³⁵ Esas oposiciones preexisten al sujeto y modelan el habla mucho antes de que se perciba la diferencia anatómica; pero en la institución de la diferencia anatómica que la palabra porta, son apuntaladas hasta el punto en que a todos los seres, y aún más, a todos los entes animados o inanimados, se les atribuye un sexo: ¿cuántos sustantivos (“persona cosa o animal”) no tienen en cualquier lengua algún género, ya sea masculino o femenino?

En efecto, el primer significativo del ser humano al llegar al mundo, e incluso varios meses antes, refiere a la presencia o ausencia de pene: “¡es un varón!”, “¡es una niña!” La palabra, desde un principio, transforma su pequeño órgano urinario, si es un varoncito, o la ausencia de dicho instrumento, si es una niña, en el principal emblema de su identidad: ¡una niña! ¡un varón! Y así será a partir de entonces:

²³⁴ *Seminario 3: Las psicosis* [25 de abril de 1956, 284]. Ver Morel [2000, 43]: “Las representaciones imaginarias de la relación sexual se basan en una polaridad, una dualidad imaginaria: el hilo y la aguja, el varón y la niña, el pene y la vagina, el más y el menos, el *yin* y el *yan*, etc. Esas dualidades hacen creer en la relación sexual, alimentan su ficción. Pero estos pares imaginarios no hacen más que encubrir, velándola, la imposibilidad de un ‘dos’ representable como relación en el inconciente.”

²³⁵ de Saussure [1983, 192]

“Masculino y femenino es la primera diferencia que ustedes hacen cuando se encuentran con otro ser humano, y están habituados a establecerla con resuelta certidumbre.”²³⁶

A partir de ese significativo se organiza toda la inserción del sujeto en el mundo humano: el color de sus primeras prendas de vestir, el nombre con que se le bautiza, la tonalidad de los sentimientos hacia él de su madre, su padre, sus hermanas y hermanos, los cuidados que se le dispensan... Esta diferencia es exacerbada en infinitos gestos a lo largo de la vida: al vestir, al cortarse el pelo, al sentarse y agacharse, al ir al baño, en la repartición de las tareas domésticas, en los juegos infantiles, en la selección del argot, al escoger a quién parecerse cuando grande... Y ni qué decir cuando se le estimula a coquetear con otros niños, al escoger el primer novio o la primera novia ¡que en ningún caso, desde luego, puede ser del mismo sexo! Y después será en la escogencia de la profesión, en la inserción en la comunidad. Al punto que todo el curso de la vida queda marcado por ese primer significativo: ¡es niña! ¡es varón!

Esta construcción simbólica se funda en una diferencia anatómica que es aprehendida por el lenguaje, y todo el aparato simbólico magnifica esa diferencia y la eleva al rango de principio organizador de todos los sustantivos. A ningún rasgo del cuerpo humano concede el lenguaje una preeminencia semejante. Es a partir de la ausencia o presencia de ese rasgo específico que se establece la diferencia simbólica entre los sexos:

“La diferenciación simbólica de los sexos se instaure porque el falo está o no está, y sólo en función de que está o no está.”²³⁷

Por ejemplo, ¿de cuántos interlocutores sabemos si son diestros o zurdos? Esa es una diferencia anatómica que también tiene efectos reales, especialmente para los zurdos, que deben desempeñarse en un mundo construido para diestros; pero nadie va por el mundo registrando si las personas que encuentra son zurdas o diestras; por el contrario, resulta muy extraño que al ver a una persona, aunque sólo sea por unos instantes, no se registre con relativa seguridad si es hombre o mujer. Puede olvidarse su nombre, su estatura, el color de sus ojos, pero ¿olvidar qué sexo tenía? Como dice Freud, lo primero

²³⁶ Conferencia 33: *La feminidad* [1933, XXII, 105].

²³⁷ Seminario 4: *La relación de objeto* [30 de enero de 1957, 155]

que se hace al encontrar a una persona es clasificarla, a partir de los rasgos que presenta, en “hombre” o “mujer”. Sólo detrás de esa escisión significativa llegarán las otras: joven o viejo, blanco o negro, local o extranjero, rico o pobre, simpático o antipático... El ser humano es hombre o mujer por un efecto significativo, y sólo a partir de ese punto de encrucijada (“ese trivio”, para retener la palabra usada por Sófocles) se escinden los caminos, siempre (im)pulsados e imputados por la palabra. En palabras de Lacan:

“No hay la más mínima realidad prediscursiva, por la buena razón de que lo que se forma en colectividad, lo que he denominado los hombres, las mujeres y los niños, nada quiere decir como realidad prediscursiva. Los hombres, las mujeres y los niños no son más que significantes.”²³⁸

Esos registros del ser que hacen de una persona un hombre y de otra persona una mujer, si “están en algún lado, a fin de cuentas, están en las palabras.”²³⁹ Es lo que ha dicho Lacan al señalar que el tránsito por el complejo de Edipo da acceso a la realidad humana, ya que ese tránsito, que culmina con la castración, dota al ser humano de estructura:

“[...] el complejo de Edipo es esencial para que el ser humano pueda acceder a una estructura humanizada de lo real [...] para que haya realidad, para que el acceso a la realidad sea suficiente, para que el sentimiento de realidad sea un justo guía, para que la realidad no sea lo que es en la psicosis, es necesario que el complejo de Edipo se haya vivido.”²⁴⁰

En ese tránsito por el complejo de Edipo, que se produce a través de la castración, se le impone al sujeto la ley, una ley a través de la cual debe realizar su sexualidad –y realizarse como ser sexuado. Ley que es esencialmente una ley de simbolización y que al imponerse lo constituye como un sujeto sexuado, lo cual quiere decir incluido en y

²³⁸ *Seminario 20: Aún* [9 de enero de 1973, 44].

²³⁹ “¡Solo tu nombre es mi enemigo! ¡Porque tú eres tú mismo, seas o no Montesco! ¿Qué es Montesco? No es ni mano, ni pie, ni brazo, ni rostro, ni parte alguna que pertenezca a un hombre. ¡Oh, sea otro tu nombre! ¿Qué hay en tu nombre? ¡Lo que llamamos rosa exhalaría el mismo grato perfume con cualquiera otra denominación!” *La tragedia de Romeo y Julieta* [escena 2, acto II, 274].

²⁴⁰ *Seminario 3: Las psicosis* [25 de abril de 1956, 283].

determinado por la segregación evocada por Lacan entre “caballeros” y “damas”: sólo se puede advenir al mundo humano, al mundo del lenguaje, como hombre o como mujer; y sólo se es hombre y mujer, en definitiva, en virtud de esa determinación simbólica. Precisamente al comentar un pasaje en que Lacan presenta un diagrama en que se revela la inexistencia de una diferencia imaginaria entre los sexos, Zizek comenta:

“Is it possible to state in clearer terms that sexual difference does not designate any biological opposition grounded in ‘real’ properties but a purely symbolic opposition to which nothing corresponds in the designated objects –nothing but the Real of some undefined x that cannot ever be captured by image of the signified?”²⁴¹

Desde luego que, como dice Morel, la diferencia entre los hombres y las mujeres no se reduce a una diferencia signifiicante:

“[...] en el caso de la diferencia sexual, las oposiciones significantes no logran traducir la alteridad en cuestión en la relación hombre-mujer; no son más que su signo, su índice, en tanto que lo real está en otra parte: en las modalidades de goce del sujeto en su relación con el otro sexo.”²⁴²

Pero al encarnarse en el sujeto con la castración, esa oposición signifiicante –hombre/mujer– funda las demás diferencias entre unos y otras. Una de las diferencias fundadas por esa oposición signifiicante es la señalada por Morel: las modalidades del goce del sujeto frente al otro sexo. Pero esa diferencia se incluye en una serie mucho más vasta, que no tendría que ser menos signifiicativa, dada por el conjunto de estrategias con que el sujeto se juega no solo su goce sino también su imagen y su palabra frente al otro. Quizás ese conjunto de estrategias constituyan lo que Evans denomina “la posición subjetiva”

²⁴¹ Zizek [2002, 63]. Traducción del autor: “¿Es posible establecer de manera aún más clara que la diferencia sexual no designa ninguna oposición biológica fundada en una propiedad “real” sino una oposición puramente simbólica a la cual nada corresponde en los objetos designados –nada salvo lo Real de algún indefinido x que no puede nunca ser capturado por la imagen de lo signifiicado?”

²⁴² Morel [2000, 86]

representada por cada uno de esos dos significantes fundadores, “hombre” y “mujer”:

“Para Lacan la masculinidad y la feminidad no son esencias biológicas sino posiciones simbólicas, y la asunción de una de ellas es fundamental para la construcción de la subjetividad; el sujeto es esencialmente un sujeto sexuado. ‘Hombre’ y ‘mujer’ son dos significantes que representan estas dos posiciones subjetivas.”²⁴³

Las modalidades de satisfacción: el goce fálico

Como se ha visto, al intentar referirse a la diferencia entre los sexos, Freud durante mucho tiempo ofreció una respuesta que lo dejaba abiertamente insatisfecho: lo masculino se liga a la actividad y lo femenino a la pasividad. En *Sobre la sexualidad femenina* [1931] y sobre todo en *La feminidad* [1932] introduce una importante precisión en esa formulación. Señala que en realidad se trata de una diferencia entre las metas sexuales: lo masculino se reduciría a la búsqueda de metas activas y lo femenino a la búsqueda de metas pasivas, y aclara que esto es muy diferente de actividad y pasividad; el segundo de ambos textos señala que la búsqueda de metas pasivas puede requerir una gran dosis de actividad. De esta forma la adopción de un carácter masculino o un carácter femenino se reduciría a una diferencia en las modalidades de satisfacción, la adopción de metas sexuales activas o pasivas.

Esta elección de metas activas o pasivas no guarda relación con la elección de objeto sexual: un individuo que persigue metas activas podría escoger como objeto sexual a un hombre tanto como a una mujer. Pero tampoco guarda relación con la anatomía del individuo: la prosecución de metas activas o pasivas puede estar presente tanto en hombres como en mujeres. Freud lo señala en diversos lugares, como por ejemplo en la nota añadida en 1915 a *Tres Ensayos*, comentada en este capítulo; o en el estudio sobre el caso de la joven homosexual, quien tiene una anatomía femenina y escoge perseguir metas activas (se comporta como un hombre: prefiere amar que ser amada) y al mismo tiempo un objeto femenino:

“[...] en su conducta hacia su objeto de amor había adoptado en todo el tipo masculino, vale decir, [...] la

²⁴³ Evans [1996, 71]

preferencia por amar antes que ser amado. Por tanto, no sólo había elegido un objeto femenino; también había adoptado hacia él una actitud masculina.”²⁴⁴

Ahora bien, Freud considera que las mujeres tienen una mayor predilección por la elección de metas pasivas. En *La feminidad* Freud adelanta una hipótesis de la razón de este comportamiento: debido a su mayor narcisismo, que las hace preferir ser amadas antes que amar:

“Adjudicamos a la feminidad, pues, un alto grado de narcisismo, que influye también sobre su elección de objeto, de suerte que para la mujer la necesidad de ser amada es más intensa que la de amar.”²⁴⁵

Atribuir la predilección de la mujer por metas pasivas al mayor grado de narcisismo no resuelve la cuestión, sino que la transfiere: ¿por qué sería más narcisista la mujer? En *La feminidad* [1932] señala que esta predilección de la mujer por metas pasivas podría explicarse parcialmente por el influjo que ejercen sobre ellas las normas sociales.²⁴⁶ De hecho, el lenguaje coloquial expresa de alguna forma la diferencia de roles y coloca a las mujeres en el lugar de prestarse, mientras que a los hombres en el de prestar, como señala el estudio de Alain Corbin:

“Mientras que los hombres, familiarizados con el lenguaje prostibulario, dicen haber ‘acometido’, ‘descargado’, ‘llenado’ a la pareja, las mujeres confiesan haber ‘sucumbido’, haberse ‘abandonado’, haber ‘concedido sus favores’... El dimorfismo del lenguaje corresponde al de los roles sexuales.”²⁴⁷

Pero independientemente del peso relativo que tengan en la explicación de la propensión femenina hacia las metas pasivas, lo cierto es que tanto las normas sociales como el narcisismo deberían encontrar un asidero en el hecho fundador del sujeto. En efecto, del repaso hecho sobre el pensamiento de Freud podría colegirse que la asimetría en las modalidades del goce guarda relación con la asimetría de la posición que niños y niñas adoptan frente al significante falo en

²⁴⁴ *Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina* [1920, XVIII, 148].

²⁴⁵ *Conferencia 33: la feminidad* [1932, XXII, 212].

²⁴⁶ *Conferencia 33. La feminidad* [1932, XXII, 107].

²⁴⁷ Alain Corbin et al [2005. II, 178]

el curso del complejo de castración.²⁴⁸ Esta posición termina de definirse tras el periodo de latencia, en el curso de la pubertad. Según se ha dicho, en la pubertad la niña sufre una oleada represiva que, en el último de los tres posibles caminos señalados por Freud —el camino hacia la feminidad—, suprime lo que su sexualidad conservaba de masculino, esto es, lo que en el contexto de la envidia del pene y el complejo de masculinidad conservaba de metas activas, y la dispone para una actitud de *ser* el objeto del deseo para otro —lo cual incluye el deseo de darle a ella un hijo—;²⁴⁹ mientras tanto, el empuje libidinal que tiene lugar en la pubertad del niño le ayuda a éste a enfrentar su angustia de castración a través de prácticas que lo reaseguren en su ilusión de tener. En palabras de Lacan:

“[...] esas relaciones [...] entre los sexos girarán alrededor de un ser y de un tener que, por referirse a un significante, el falo, tienen el efecto contrariado de dar por una parte realidad al sujeto en ese significante, y por otra parte irrealizar las relaciones que han de significarse. Esto por la intervención de un parecer que se sustituye al tener, para protegerlo por un lado, para enmascarar la falta en el otro, y que tiene el efecto de proyectar enteramente en la comedia las manifestaciones ideales o típicas del comportamiento de cada uno de los sexos, hasta el límite del acto de la copulación.”²⁵⁰

En ambos casos, el ser y el tener frente a ese significante que es el falo, constituyen la posición frente a una carencia, la carencia que deja en el ser humano la entrada en el lenguaje. Ninguno de los dos sexos posee el falo ni lo es; tanto uno como otro adolecen de una falta, una falta en ser tanto como en tener; pero en “la comedia de las manifestaciones” juegan a un “pareser” con el cual buscan ocultar-se

²⁴⁸ Braunstein [1990, 34-35]: “Es allí donde se le presenta a Freud la cuestión de la heterogeneidad de los goces y lo que lo lleva a la sucesión de escritos en los que trata de dar cuenta de la asimetría de los goces masculino y femenino a partir de la asimetría que el complejo de castración padecido por ambos determina con relación al falo. Cuestión de la heterogeneidad de los goces que ocupará a Lacan en su esfuerzo por responder a la pregunta freudiana: ¿qué quiere una mujer?”

²⁴⁹ Quizás en esta represión de la inclinación por metas activas, que a menudo se da en el contexto de una represión de toda sexualidad en la mujer, se encuentra la mejor disposición de la mujer para trascender el goce fálico y alcanzar ese goce suplementario que Lacan atribuye a algunas mujeres.

²⁵⁰ *La significación del falo* [1958, II, 673-674]

la falta. Ese juego atraviesa todas las relaciones entre los sujetos, y su realidad constituye el colorido mundo del semblante y la mascarada.

Ahora bien, nunca se hará el suficiente énfasis en lo siguiente: La posición del sujeto frente al significante falo y su relación con el goce, son por completo independientes de su anatomía. Ello es así porque, según se ha visto, los efectos de la castración son inciertos, pues aunque el dispositivo propende a imponer la solución heterosexual, lo hace a través de los sinuosos caminos del amedrentamiento de la masculinidad en el niño y del complejo de masculinidad en la niña, caminos cuyo trayecto nunca está completamente predeterminado. Así, los hombres y las mujeres —en el sentido anatómico— no persiguen necesariamente metas activas o pasivas ni se posicionan frente al falo desde el tener o el ser, en su orden, sino que la elección de cada uno dependerá de su propia historia personal. Es lo que sostienen tanto Freud como Lacan:

“[...] todo individuo exhibe una mezcla de su carácter sexual biológico con rasgos biológicos del otro sexo, así como una unión de actividad y pasividad, tanto en la medida en que estos rasgos de carácter psíquico dependen de los biológicos, cuanto en la medida en que son independientes de ellos.”²⁵¹

“[...] los hechos clínicos [...] demuestran una relación del sujeto con el falo que se establece independientemente de la diferencia anatómica de los sexos [...].”²⁵²

La mascarada

El humano adviene al mundo del lenguaje y constata que el cuerpo que habita está marcado por la palabra; su principal marca es su sexo, nominado por la presencia o la ausencia de *hace-pipi*: ¡es un varón! ¡es una niña! El ser humano debe lidiar el resto de su vida con ese significante, y todas sus estrategias vinculares, desde la elección de objeto sexual hasta sus más mínimos gestos, dan cuenta de él. La mascarada constituye el conjunto de estrategias con que el sujeto realiza su recorrido cargando a costas esa palabra que lo marca y demarca.

²⁵¹ *Tres ensayos de teoría sexual* [1905, VII, 200]. Nota añadida en 1915.

²⁵² *La significación del falo* [1958, II, 666]

Hay dos textos de Freud que colocan en especial lugar el tema que ocupa este apartado. El primero de ellos, proveniente de *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908], es utilizado como epígrafe de este trabajo:

“Si pudiéramos considerar con ojos nuevos las cosas de esta tierra, renunciando a nuestra corporeidad, como unos seres dotados sólo de pensamiento que provinieran de otros planetas, acaso nada llamaría más nuestra atención que la existencia de dos sexos entre los hombres, que, tan *semejantes* como son en todo lo demás, marcan sin embargo su diferencia con los más notorios indicios.”²⁵³

Todas las épocas de la historia humana, en todas las culturas, tienen en común ese afán por poner de relieve la diferencia entre los sexos, y en casi todos los cuerpos normativos se castigan los intentos de infringir la norma que demarca a los unos y a las otras. Por ejemplo en el Antiguo Testamento:

“La mujer no llevará artículos de hombre ni el hombre se vestirá con ropas de mujer, porque el que así obra es abominable para el señor, tu dios.”²⁵⁴

Lo relevante del texto recién citado de Freud no es que llame la atención sobre los afanes por distinguir a hombres de mujeres, sino el contraste que establece entre “los más notorios indicios” con que los seres humanos marcamos la diferencia entre los dos sexos, y el hecho de que *en todo lo demás* seamos *tan semejantes*. Vale la pena descomponer su argumento. Hay tres pasos. En primer lugar, constata la existencia de dos sexos, lo cual hace referencia a la diferencia anatómica: la existencia de dos sexos es establecida por la presencia y la ausencia de pene –por lo demás, un efecto del lenguaje, según se ha dicho. En segundo lugar, señala que en todo lo demás los seres humanos son semejantes entre sí. Y en tercer lugar, observa que a pesar de que en todo lo demás sean tan semejantes, los seres humanos se afanan en marcar “su diferencia con los más notorios indicios.” El argumento es construido como si las diferencias entre los sexos –más allá de la ausencia o presencia de pene– fueran resultado solamente de esa demarcación, simples indicios que buscan poner en relieve una frontera trazada, finalmente, por la palabra.

²⁵³ *Sobre las teorías sexuales infantiles* [1908, IX, 189].

²⁵⁴ Antiguo Testamento [Deuteronomio, capítulo 22, versículo 5, 278].

Es posible argüir que algo establece una demarcación entre los sexos, más allá de la palabra y la imagen, que tiene que ver con eso que Freud llama “modo de satisfacción”, el “goce” de Lacan. Sin embargo, el goce aparece como tal también producto de la palabra, en el sentido de que el goce se origina en la palabra que lo prohíbe.²⁵⁵ ¿No es finalmente en la castración, un efecto del lenguaje, que encuentran su origen “las modalidades de satisfacción” que Freud ha señalado como la principal diferencia entre hombres y mujeres?

El otro texto de Freud relacionado con este tema es el pasaje ya citado de *La feminidad* [1932], donde se refiere al influjo que pueden ejercer las normas sociales sobre la predilección de las mujeres por la metas pasivas:

“No obstante, debemos cuidarnos de pasar por alto la influencia de las normas sociales, que de igual modo esfuerzan a la mujer hacia situaciones pasivas. Todo esto es todavía muy oscuro.”²⁵⁶

Esta observación abre toda la discusión sobre las relaciones de poder entre los sexos, que por supuesto escapa a los objetivos de este trabajo. No obstante, esas normas sociales se organizan a partir de una diferencia establecida por el lenguaje y propician gran parte de los comportamientos que marcan “con notorios indicios” la diferencia entre los sexos. Esto relativiza la importancia que tiene la asimetría en las modalidades de satisfacción en la escisión del ser humano en dos sexos diferentes, máxime si se recuerda que la repartición de esas dos modalidades de satisfacción no va de la mano con la repartición de los significantes “hombre” y “mujer”.

Joan Rivière [1929] denominó “mascarada” al subconjunto de esas normas sociales y de los indicios correlacionados con ellas, tendientes a instituir una diferencia entre hombres y mujeres. Es un término acuñado por ella a propósito de la mujer, que puede extenderse al conjunto de los seres hablantes. La mascarada es, como se dijo, un conjunto de estrategias a través de las cuales el sujeto se presenta ante el otro: ante el otro ser humano, ante el otro sexo, ante el otro que es su cuerpo; estrategias que dan lugar a vínculos más o menos

²⁵⁵ *Seminario 20: Aún* [19 de diciembre de 1972, 33-34]: “El significante es la causa del goce. Sin el significante, ¿cómo siquiera abordar esa parte del cuerpo? ¿Cómo, sin el significante, centrar ese algo que es la causa material del goce? [...] Por ser su término, el significante es lo que hace alto al goce.”

²⁵⁶ *Conferencia 33. La feminidad* [1932, XXII, 107].

conflictivos con cada uno de esos otros y cuya narración constituye la historia del sujeto.

Con la mascarada se intenta, en primer lugar, trascender el hiato que el lenguaje impone entre el sujeto y su propio cuerpo, el cual se le presenta como una ajenidad, como algo que *tiene* pero que él *no es*. Efectivamente el sujeto tiene la ilusión de ser algo más allá de su cuerpo; y lo es: como dice Lacan, el sujeto es un efecto del lenguaje. Pero la contrapartida de esa ilusión es que su cuerpo se le presenta como otro. Gran parte de los gestos y comportamientos del sujeto, desde su forma de vestir hasta su personalidad, constituyen intentos por presentar su cuerpo de tal manera que lo represente aproximadamente como él se imagina a sí mismo y así reducir el hiato que lo separa de él. Con la mascarada se intenta, en segundo lugar, presentarle el cuerpo al otro como el sujeto que se pretende, pues el intento de reducir el hiato entre el sujeto y su cuerpo se juega en la relación especular que se establece con el otro: es en el otro que el sujeto se procura el tipo de (re)querimiento que de una u otra forma confirma o niega *eso* que considera *ser*.²⁵⁷

Es en ese conjunto de gestos y comportamientos al fin y al cabo especulares pero inscritos en la cadena significativa, que el sujeto encuentra una identidad y consigue apaciguar en algún grado la angustia de sentir que no es amo en su casa. Una de las fuentes de angustia que debe apaciguar, provocada por ese hiato entre su cuerpo y su ser, se refiere precisamente a su propia identidad sexual: ¿soy hombre o mujer? Lo cual explica que la mayor parte de los emblemas con que el sujeto intenta domeñar su cuerpo, son propios ya de la feminidad, ya de la masculinidad, y “marcan la diferencia con los más notorios indicios.”

Ahora bien, ¿hay algo, más allá de la mascarada? El ser humano siempre aspira a encontrar algo “auténtico” más allá de lo que se

²⁵⁷ *Capital* [1867, I, 65, nota 18]: “En cierto modo, con el hombre sucede lo mismo que con la mercancía. Como no viene al mundo con un espejo en la mano, ni tampoco afirmando, como el filósofo fichtiano, ‘yo soy yo’, el hombre se ve reflejado primero sólo en otro hombre. Tan sólo a través de la relación con el hombre Pablo como igual suyo, el hombre Pedro se relaciona consigo mismo como hombre. Pero con ello también el hombre Pablo, de pies a cabeza, en su corporeidad paulina, cuenta para Pedro como la forma en que se manifiesta el *genus* [género] hombre.”

presenta en la superficie.²⁵⁸ No obstante, he aquí una misma respuesta radical, formulada por tres autoras que comentan a Joan Rivière:

“There is no absolute femininity beneath the veil, only a set of ontologically tenuous codes that normatively induce the feminine subject into the social practice of ‘being’ woman through mimesis and parroting.”²⁵⁹

“[...] la feminidad es una máscara, un disfraz que las mujeres utilizan para ajustarse a las construcciones sociales de lo que se entiende por ‘ser mujer’ [...].”²⁶⁰

“Joan Rivière se pregunta acerca de la diferencia entre la feminidad, como disfraz y la verdadera feminidad. Dice: ‘que la feminidad sea fundamental o superficial, siempre es lo mismo’. Y esto es, podemos añadir, porque no existe una esencia femenina. Tanto la posición femenina como la masculina son resultado de la inclusión del ser hablante en el lenguaje.”²⁶¹

Rivière, al igual que las autoras recién citadas, se formula la pregunta con referencia exclusivamente a la feminidad, y responde de una manera tan sorprendente como categórica:

“Womanliness therefore could be assumed and worn as mask, both to hide the possession of masculinity and to avert the reprisals expected if she was found to possess it –much as a thief will turn out his pockets and ask to be searched to prove that he has not stolen the goods. The reader may now ask how I define womanliness or where I draw the line between genuine womanliness and the masquerade. My suggestion is not, however, that there is

²⁵⁸ “El ornamento no es, pues, más que la orilla falaz de una mar peligrosa.”. *El Mercader de Venecia* [escena 1, acto III, 1168].

²⁵⁹ Apter [1992, 243]. “No hay una feminidad absoluta detrás del velo, solo una serie de códigos ontológicamente endeble que inducen normativamente al sujeto femenino a desplegar una práctica social de ‘ser’ mujer a través de la imitación y el remedo.” Traducida por el autor.

²⁶⁰ Wright [2000, 45].

²⁶¹ Tendlarz [2002, 61].

any such difference; whether radical or superficial, they are the same thing.”²⁶²

No hay ninguna diferencia entre la feminidad y el conjunto de gestos y actitudes que constituyen la mascarada, porque no existe ninguna esencia de lo femenino más allá del juego de las apariencias.²⁶³ Este argumento podría generalizarse a los hombres: no habría ninguna diferencia entre la masculinidad y el conjunto de gestos y actitudes que constituirían la mascarada masculina, por la misma razón de que no hay una esencia masculina más allá de las apariencias. Con lo cual la diferencia entre la masculinidad y la feminidad se reduciría a las diferencias entre esos conjuntos de gestos y abalorios que son las mascaradas masculina y femenina. Lacan lo señala en un sorprendente pasaje de *Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* que no se cita a menudo:

“Si llevamos las cosas al extremo hasta podría decirse que el ideal viril y el ideal femenino están figurados en el psiquismo por algo distinto de la oposición actividad-pasividad de la que hablaba antes. Pertenecen en verdad a lo designado por un término que no introduje yo, un término que una psicoanalista endilgó a la actitud sexual femenina –la mascarada.”²⁶⁴

Así, pues, como dice Paul Valéry, “la piel es lo más profundo del hombre”. No hay hombres y mujeres “más allá de la biología”. Lo que sí hay es estrategias del sujeto para conciliarse con su sexo anatómico y con el significante que desde el nacimiento le acompaña, para

²⁶² Rivière [1929, 94]. Traducción del autor: “Así, la feminidad podría ser asumida y portada como una máscara, tanto para esconder la masculinidad que se posee, como para evitar las represalias esperadas si se evidencia -al igual que un ladrón cuando vacía sus bolsillos y pide que lo registren para probar que no ha robado nada-. El lector podría ahora preguntarse cómo defino feminidad o adónde trazo la línea entre verdadera feminidad y mascarada. Pero, lo que sugiero aquí es que no hay tal diferencia, ya sea radical o superficial, son lo mismo.” Aunque el término inglés “womanliness” se traduciría mejor al español con el neologismo “mujeridad”, en su texto, originalmente en francés, Rivière utiliza “féminité”.

²⁶³ Algo así sugería Nietzsche, en un aforismo polémico que tal vez pueda comprenderse mejor en el marco de la reflexión de Rivière: “Se considera profunda a la mujer –¿por qué?, porque en ella jamás se llega al fondo. La mujer no es ni siquiera superficial.” *Crepúsculo de los ídolos* [1887, 33].

²⁶⁴ *Seminario 11: Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis* [20 de mayo de 1964, 201]

organizar sus relaciones con los otros y con su propio cuerpo.²⁶⁵ Se trata finalmente, según se dijo, de estrategias para procurarse determinadas modalidades de goce y por tanto de procurarse el deseo del otro. Estas estrategias pasan por una negociación con la comunidad y con la cultura, dada la milenaria circunstancia de que a través de una y otra se le intenta imponer la heterosexualidad, única “solución normal” para la reproducción de la especie.

A partir de aquí es posible comprender mejor dos afirmaciones de Freud que se relacionan entre sí como las dos caras de una moneda, y que interpretadas en su conjunto podrían echar luz a esa compleja relación entre la psique y la biología que Freud no terminó de resolver. Por un lado, afirma que la diferencia anatómica no se inscribe en el inconciente: el sujeto en sí mismo no tiene sexo, sino que su inscripción subjetiva como hombre o como mujer podría interpretarse como del orden de la mascarada, esto es la respuesta con que hace frente a la determinación significativa que le acompaña desde que viene al mundo y a través de la cual intenta conciliar su cuerpo consigo mismo. Ese sería el sentido, por otro lado, de la afirmación hecha por Freud de que la anatomía es el destino: no que el sujeto sea hombre o mujer como una determinación directa de su cuerpo, sino que la inscripción de su cuerpo en el lenguaje —o mejor dicho: la inscripción del lenguaje en su cuerpo— se produce antes aún de su nacimiento y lo acompaña el resto de su vida, de manera que el signo que es ese cuerpo que es el suyo constituye el punto de partida de toda la estrategia vincular que construye su destino.

La división del sujeto: “no hay relación sexual”

El humano se produce como sujeto al hacer uso del lenguaje, que al mismo tiempo produce su cuerpo como una alteridad: la división del sujeto va acompañada de una escisión entre el sujeto y su cuerpo. Con la palabra el sujeto da una estructura humanizada a lo real y se da una realidad; pero la espina dorsal de esa estructura es la separación entre él y el resto: la separación entre él y el resto representado en el vasto horizonte que se le enfrenta como realidad, así como la separación entre él y ese resto irrepresentable para la palabra que Lacan denomina el *objeto a*. El lenguaje da al sujeto un significante para la

²⁶⁵ La afirmación de que feminidad y masculinidad se reducen a la mascarada encuentra un apoyo en la etimología: el latín *persona*, de origen etrusco (*phersu*), significaba “máscara de actor”, “personaje teatral”; de él descienden las palabras persona y personalidad.

falta, el falo, que le permite nombrarla, significante que en esa medida encarna la respuesta del sujeto a su falta de ser; al mismo tiempo recorta el goce, lo circunscribe, y así lo humaniza, lo hace accesible para el sujeto.

Es así que el sujeto surge como un efecto del lenguaje –tal como se produce el deseo–, al precio de enajenarse de su cuerpo: el sujeto se mueve por el mundo con la sensación de *tener* un cuerpo que le sirve entre otras cosas como medio de transporte y de goce, pero tiene claro *no ser* ese cuerpo, *sabe* que él mismo *es* algo diferente de su propio cuerpo –cuerpo que debería llamarse con mayor propiedad *su cuerpo impropio*. Sobre los desfiladeros del lenguaje, el sujeto puede decir, como el andaluz, “[...] yo ya no soy yo/ni mi casa es ya mi casa.”²⁶⁶ Las diferentes mitologías con que los seres humanos se representan el origen de sí mismos dan cuenta de esta escisión, que alcanza en la separación entre el alma y el cuerpo su forma más abstracta.²⁶⁷ En ese sentido, el cuerpo humano –como el goce– es un producto del lenguaje; pero un producto que se enfrenta al sujeto como su alteridad específica.²⁶⁸

Este fenómeno es común a todos los seres hablantes, independientemente de su anatomía y de la posición que adopten frente al significante falo. Es a partir de esa pérdida producida con la castración, de ese hiato que se abre entre el sujeto y su cuerpo al entrar en el lenguaje, que se vuelve posible el goce, como lo prohibido “que no sirve para nada”²⁶⁹ pero “cuya falta haría vano el universo.”²⁷⁰ El goce que conocemos surge de la castración, del advenimiento del ser humano en el lenguaje; es producto de la institución del significante falo, el significante del deseo, y es por ello que Lacan lo califica como *fálico*.²⁷¹ Ese goce fálico sería entonces la secuela del

²⁶⁶ *Romance Sonámbulo* [1924-1927, 359].

²⁶⁷ Alain Corbin et al [2005, II, 74]: “‘El mayor de nuestros enemigos es nuestro cuerpo’ escribía Alfonso María de Ligorio, a quien se atribuye la flexibilización de la teología moral en la primera mitad del siglo XIX.”

²⁶⁸ Para una excelente exposición de esta idea, ver André [1986, 237-255]. Disponible en inglés, André [1986b, 251-275].

²⁶⁹ *Seminario 20: Aún* [12 de diciembre de 1972, 11]: “¿Qué es el goce? Se reduce aquí a no ser más que una instancia negativa. El goce es lo que no sirve para nada.”

²⁷⁰ *Subversión del sujeto y dialéctica del deseo* [1960, II, 800].

²⁷¹ *Seminario 20: Aún* [21 de noviembre de 1972, 17]: “El goce, en tanto sexual, es fálico, es decir, no se relaciona con el Otro en cuanto tal.” Miller [1984, 152]: “[...] el falo es una captura y una limitación del goce por el significante y

trauma que produce esa pérdida irreversible que es la separación de su propio cuerpo: pérdida de un Goce mítico, anterior al lenguaje e ido a cambio de la palabra para siempre:

“La incorporación del ser al lenguaje es la causa de un des-tiempo definitivo e irreversible con respecto a la Cosa. [...] La consecuencia es el discernimiento, la distinción lingüística de la pluralidad y variedad de los objetos del mundo. El sujeto nace y se integra a la realidad consensual y compartida a partir de su exilio de la Cosa [...]. En el principio era el Goce pero de ese goce no se sabe sino a partir de que se le ha perdido. Porque está perdido es. Y porque el goce es, lo real, lo imposible, es lo que se persigue [...]. El goce de la Cosa está perdido, el goce sólo será posible atravesando el campo de las palabras. Pero será otro goce: fallido y evocador; nostálgico.”²⁷²

En la búsqueda de ese goce fálico con que pretende resarcirse del Goce añorado, el sujeto encuentra otros cuerpos de los que no puede gozar porque paradójicamente se lo impide el goce: el sujeto no disfruta el cuerpo del otro “precisamente porque de lo que goza es del goce del órgano”.²⁷³ El precio de la palabra para el sujeto es la pérdida de su propio cuerpo y del cuerpo del otro: paga con su cuerpo y con el cuerpo del otro su inclusión en la comunidad de los hablantes. Podría interpretarse que Lacan también expresa esto con la fórmula “no hay relación sexual”:

“Desde el momento en que el ser humano habla, estamos perdidos, se acabó esa perfección, armónica, de la copulación, que por otra parte es imposible ver en ningún lado en la naturaleza.”²⁷⁴

la castración del goce puro es, en sentido estricto, precisamente eso. El goce en tanto fálico ya es una reglamentación del goce.”

²⁷² Braunstein [1990, 32-33].

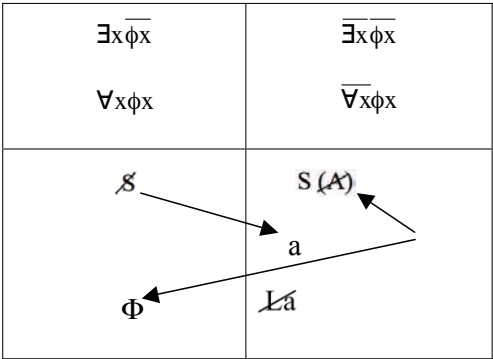
²⁷³ *Seminario 20: Aún* [12 de diciembre de 1972, 15].

²⁷⁴ *Seminario 17: El Reverso del Psicoanálisis* (17 de diciembre de 1969, 34). Esta afirmación de Lacan, acorde con el espíritu de Freud (por ejemplo en *El Malestar en la cultura*) contrasta con el intento que este tuvo en algún momento de creer en la fuerza armonizadora de Eros. No deja de ser curioso que el padre de sociobiología coincida en esta opinión de Lacan y Freud para el resto del mundo animal. Ver Wilson [1975, 314]: “Sex is an antisocial force

Las fórmulas de la sexuación

Es posible interpretar que las fórmulas de la sexuación, entre muchas otras cosas, ofrecen una formalización de esta separación entre el sujeto y el otro que se produce con la castración, separación que se da precisamente con la instauración del Otro.

En efecto, esta múltiple separación constituye la experiencia estructurante del sujeto. Con ella se instituye el anhelo junto con la imposibilidad de gozar del otro, así como la añoranza de un Goce mítico de cuyo reencuentro el goce fálico es siempre su fallido intento. No es el objetivo realizar aquí una discusión exhaustiva de las fórmulas de la sexuación, sobre las cuales existen muchas y acreditadas exposiciones, ni cuestionar la pertinencia de las interpretaciones que se han ofrecido de ellas; solo se pretende ensayar un intento de enlace entre la evolución de los conceptos freudianos en torno a la diferencia sexual con esta conocida y compleja formulación de Lacan. Lacan escribe así las fórmulas:



A forma de recordatorio, un par de párrafos en que Lacan explica los cuatro términos de la primera línea:

“Todo ser que habla se inscribe en uno u otro lado. A la izquierda, la línea inferior $\forall x \phi x$ indica que el hombre en tanto todo se inscribe mediante la función fálica, aunque no hay que olvidar que esta función encuentra su límite en la existencia de una x que niega la función $\phi x : \exists x \overline{\phi x}$. Es lo que se llama función del padre, de donde procede

in evolution. Bonds are formed between individuals in spite of sex and not because of it.”

por negación la proposición $\overline{\phi x}$, que funda así el ejercicio de lo que, con la castración, suple la relación sexual, en tanto ésta no puede inscribirse de ningún modo. El todo se apoya entonces aquí en la excepción postulada como término, como lo que niega íntegramente a esa ϕx .

A la derecha tienen la inscripción de la parte mujer de los seres que hablan. A todo ser que habla, sea cual fuere, esté o no provisto de los atributos de la masculinidad – aún por determinar– le está permitido, tal como lo formula expresamente la teoría freudiana, inscribirse en esta parte. Si se inscribe en ella, vetará toda universalidad, será el no-todo, en tanto puede elegir estar o no en ϕx ²⁷⁵

Existen dos interpretaciones sobre el significado del piso superior de las fórmulas de la sexuación, descrito por Lacan en los dos párrafos anteriores. La primera interpretación, casi unánime entre quienes han escrito al respecto, consiste en que cada uno de nosotros puede escoger en cuál de ambos lados inscribirse, del lado hombre, a la izquierda, o del lado mujer, a la derecha. Cada sujeto estaría de uno o de otro lado. Esta es, por ejemplo, la interpretación que ofrece Elizabeth Wright, quien aclara que no se trata de una decisión conciente del sujeto:

“Cada ser hablante puede elegir inscribirse en cualquiera de los dos campos, aunque esta será una elección ‘forzada’, impuesta por los parámetros de la historia del inconciente del sujeto.”²⁷⁶

Podrían citarse muchos otros textos que comparten esta interpretación. A modo de ejemplo, los tres siguientes, tomados de pasajes en que los autores se están refiriendo a las fórmulas de la sexuación:

“La expresión ‘fórmulas de la sexuación’ ponen en manifiesto con mayor nitidez la elección del sexo por parte del ser-hablante que debe distinguirse de la elección de objeto.”²⁷⁷

²⁷⁵ *Seminario 20: Aún* [13 de marzo de 1973, 96-97].

²⁷⁶ Wright [2000, 44].

²⁷⁷ Tendlarz [2002, 130].

“No hay esencia de lo masculino o de lo femenino, en consecuencia no hay obligación, la anatomía no es el destino. Cada uno es libre, dice Lacan, de ubicarse de un lado o del otro, hay elección para los dos sexos.”²⁷⁸

“No hay humanos machos y humanos hembras como entre los animales sino que sólo hay identificaciones sexuales posicionándose los sujetos del lado masculino o del lado femenino (lo cual ya no coincide con el sexo biológico).”²⁷⁹

Cualquiera que haya leído a Freud, y en particular si lo ha hecho guiado por la lectura de Lacan, estaría de acuerdo con que para él el proceso de la sexuación no está determinado unívocamente por la anatomía, y que una persona puede adquirir diversos atributos propios del hombre o de la mujer independientemente de que tenga o no tenga pene. En ese punto coinciden las citas precedentes, y no es ahora el objeto de la discusión. Lo que se quiere poner de relieve ahora es que en todas ellas se afirma que los sujetos pueden ubicarse de un lado o del otro lado de las fórmulas, de manera que quienes se decantan por la masculinidad estarían colocados del lado izquierdo y quienes se decantan por la feminidad estarían colocadas del lado derecho. Esta es una interpretación legítima, y en cuyo favor pueden encontrarse incluso diversas afirmaciones de Lacan; sin embargo, no es la única interpretación posible.

Una segunda interpretación es ofrecida por Mario Fischman y Alicia Hartmann [1995]. Según estos autores, no sería dado a los sujetos inscribirse a uno u otro lado de las fórmulas de la sexuación, ya que todo sujeto se inscribe simultáneamente a ambos lados:

“Remarquemos nuevamente que las dos mitades de las fórmulas de la sexuación son las dos mitades del sujeto; no se trata de que de un lado encontremos lo que le sucede al hombre y del otro a la mujer.”²⁸⁰

Esta interpretación sería tributaria en alguna medida del concepto de bisexualidad, tal como se desarrolló en el capítulo anterior, según el cual en todo ser humano hay un componente masculino y un componente femenino, aunque no tanto como producto de una

²⁷⁸ Soler [2004, 276].

²⁷⁹ Alemán y Larriera [1998, 273].

²⁸⁰ Fischman y Hartmann [1995, 67].

determinación biológica que precede al lenguaje, sino como resultado de la castración, que inscribe la diferencia sexual en lo simbólico. En ese sentido introduce una mayor consistencia entre las fórmulas de la sexuación y la afirmación de Freud de que la pulsión es una y la misma para hombres y mujeres.

Una tercera interpretación, que se propone en este trabajo, podría entenderse como una radicalización de la anterior. Según ella, todos los seres humanos estarían inscritos en el lado izquierdo de las fórmulas de la sexuación, el lado hombre, en la medida en que de acuerdo con Freud la pulsión es masculina y *en ese sentido* todos somos hombres, independientemente de que se hable de un niño o una niña, de un hombre o una mujer. Esto es, que todo ser parlante para efectos de las fórmulas de la sexuación se encuentra inscrito en el lado izquierdo, el lado hombre, con independencia de todos los atributos, elecciones y comportamientos que lo establecen como hombre o mujer: que posea o no un pene, que prefiera perseguir metas pasivas o activas, que se incline por elegir hombres o mujeres como objeto, que se comporte de acuerdo con las normas instituidas para el hombre o para la mujer. Por otra parte para todos, hombres y mujeres, el lado derecho sería aquello que se encuentra más allá de la realidad humana, en tanto promesa de un Goce mítico perdido para siempre pero siempre anhelado. Esto resultaría compatible con la afirmación de Lacan de que $\mathcal{L}a$ mujer no existe. Esta tercera interpretación, además, haría más inteligible el piso inferior de las fórmulas de la sexuación.

En el piso inferior se tiene del lado izquierdo el significante del deseo, ϕ , y el sujeto del inconciente, el sujeto tachado, $\mathcal{S}$. Del lado derecho se tiene el objeto a , causa del deseo, con el cual se relaciona el sujeto del inconciente a través de su fantasma. También $\mathcal{L}a$, que representa la ausencia de significante para el sexo femenino. Este último símbolo se relaciona con $S(\mathcal{A})$, que representa el significante de la falta del Otro, y con el significante del deseo, ϕ . ¿Cómo podría interpretarse la articulación de todos estos signos?

Todos los sujetos que han atravesado por la castración, sean hombres o mujeres, se relacionan con el Otro a través del fantasma, $\mathcal{S} \diamond a$, que constituye “aquello por lo cual el sujeto se sostiene al nivel de su deseo evanescente, evanescente en la medida en que la satisfacción misma de la demanda le hurta su objeto.”²⁸¹ No hay sujeto del inconciente sin fantasma. Por eso pareciera tener sentido la afirmación de que todos los sujetos (al menos los neuróticos y los perversos),

²⁸¹ *La dirección de la cura y los principios de su poder* [1958, 617]

hombres y mujeres, se encuentren del lado izquierdo, representados por $\mathcal{S}$, en una relación fantasmática con el objeto a . Así parece narrarlo Lacan en el pasaje siguiente, donde se refiere a ese piso inferior de las fórmulas de la sexuación:

“Ce $\mathcal{S}$ [...] n’a jamais affaire, en tant que partenaire, qu’à l’objet a inscrit de l’autre côté de la barre. Il ne lui est donné d’atteindre son partenaire sexuel, qui est l’Autre, que par l’intermédiaire de ceci qu’il est la cause de son désir. A ce titre, comme l’indique ailleurs dans mes graphes la conjonction pointée de ce $\mathcal{S}$ et de ce a , ce n’est rien d’autre que fantasme. Ce fantasme où est pris le sujet, c’est comme tel le support de ce qu’on appelle expressément dans la théorie freudienne le principe de réalité.”²⁸²

En este lado derecho se encuentra un más allá del ser hablante, en los confines del lenguaje, más allá del falo. Allí está en primer lugar, el objeto a , como resto del lenguaje, inalcanzable para el sujeto y sostén de su deseo. En segundo lugar, $\mathcal{S}(\mathcal{A})$, el significante de la falta del Otro. Pero habría que aclarar de qué Otro se trata. Braunstein señala que en la enseñanza de Lacan hay al menos tres sentidos para $\mathcal{A}$: (i) el Otro radical fuera del lenguaje, “asiento de un goce ligado a la Cosa”; (ii) el gran Otro del lenguaje, de la Ley y del código, indicado como $\mathcal{A}$ en el grafo del deseo; y (iii) el Otro “que es el Otro sexo, y el Otro sexo es siempre el femenino, pues el sexo que es Uno es el que está íntegramente regulado por el significante y por la Ley del falo.”²⁸³ Puesto que las fórmulas de la sexuación hacen referencia al acontecer simbólico de la sexuación, el $\mathcal{A}$ que aparece en el lado derecho de ellas sólo podría ser el Otro del lenguaje o el Otro sexo; y puesto que el Otro sexo es representado por $\mathcal{L}\mathcal{A}$, puede interpretarse entonces que se trata del Otro del lenguaje y de la Ley, y que la tachadura significa

²⁸² *Le séminaire, livre XX: Encore* [13 de marzo de 1973, 75]. Traducido del francés por el autor: “Esta $\mathcal{S}$ [...] no tiene que ver, como *partenaire*, sino con el objeto a inscrito del otro lado de la barra. No le está dado alcanzar su *partenaire*, que es el Otro, más que por el intermedio de que él es la causa de su deseo. En esta condición, como lo indica por lo demás en mis gráficos la conjunción punteada de este $\mathcal{S}$ a este a , no es más que fantasma. Este fantasma donde está preso el sujeto, es como tal el soporte de lo que se llama expresamente en la teoría freudiana el principio de realidad.” Se mantiene el vocablo “partenaire”, proveniente del inglés “partner”, por tener un sentido más amplio que el término “pareja” bajo el que suele ser traducido al español.

²⁸³ Braunstein [1990, 115].

la incapacidad del lenguaje para representar lo real, y en particular lo real del Otro sexo (para el cual no hay significante). Por lo tanto, S(A) representa la revelación para el sujeto hablante de su incapacidad de aprehender lo real, el hecho de que no todo es atrapado por el lenguaje, lo cual le revela su falta, su absoluta finitud; representa también para el sujeto hablante el descubrimiento de que el Otro no es garante de su propio ser. Braunstein también afirma que S(A) representa “ese goce de las mujeres que es, en parte, goce fálico y, en parte goce enigmático, ligado a lo indecible [...]”²⁸⁴ En tercer lugar, ~~La~~, que representa al Otro sexo, ~~La~~ mujer que no existe, ese enigma que se abre ante el sujeto precisamente por la ausencia de un significante capaz de inscribir la diferencia sexual en el inconciente.

Del lado derecho, el lado que Lacan atribuye a “la parte mujer de los seres que hablan”²⁸⁵, habría, pues, tres signos que refieren al límite de todo signo, el confín donde el sujeto se queda literalmente sin palabra. Ese espacio lo reservaría Lacan para ~~La~~ mujer que no existe, el Otro sexo, la Alteridad frente al dominio de la Ley del falo y la sexualidad fálica que lo es de todos y de todas.

La mujer no existe y el goce otro

¿Por qué estaría ~~La~~ mujer del lado derecho de las fórmulas de la sexuación? Porque es el “Otro sexo” tanto para los hombres como para las mujeres, los cuales, ambos, estarían a la izquierda: producto de la castración, la mujer aparece como el Otro sexo, y como tal inalcanzable; pero al mismo tiempo como amenaza que pende sobre el propio ser, y por lo tanto desvalorizado, enigma y estigma para hombres y mujeres. ¿Por qué es el “Otro sexo”? Precisamente porque el falo es un significante sin par, y es en relación con él que se determinan como tales los hombres y las mujeres: para *La* mujer no hay un significante, de manera que “il n’y a de femme qu’exclue par la nature des choses qui est la nature des mots.”²⁸⁶ Constituir a *La*

²⁸⁴ Braunstein [1990, 113].

²⁸⁵ *Seminario 20: Aún* [13 de marzo de 1973, 96-97].

²⁸⁶ *Le séminaire, livre XX: Encore* [20 de febrero de 1973, 68]. Traducido del francés por el autor: “No hay mujer más que excluida de la naturaleza de las cosas que es la naturaleza de las palabras.” Ver Fischman y Hartmann [1995, 17-18]: “Es evidente que si el falo es el pene ausente sólo puede ser un significante, ya que es el significante el que introduce la dimensión de la ausencia en la presencia, y la presencia bajo el fondo de la ausencia [...]. Es el significante impar por excelencia: ¡no tiene pareja! Por eso es que presentifica

mujer como no-hombre es la única forma que tiene el hombre de ser, porque el hombre se constituye como hombre frente al no hombre que es *La* mujer; y las mujeres sólo son tales en tanto pueden decirse no hombre, y ese decir es finalmente su única diferencia con los hombres: nada en el lenguaje ni en la realidad humana las distingue en lo esencial, y por lo tanto lo Otro del hombre, lo esencialmente diferente de él, es también lo Otro de ellas: de manera que también para ellas *La* mujer es lo Otro.²⁸⁷ ¿Qué puede *ser La* Mujer, excluida de la naturaleza de las palabras, sino una forma de la Alteridad que se abre justamente allí en el *dark continent* de lo innombrable?²⁸⁸ De la incapacidad del lenguaje para constituir otro del hombre –y por lo tanto de las mujeres– surge la pregunta, común a hombres y mujeres: *¿qué es la mujer?*

Copjec [2002] señala que detrás de la pregunta de Lacan sobre la feminidad se abre una pregunta sobre el ser:

“‘The famous formulation of a feminine ‘not-all’, that is, the proposal that there is no whole, no ‘all’ of woman, or that she is not One, is fundamentally an answer not just to the question of feminine being, but to being as such. It is not only feminine being, but being in general that resists being assembled into a whole.’”²⁸⁹

Evans [1998] expresa de manera original que la ausencia de significativo para la mujer impide una simbolización de la relación sexual y con ello determina la precariedad de la identidad sexual tanto de hombres como de mujeres. *La* mujer, “excluida de la naturaleza de

la castración misma; le falta “su” otro significativo, el significativo del otro sexo. Entonces decimos que éste está forcluido: la mujer “toda” no existe.”

²⁸⁷ Miller [1992c, 25]: “[...] si se pueden oponer el hombre y la mujer, en esta oportunidad es como lo Mismo y lo Otro –para utilizar los recursos que encontramos en Platón. No es que el hombre sería a su vez Otro que la mujer, sino, por el contrario, que el hombre es lo Mismo mientras la mujer es lo Otro.”

²⁸⁸ *¿Pueden los legos ejercer el análisis?* [1926, XX, 199]: “Acerca de la vida sexual de la niña pequeña sabemos menos que sobre la del varoncito. Que no nos avergüence esa diferencia; en efecto, incluso la vida sexual de la mujer adulta sigue siendo un *dark continent* {continente negro} para la psicología.”

²⁸⁹ Copjec [2002, 6]. Traducción del autor: “La famosa formulación de una mujer ‘no-toda’, esto es, la afirmación de que no hay completitud, no todo de mujer, o que ella es no Uno, es fundamentalmente una respuesta a la cuestión no del ser femenino sino del ser como tal. No solo el ser femenino sino el ser en general resiste a ser reunido en un todo.”

las palabras”, deviene entonces el “Otro sexo” para los hombres como para las mujeres:

“[...] no hay ningún significante de la diferencia sexual como tal que le permita al sujeto simbolizar plenamente las funciones del hombre y la mujer, y por lo tanto es imposible alcanzar una ‘posición sexual [plenamente] normal, terminada’. La identidad sexual del sujeto es siempre más bien precaria, una fuente de autoindagación perpetua. La pregunta por el propio sexo (‘¿soy un hombre o una mujer?’) es la pregunta que define la histeria. El ‘otro sexo’ misterioso es siempre la mujer, tanto para los hombres como para las mujeres [...]”²⁹⁰

Esta Alteridad que representa la mujer es otra forma de expresar que la relación sexual no es posible entre los seres hablantes, precisamente porque con la castración —el advenimiento del sujeto, su ejercicio del lenguaje—, el sujeto se pierde del otro: el otro de su cuerpo y el cuerpo del otro.

Ahora bien, la Ley sólo puede imponerse a través del lenguaje, cuya polisemia la impone dejando abierta la fisura por donde se cuela precisamente la neurosis, esa duda permanente del propio *ser* y ese anhelo contrariado de *ser otro*. El ser hablante nunca termina de aceptar la pérdida de goce que produce la castración, y esa resistencia se expresa entre otras formas como su anhelo de recuperar ese Gocce mítico, perdido para siempre, que habría existido antes de la separación del sujeto y al que podría accederse más allá del lenguaje, más allá del falo; ese Gocce que Freud atribuía al padre de la horda primitiva y que se perdió para siempre con la entrada en el lenguaje.²⁹¹

²⁹⁰ Evans [1996, 72]. Ver también Morel [2000, 83-84]: “El ‘no hay relación sexual’ de Lacan significa esto: por un lado, se puede hablar del hombre como universal, identificándolo con el uno, el falo. Pero por el otro hay una ausencia, una alteridad que no es identificable colectivamente con un significante: lo cual expresa el aforismo lacaniano ‘La mujer no existe’. [...] aunque sea real decir que hay dos sexos, no puede decirse, sin embargo, que el ‘segundo sexo’ exista a fin de entrar en relación con el primero. La relación sexual no puede escribirse entre el uno y un Otro caracterizado por el hecho de que ningún significante lo identifica, y en consecuencia por una ausencia y un vacío.”

²⁹¹ Ver André [1995, 222]: “Para el inconciente, el Otro sexuado no existe, la Mujer no recibe fundamento de su ser. El goce sexual, en consecuencia, al articularse al significante falo, excluye que se goce de un ser femenino como tal. [...] El significante del falo introduce así una división del goce. El significante revela ahí una doble función: por una lado prohíbe el goce, del

El significante ha prohibido ese Goce infinito, pero al prohibirlo ha instituido en el ser parlante el anhelo de acceder a él y disolverse como sujeto; y con ello ha creado un goce que se presenta como si estuviera más allá del lenguaje, un goce que deja al sujeto literalmente sin palabra. ¿No es esa la ilusión que algunos sujetos de alcanzar, aunque sólo sea una vez en la vida, ese sentimiento que algún amigo de Freud “preferiría llamar sensación de ‘eternidad’; un sentimiento como de algo sin límites, sin barreras, por así decir ‘oceánico’”²⁹² En *Aún* Lacan se refiere a un goce suplementario que está reservado a los seres hablantes más allá del goce fálico, un goce fuera de su inscripción en el lenguaje y el falo. Lacan se refiere en los siguientes términos a ese goce:

“No deja de ser cierto, sin embargo, que si la naturaleza de las cosas la excluye por eso justamente que la hace no toda, la mujer tiene un goce adicional, suplementario respecto a lo que designa como goce la función fálica. [...] Hay un goce de ella, de esa *ella* que no existe y nada significa. Hay un goce suyo del cual quizá nada sabe ella misma, a no ser que lo siente: eso sí lo sabe. Lo sabe, desde luego, cuando ocurre. No les ocurre a todas.”²⁹³

¿Existe ese goce, o sólo es la ilusión de algo que no será? Como señala Braunstein, Lacan reserva un estatuto incierto a ese goce, como si se tratara de una creencia:

“[...] quedarán todos convencidos de que creo en Dios. Creo en el goce de la mujer, en cuanto está de más, a condición de que ante ese *de más* coloquen una mampara hasta que lo haya explicado bien.”²⁹⁴

En esta posible interpretación, ese goce suplementario que se atribuye a *La mujer*, sería la expresión del anhelo del sujeto por trascender el

otro lo posibilita. Es lo que Lacan recoge en una fórmula concisa [...]: ‘La castración quiere decir que el goce debe ser rechazado para que pueda ser alcanzado sobre la escala invertida de la Ley del deseo’. El goce prohibido por el significante es el goce infinito, ese que Freud suponía en el padre primitivo y cuyo principio podría enunciarse: todo hombre puede gozar de toda mujer. El primado del falo implica en efecto la imposibilidad de la relación del sexo al sexo, de un ‘ser varón a un ‘ser mujer’, autorizando la relación sólo en el registro del semblante.” La traducción es del autor.

²⁹² *El malestar en la cultura* [XXI, 65].

²⁹³ *Seminario 20: Aún* [20 de febrero de 1973, 89-90].

²⁹⁴ *Seminario 20: Aún* [20 de febrero de 1973, 92].

hiato entre sí mismo y su cuerpo, hiato que puede resultar más insoportable para quienes sienten que su sexo no corresponde con el sexo de su cuerpo –trasvestis–, pero que es común a todos los seres humanos, cuyo sexo nunca corresponde con su cuerpo. En cierto sentido, el goce suplementario sería entonces la promesa de un reencuentro con la Cosa, la unicidad completa con el propio cuerpo y el cuerpo del otro, la vuelta a un paraíso que quizá nunca se tuvo. Pero sería una experiencia del cuerpo, pero una experiencia que tiene lugar fuera del lenguaje y del sujeto mismo en tanto efecto del lenguaje. ¿Aspirar a esa experiencia no es en sí mismo una especie de delirio? Lacan dice que todo el mundo es delirante. Ese delirio del que habla ¿no es la aspiración de disolver la hendedura que lo escinde y lo define que es la castración? Con lucidez, Miller relaciona este delirio señalado por Lacan con su aforismo *La mujer no existe*:

“Hay que tomar muy en serio esta formulación de que *La mujer no existe*, permite explicar muchas cosas como, por ejemplo, porqué Lacan decía que todo el mundo es delirante. Decir que *La mujer no existe*, en sentido estricto, quiere decir que para la especie humana la forclusión del significante de la mujer hace su delirio, ésta es la locura genérica del ser humano, estamos todos atrapados por ella.”²⁹⁵

No debe confundirse ese goce suplementario con el Goce de la Cosa. Ambos tienen en común con el goce fálico que se remiten a lo real del cuerpo, pero, a diferencia del goce fálico, regulado “por los esfínteres del lenguaje”, sometido a la castración y la Ley, se encuentran fuera del lenguaje. Entre el Goce de la Cosa y el goce suplementario se abre el espacio que constituye al sujeto: uno refiere a un momento en que el sujeto no existía como tal, el otro a un momento en que el sujeto como tal desaparece. Entre ambos goces se extiende el espacio del mundo humano propiamente dicho, el espacio del falo y del goce fálico:

“Entre ambos, entre el más acá y el más allá de la palabra, se extiende este campo de la cobertura insuficiente de lo real por medio del lenguaje que nos da una ‘realidad’, un cierto sustituto del goce que se nos escapa. Es el campo que Lacan llamó del *semblante* y Nietzsche, con más crudeza, de la *mentira*. El semblante

²⁹⁵ Miller [1984, 156].

o la mentira que son ambos tributarios del falo y de su goce, condiciones de posibilidad del discurso pues no hay discurso que no lo sea del semblante.”²⁹⁶

El ser humano se constituye, hombre o mujer, en relación con esa Otredad que Lacan coloca del lado derecho de las fórmulas de la sexuación. Con esa forma de concebir el ser, Lacan hace una crítica del ser de la filosofía, que pretende constituir una comunión sin predicado entre todo lo que existe, cuando para el psicoanálisis el ser sólo existe como ser sexuado y en la experiencia concreta de su cuerpo que es el goce. Copjec lo dice así, y de allí deriva la necesidad del fantasma como una protección del sujeto contra esa singularidad suya, el goce, que le resulta insufrible:

“When philosophers claim that being has no predicate, that we cannot say anything about it other than that it is, they mean that being is what is common to everyone [...]. The being of philosophers is vast and shareable by all who exist. For psychoanalysis it is a different matter, since there one speaks only of ‘sexed being’, being which concerns jouissance. What does Lacan substitute for the vast and shareable being of philosophers? Object a, or jouissance as that bit of nonbeing at the subject’s core. [...] Of this bit of nonbeing –satisfaction, the object of the drive– it is also impossible to predicate anything, this time, however, not because it is common to all, but because it is singular. Support of the subject in his or her singularity, this being does not preexist the subject but comes about as a result of some ‘corporeal contingency’. Jouissance, the experience of the body, is produced in a purely contingent manner; it simply happens to the subject. Moreover, if jouissance functions as support of the subject, it is in a way quite different from the being of the philosophers. Jouissance is an unsupportable support, unbearable to the subject who defends against it through the production of a fundamental fantasy.”²⁹⁷

²⁹⁶ Braunstein [1990, 117].

²⁹⁷ Copjec [2002, 6-7]. Traducción del autor: “Cuando los filósofos afirman que el ser no tiene predicado, que sobre él solo puede decirse que es, están diciendo que el ser es lo común a todos [...]. El ser de los filósofos es vasto y compartido por todo aquel que existe. Para el psicoanálisis el asunto es diferente, ya que uno habla solo de un ser sexuado, ser concernido por el goce.

Bajo la interpretación expuesta en este apartado y el precedente, pues, se introduciría una mayor luz a la forma en que Lacan estaría articulando, en las fórmulas de la sexuación y en su concepto del goce suplementario, sus polémicos aforismos “~~La~~ mujer no existe” y “no hay relación sexual” con los principales resultados de la investigación freudiana sobre la diferencia sexual.

¿Qué sustituye para Lacan el vasto y compartido ser de la filosofía? El objeto a, o el goce como el pedacito de no ser en el corazón mismo del sujeto. [...] De este pedacito de no ser –satisfacción, el objeto de la pulsión– es también imposible predicar algo, esta vez, sin embargo, no porque sea común a todos sino porque es singular. Soporte del sujeto en su singularidad, este ser no preexiste al sujeto sino que deviene como un resultado de alguna contingencia corporal. El goce, la experiencia del cuerpo, es producido de manera puramente contingente; al sujeto simplemente le ocurre. Sin embargo, si el goce funciona como soporte del sujeto, lo es en una vía bastante diferente del ser de la filosofía. El goce es un soporte insoportable, insufrible para el sujeto, quien se defiende contra él a través de la producción de un fantasma fundamental.”

Conclusiones

Ha llegado el momento de hacer un balance del recorrido realizado por Freud en su comprensión de la sexualidad humana y de la diferencia sexual, desde las cartas a Fliess en el verano de 1897, cuando ve desmoronarse su teoría sobre el origen de la neurosis y descubre el complejo de Edipo, hasta *Esquema de psicoanálisis*, donde en los albores de su vida hace un recuento de los principales aportes del psicoanálisis al acervo intelectual de la humanidad. De este último artículo proviene el siguiente párrafo, que hemos utilizado como epígrafe de este trabajo:

“El hecho de la dualidad de los sexos se levanta ante nosotros a modo de un gran enigma, una ultimidad para nuestro conocimiento, que desafía ser reconducida a algo otro. El psicoanálisis no ha aportado nada para aclarar este problema.”²⁹⁸

¿Puede decirse, a juzgar por la travesía que hemos realizado a lo largo de la obra de Freud, que “el psicoanálisis no ha aportado nada” para aclarar “la dualidad de los sexos”? Para responder a esta pregunta habría que separarla en dos tramos: ¿ha establecido en qué consiste la diferencia entre los sexos? ¿ha esclarecido el origen de esa diferencia? Es claro que el aporte de Freud trasciende en mucho lo que se colige de sus palabras; sin embargo, ese aporte consiste no tanto en explicar el límite entre ambos sexos, sino, por el contrario, en mostrarnos cómo la línea divisoria es más precaria e incluso contingente de lo que él creía al inaugurar su recorrido. Aunque no consigue reducir a una esencia unívoca las notorias diferencias que a simple vista se constatan entre los sexos, ese resultado está muy lejos de ser poca cosa.

Al inicio de su trabajo Freud partía de la constatación de que hay dos sexos, el masculino y el femenino, y compartía la idea de que “lo normal” entre los sexos es la relación que conduce a la reproducción, lo cual entre otras cosas presupone que los hombres se sientan atraídos por mujeres y las mujeres por hombres. En esas dos creencias, la existencia de dos sexos y la atracción del uno por el otro,

²⁹⁸ *Esquema de psicoanálisis* [1940, XXIII, 189].

se funda su concepción inicial del complejo de Edipo: el varoncito se inclina libidinalmente por su madre, la niña por su padre. Muy rápidamente, ya en 1905, realiza dos descubrimientos que a lo largo de 20 años tendrán consecuencias sobre su concepción de la diferencia entre los sexos: que la libido es la misma en niños y niñas –masculina, dice él–, y que la elección de objeto no guarda relación alguna con los atributos de la masculinidad o la feminidad.

¿En qué consisten esos atributos de la masculinidad y de la feminidad? Freud se lo pregunta en 1915: identifica lo masculino con la actividad y lo femenino con la pasividad. Sin embargo, reconoce que tanto la actividad como la pasividad no son atributo excluyente de hombres o mujeres, sino que pueden presentarse indistintamente en individuos con caracteres anatómicos femeninos o masculinos. Durante muchos años insiste en reducir la masculinidad a la actividad y la feminidad a la pasividad, a pesar del malestar que le provoca esa reducción y del reconocimiento de que con ello se dice “harto poco”. En 1931 su concepción de “lo masculino” y “lo femenino” experimenta una evolución: la masculinidad pasa a ser la propensión a metas activas, la feminidad la propensión a metas pasivas, con lo cual la diferencia entre los sexos se ve reducida a una simple predilección por metas sexuales de uno u otro tipo. Pero al mismo tiempo reconoce que la distribución de estas propensiones no guarda relación con los caracteres anatómicos. Además, señala que si en la realidad se observa que las mujeres tienden a preferir las metas pasivas, ello podría explicarse no por su feminidad sino por “la influencia de normas sociales que [...] esfuerzan a la mujer hacia metas pasivas.”

En paralelo a esta difuminación del límite entre lo femenino y lo masculino, Freud ha venido elaborando el peso de la palabra en la bifurcación de los caminos entre el niño y la niña. En primer lugar, la amenaza de castración –palabra proferida generalmente por mujeres– confiere al pene el peso simbólico que instituye la diferencia anatómica y que produce la separación de los seres humanos en hombres y mujeres. Al mismo tiempo, produce la represión del complejo de Edipo, lo cual hace del cachorro humano un sujeto del lenguaje: un ser cuya falta lo convierte en deseante y da lugar al vínculo social y al nacimiento de la cultura humana. En segundo lugar, la diferencia entre niños y niñas, introducida por la amenaza de castración que se profiere contra el niño, se centra en la presencia o ausencia de pene, lo cual constituye una polaridad introducida por el lenguaje a falta precisamente de una palabra para nombrar el genital femenino. Es la falta de pene, un hecho significativo, lo que permite a la niña extrañarse de su madre e inclinarse hacia el padre en busca de

un pene = hijo. En tercer lugar, finalmente, Freud se pregunta si el origen de la única diferencia que consigue aprehender entre hombres y mujeres –la inclinación hacia metas activas o pasivas– no estará en las normas sociales –esto es, en la cultura, el lenguaje. Con lo cual la diferencia entre los sexos termina por reducirse a la palabra.

¿Qué queda de la diferencia entre los sexos? La diferencia había consistido hasta entonces en la elección de objetos o en la elección de metas. Pero resulta por un lado que hombres y mujeres pueden tener inclinaciones sexuales tanto hacia hombres como hacia mujeres, y que unos y otras se inclinan por unos o por otras es producto de sus propios avatares y en todo caso de la identificación siempre azarosa que se produce con los progenitores en el curso del complejo de Edipo. Y resulta por otro lado que hombres y mujeres pueden tener predilección por metas pasivas o por metas activas. ¿Qué queda, pues? Queda la palabra que denomina al sujeto “hombre” o “mujer”, con todo el andamiaje de gestos, comportamientos y aspiraciones de la mascarada. La sexuación es entonces el primero de esos esfuerzos –nunca vanos, precarios siempre– por establecer un vínculo con el Otro, el otro ser humano, el otro cuerpo.

¿Y qué subsiste entonces de la diferencia entre los sexos? Tan solo la constante pregunta del ser humano, el enigma eterno: ¿qué soy? Con el lenguaje no puede enunciarse una respuesta contundente a esa pregunta, porque es incapaz de fundamentar la existencia de otro sexo. Por ello *La mujer* es el enigma de hombres y mujeres, porque no es nada más allá de la palabra que la nombra: nada distinto del hombre, sólo la diferencia anatómica instituida por la palabra –tener o no tener– y el conjunto de normas sociales que también ella instituye. Si efectivamente no hay relación sexual, tampoco puede diferencia sexual.

Así, pues, el psicoanálisis no ha dicho mucho acerca de la diferencia entre los sexos, pero ha dicho cuanto podía decirse: que en el fondo sólo nos separa la palabra.

Referencias bibliográficas²⁹⁹

Textos citados

- Apter Emily “Masquerade”, en Wright Elizabeth. *Feminism and Psychoanalysis. A critical dictionary*. Basil Blackwell, Oxford, 1992.
- André Serge *Que veut une femme?* Editions du Seuil, Paris, 1995.
- André Serge [1995b] *What does a woman want?* Other Press, New Cork, 1999.
- Antiguo Testamento *Nueva Biblia Española*, Ediciones Cristiandad, Madrid, 1975.
- Braunstein Néstor *Goce*. Siglo Veintiuno Editores, México DF, 1990.
- de Saussure Ferdinand *Curso de Lingüística General*. Alianza Editorial, Madrid, 1983.
- Copjec Joan [2002]. *Imagine there’s no woman. Ethics and Sublimitation*. Massachussets Institute of Technology, Massachussets, 2002.
- Evans Dylan [1996] *Diccionario introductoria de psicoanálisis lacaniano*. Paidós, Buenos Aires, 2003.
- Fischman M. y A. Hartmann. *Amor, sexo y... fórmulas*. Manantial, Buenos Aires, 1995. Freud S. [1896] *Estudios sobre la histeria*
- Freud Sigmund [1896] *La herencia y la etiología de las neurosis. Obras Completas*, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 3.

²⁹⁹ La bibliografía se ha separado en dos grupos: las obras citadas en el texto y las obras de consulta. A veces la fecha de aparición de la obra original no corresponde con la fecha de la edición citada, por tratarse esta última de una reedición o de una traducción; en esos casos, se especifica entre el año de aparición de la obra en cuestión (o en el caso de los seminarios de Lacan, la fecha en que fueron dictados).

Freud Sigmund [1897]	Manuscrito N. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 1.
Freud Sigmund [1900]	La interpretación de los sueños. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 4.
Freud Sigmund [1905]	Tres Ensayos de Teoría Sexual. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 7.
Freud Sigmund [1908]	Sobre las teorías sexuales infantiles. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 8.
Freud Sigmund [1913]	El interés por el psicoanálisis. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 13.
Freud Sigmund [1915]	Pulsiones y destinos de pulsión. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 14.
Freud Sigmund. [1917]	Sobre las trasposiciones de la pulsión, en particular del erotismo anal. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 3.
Freud Sigmund [1917]	Conferencias de Introducción al Psicoanálisis, 20, 21 y 26. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 15.
Freud Sigmund [1919]	“Pegan a un niño”. Contribución al conocimiento de la génesis de las perversiones sexuales. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 17.
Freud Sigmund [1920]	Sobre la psicogénesis de un caso de homosexualidad femenina. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 18.
Freud Sigmund [1920]	Más allá del principio del placer. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 18.

- Freud Sigmund [1923] El yo y el ello. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 19.
- Freud Sigmund [1923] La organización genital infantil. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 19.
- Freud Sigmund [1924] El sepultamiento del complejo de Edipo. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 19.
- Freud Sigmund [1925] Algunas consecuencias psíquicas de la diferencia anatómica entre los sexos. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 19.
- Freud Sigmund [1926] ¿Pueden los legos ejercer el análisis? Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 20.
- Freud Sigmund [1930] El malestar en la cultura. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 21.
- Freud Sigmund [1931] Sobre la sexualidad femenina. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 21.
- Freud Sigmund [1933] Nuevas conferencias de introducción al psicoanálisis. La feminidad. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 22.
- Freud Sigmund [1937] Análisis terminable e interminable. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 23.
- Freud Sigmund [1940] Esquema del psicoanálisis. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 23.
- García Lorca F. [1924-1927] Romancero Gitano, en Obras Completas, Aguilar, Madrid, 1955.
- Graves Robert [1982] Los mitos griegos. Alianza Editorial, España, 2004
- Homero La Iliada. José Ballesta Editor, Buenos Aires, 1946.

- Jones Ernest [1953] Vida y obra de Sigmund Freud. Editorial Anagrama, Barcelona, 1981.
- Lacan Jacques [1955-56] Seminario 3. Las psicosis. Paidós, Buenos Aires, 2002.
- Lacan Jacques [1956-57] Seminario 4. La relación de objeto. Paidós, Buenos Aires, 2001.
- Lacan Jacques [1958] Ideas directivas para un congreso sobre sexualidad femenina. En Escritos, Tomo 2. Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- Lacan Jacques [1958] La dirección de la cura y los principios de su poder. En Escritos, Tomo 2. Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- Lacan Jacques [1960] Posición del inconsciente. En Escritos, Tomo 2. Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- Lacan Jacques [1960] Del trieb de Freud y del deseo del psicoanalista. En Escritos, Tomo 2. Siglo XXI, Buenos Aires, 2002.
- Lacan Jacques [1963-64] Seminario 11. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. Paidós, Buenos Aires, 2001.
- Lacan Jacques [1972-73] Seminario 20. Aún. Paidós, Buenos Aires, 2001.
- Lacan Jacques [1972-73] Le séminaire, livre XX. Encore. Editions du Seuil, Paris, 1975.
- Marx Karl [1867]. El Capital. Crítica de la economía política. Siglo Veintiuno Editores, 1980. Tomo I.
- Miller Jacques-Allain [1984]. Recorrido de Lacan. Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1986.
- Miller Jacques-Allain [1992b] “Breve introducción al más allá del Edipo”, en Miller Jacques-Allain. Del Edipo a la Sexuación. Paidós, Buenos Aires, 2001.
- Miller Jacques-Allain [1992c] “El secreto de las condiciones de amor”, en Miller Jacques-Allain. Del Edipo a la Sexuación. Paidós, Buenos Aires, 2001.

- Miller Jacques-Allain [1992c]. De la naturaleza de los semblantes. Paidós, Buenos Aires, 2001.
- Morel Geneviève [2000]. Ambigüedades sexuales. Sexuación y psicosis. Manantial, Buenos Aires, 2002.
- Nietzsche Friedrich [1987]. Crepúsculo de los ídolos. Alianza Editorial, Madrid, 1982.
- Rivière Joan [1929]. Womanliness as a masquerade En Hughes Athol. The inner World and Joan Rivière. Collected papers 1920-1958. Karnac Books, London, 1991.
- Shakespeare William. Obras Completas, Aguilar, Madrid, 1969.
- Soler Colette. La maldición del sexo. Ediciones Manantial, Buenos Aires, 2002.
- Soler Colette. Lo que decía Lacan sobre las mujeres. Editorial No Todo, Medellín, 2004.
- Tendlarz Silvia Elena. Las mujeres y sus goces. Colección Diva, Buenos Aires, 2002.
- Wilson Edgard [1970]. Sociobiology. The New Synthesis. The Belknap Press of Harvard University Press, Cambridge, 2000.
- Wright Elizabeth [1992]. Feminism and Psychoanalysis. A critical dictionary. Basil Blackwell, Oxford, 1995.
- Zizek Slavoj. “The Real of Sexual Difference”, en Barnad Suzanne and Bruce Fink (ed). Reading Seminar XX. Lacan’s Major Work on Love, Knowledge and Feminine Sexuality. State University of New York Press, NY, 2002.

Textos de apoyo y de consulta

- Adams P. and E. Cowie . The Woman in Question. The MIT Press, Massachussets, 1990.
- Alemán Jorge. Lacan Heidegger. Miguel Gómez Ediciones, Madrid, 1998.

- Alemán J. y S. Larriera El inconsciente: existencia y diferencia sexual. Editorial Síntesis, Madrid, 2001.
- Allouch Jean La sombra del perro. Ediciones Literales, Buenos Aires, 2004.
- Allouch Jean El sexo del amo. Ediciones Literales, Buenos Aires, 2001.
- Assoun Paul-Laurent Freud y la mujer. Nueva Visión, Buenos Aires, 1994.
- Bataille Georges El Erotismo. Tusquets Editores, Barcelona, 1985.
- Benjamin Jessica The oedipical riddle, en Paul du Gay et alt (ed) Identity: a reader. SAGE Publications, London, 2004
- Brennan Teresa Between Feminism and Psychoanalysis. Routledge, London, 1989.
- Copjec Joan "Sex and the euthanasia of reason" in J Copjec (comp) Supposing the subject, Verso, London, 1994.
- David-Ménard Monique. Todo el placer es mío. Editorial Paidós Ibérica, España, 2001.
- Dor Joël. Introduction à Lacan. Structure du sujet. Denoël, Paris, 1999.
- Fierens Christian. Lecture de l'Étourdit. L'Harmattan, Paris, 2002.
- Fink Bruce. The lacanian subject. Between language and jouissance. Princeton University Press, Princeton, 1995.
- Fink Bruce. "Knowledge and Jouissance", en Barnad Suzanne and Bruce Fink (ed). Reading Seminar XX. Lacan's Major Work on Love, Knowledge and Feminine Sexuality. State University of New York Press, NY, 2002.
- Fink Bruce. Lacan to the letter. Reading Écrits Closely. University of Minnesota Press, 2004

Freud Sigmund [1905]	Fragmento de análisis de un caso de histeria. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 7.
Freud Sigmund [1908]	Las fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 9.
Freud Sigmund [1909]	Apreciaciones generales sobre el ataque histérico. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 9.
Freud Sigmund [1910]	Sobre un tipo particular de elección de objeto en el hombre. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 11.
Freud Sigmund [1912]	Sobre la mas generalizada degradación de la vida amorosa. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 11.
Freud Sigmund [1914]	Introducción del narcisismo. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 14.
Freud Sigmund [1918]	El tabú de la virginidad. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 11.
Freud Sigmund [1924]	El problema económico del masoquismo. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 19.
Freud Sigmund [1925]	La negación. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 19.
Freud Sigmund [1927]	El fetichismo. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 21.

- Freud Sigmund [1938] La escisión del yo en el proceso defensivo. Obras Completas, Amorrortu Editores, Buenos Aires, 2001. Volumen 23.
- Frosh Stephen. Sexual difference. Masculinity and psychoanalysis. Routledge, London, 1994.
- Frosh Stephen. The politics of psychoanalysis. New York University Press, New York, 1999.
- Lacan Jacques [1972] L'étourdit. Scilicet 4. Edition du Seuil, Paris, 1973.
- Lacan Jacques [1973] Télévision. Editions du Seuil, Paris, 1974.
- Lacan Jacques [1975] Conferencia en Ginebra sobre el síntoma, en Intervenciones y Textos, Tomo 2. Manantial, Buenos Aires, 1998.
- Leader David. Why do women write more letters than they send? A meditation on the loneliness of the sexes. HarperCollins Publishers, London, 1996.
- Luepnitz Déborah. Beyond the fallus: Lacan and feminism. In Jean Michel Rabaté (ed) The Cambridge Companion to Lacan. Cambridge University Press, Cambridge, 2003.
- Marion Jean-Luc. El Fenómeno Erótico. Ediciones Literales, Buenos Aires, 2000.
- Mitchell J. and J. Rose. Feminine Sexuality. Jacques Lacan and the école freudienne. Pantheon Books, New York, 1985.
- Mitchell Juliet [1974] Psicoanálisis y feminismo. Editorial Anagrama, Barcelona, 1982.
- Moi Toril. What is a Woman? And other seáis. Oxford University Press.
- Morel Geneviève. Psychoanalytical Anatomy. En Salecl Renata (ed) Sexuation. Duke University Press, Washington, 2000.

- Rabinovich Diana. Lectura de "La significación del falo". Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1995.
- Rabinovich Diana. Sexualidad y significante. Ediciones Manantial, Buenos Aires, 1997.
- Ragland Ellie. The Logic of Sexuation. From Aristotle To Lacan. State University of New York Press, 2004.
- Salecl Renata. "Love Anxieties" en Barnad Suzanne and Bruce Fink (ed). Reading Seminar XX. Lacan's Major Work on Love, Knowledge and Feminine Sexuality. State University of New York Press, NY, 2002.
- Tubert Silvia. La sexualidad femenina y su construcción imaginaria. Ediciones El Arquero, Madrid, 1988.
- Verhaeghe Paul. ¿Existe la mujer? De la histeria de Freud a lo femenino en Lacan. Paidós, Buenos Aires, 1999.
- Wright Elizabeth [2000]. Lacan y el postfeminismo. Gedisa Editorial, Barcelona, 2004.
- Wright Elizabeth. Psychoanalytic Criticism. A reappraisal. Routledge, New York, second edition, 1998.
- Zizek Slavoj [2002]. Las metástasis del goce. Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad. Paidós, Buenos Aires, 2003.

